Albert Soler

UN BOTIFLER EN LA VILLA Y CORTE

PENÍNSULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Introducción
Llegada
Entre niños anda el juego
El Pardo, Franco y unos árboles
Madrid es espectáculo
La gestoría catalana en el Congreso
La ley seca del sexo
Esperanza Aguirre y Martín Villa
Villarejo en Madrid
Lia Thomas o la dejas
De estos polvos vendrán lodos
Madrid, Madrid me desespera
A las puertas del Supremo
Comer en Madrid
Pintada en Girona
El Vivales está tarado, pero no lo digo yo
El rey y la reina
Ucrania quiere más armas
A los toros por San Isidro
En la plaza: la gran familia y uno más
El verano también es nuestro
Exilio con final feliz, gentileza de Miquel Iceta
El Palace de Raül Romeva y Duran i Lleida
Usera, el otro Madrid
La OTAN, o en manos de quién estamos
Museos de aquí y de allí
Feria del libro

Una jornada particular
Teatro
Quién preside la Asamblea de Madrid
Barcelona no va de farol
Carteles contra la violencia
Subvenciones
Los refugiados ya no son tan bienvenidos
Cataluña, el salvaje Este
La vuelta al mundo en un velero
El lacismo madrileño
Despedida y cierre
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Tras su paseo por el esperpéntico circo del independentismo, y dejando atrás al solar que han legado los protagonistas de la actualidad política catalana, Albert Soler se traslada a la capital de España buscando el acomodo que no pudo encontrar en su Girona natal. Una nueva entrega de crónicas y semblanzas de catalanes y no catalanes que habitan en Madrid. Una visita a los escenarios de la actualidad –El Congreso, Las Ventas, el Palace, el palco del Bernabeu, la tumba de Franco– en los que Albert Soler destapará las vergüenzas del poder y de quienes nos gobiernan.

Un botifler en la Villa y Corte

Albert Soler

ediciones península

A Squeaky, el gato de la familia que, a base de mordiscos mientras estoy escribiendo, me recuerda que soy mortal.

A Josep, mi padre, que murió mientras escribía este libro,
y no me mordió ni una sola vez en la vida.

Estoy aquí en Madrid, tan aburrido, que recorro las calles sin rumbo ni sentido. Lo que necesito es un trago, para poderme estabilizar.

«Necesito un trago», TEQUILA

Botifler: adj. i m. I f. [LC] [HIH]
Que colabora con los enemigos de su tierra.

Diccionari del Institut d'Estudis Catalans

Introducción

Ser botifler en Cataluña es una cosa muy seria. Una medalla de la que no todo el mundo puede presumir. En Cataluña, a los desafectos al régimen se les llama también «ñordos», además del inefable «facha», aunque este no tiene mucho mérito, puesto que se utiliza en toda España para señalar a cualquiera que se aparte de lo políticamente correcto, vista o no camisa negra. Ser facha o ñordo no está nada mal, lo que ocurre es que puede serlo cualquiera, aunque no tenga raíces catalanas. Para ser botifler, en cambio, es necesario ser catalán de pura cepa, como un servidor de ustedes, cuyo árbol genealógico se pierde entre neandertales que si no frotaban el pan con un tomate era porque este no había llegado todavía de América, no por falta de ganas. No cualquiera puede serlo, no. A uno le llaman botifler y le están señalando como alguien que no se traga el mensaje de la republiqueta, alguien que piensa por su cuenta, alguien que se ha convertido en una molestia para el régimen. ¿Cabe mayor orgullo? Me han llamado botifler bastantes veces, lo que me alegra hasta tal punto de que no he tenido más remedio que titular este libro *Un botifler en la Villa y Corte*. Espero que sirva por lo menos para demostrar que no todos los catalanes van a Madrid de gorra y en coche celular, algunos nos pagamos el viaje.

En Cataluña se ha llamado botifler a Joan Manuel Serrat, a Juan Marsé, a Albert Boadella, a Rosa Maria Sardà, al hermano de esta, Javier Sardà, a Montserrat Caballé, a Javier Cercas, a Marc Márquez, a los hermanos Roca —los de El Celler de Can Roca, que han puesto a Cataluña en el mapamundi—, a los Estopa y a tantos otros con los que cualquiera se enorgullecería de formar equipo de lo que fuere, sea de botiflers, de masones, de calvos o de terraplanistas. Eso, referido al mundo de la cultura y el deporte. En

política, el título de botifler se otorga al por mayor, de una tacada, a todos los que sean de cualquier partido no —o no suficientemente— lacista.

Un conocido empresario de mi ciudad, Girona —aunque el título de empresario le va grande, puesto que vive de las rentas de numerosos inmuebles recibidos por herencia—, me llamó botifler en las redes sociales. Comoquiera que le agradecí el cumplido asegurándole que en la Cataluña actual lo único decente que se puede ser es botifler, me replicó que nada le gustaría tanto como encontrarse a solas conmigo en un ascensor. Un deseo cuando menos curioso. Ni en un callejón solitario, ni en un portal desierto, ni siquiera en un *parking* subterráneo. En un ascensor.

—Lo siento, tendrá usted que intentarlo en otro lado, yo estoy casado —le contesté amablemente.

No supe más de él, espero que encontrara por fin el amor clandestino que buscaba y que yo no pude ofrecerle.

Este tipo de lacista es el habitual. Gente de clase alta, con la vida resuelta, que se siente oprimida por el Estado español. Al rentista anterior, el que tenía sueños húmedos conmigo en un ascensor y que jamás ha dado un palo al agua, lo vi paseando casi de la mano del Vivales, cuando este aún era solamente Puigdemont, presidente de la Generalitat. Hablarían de cómo hacer para que sus propiedades rindieran más, sabido es que donde no llega el olfato inmobiliario llegan los contactos en el Governet. Con dos discretos guardaespaldas a un par de metros de distancia, parecían dos enamorados paseando, y tal vez lo fueran, puesto que los amores por interés suelen ser más sinceros que los románticos. En Cataluña saben todos dónde arrimarse para que los negocios fluyan mejor, y quien esté contra esas prácticas es un botifler. Y después, venga a tomar ascensores para ver si alguno tiene la fortuna de coincidir conmigo.

El botifler, por definición, colabora con los «enemigos de su tierra». Aquí tropezamos con el primer problema, porque debería establecerse quiénes son los verdaderos enemigos. Un enemigo es alguien que perjudica, y nadie ha perjudicado más a Cataluña que los líderes del *procés*, seguidos por quienes les han mostrado apoyo;

esos serían los colaboradores necesarios. Unos y otros son enemigos de Cataluña con todas las de la ley. No lo son solo los votantes que propician en las urnas que los líderes lacistas continúen derribando lo que queda de Cataluña, sino también escritores, periodistas y empresarios que les han dado apoyo, ya sea intelectual o económico. Esos serían los auténticos botiflers, por hostiles a Cataluña, pero como uno ya está habituado a lucir en el pecho esa medalla, vamos a seguir considerando botiflers a los que han tratado de impedir la debacle.

¿Qué busca un botifler en Madrid? De entrada, contentar a todos los que en los últimos años le han invitado a marcharse de Cataluña. Ya que viven en una perenne amargura porque la republiqueta que soñaron ni está ni se la espera, no me supone ningún esfuerzo regalarles por lo menos una alegría y marcharme a la capital de España. No será por mucho tiempo, el necesario para escribir un libro, aunque solo con eso ya les he dado yo infinitamente más que quienes les prometieron la republiqueta catalana. Bien es cierto que para eso me bastaba con instalarme durante ocho segundos en Madrid, que eso fue lo que duró su sueño.

Además de suponer un detalle para con los que fueron engañados por los lacistas en quienes confiaron, la aventura madrileña ha de servirme para comprobar de primera mano si el *procés* ha perjudicado la imagen de los catalanes en el resto de España, para examinar si unos y otros somos muy distintos, y para constatar —puesto que nadie lo hace, ni el mundo ni Europa— si por lo menos en España alguien mira a Cataluña. Y para relatar Madrid con la mirada de un catalán que está de paso. Y para tomarme unas cañas.

En fin, que el sol es una estufa de butano, y la vida, un metro a punto de partir.

Llegada

El botifler llega a la estación de Atocha. Si Nueva York es la ciudad que nunca duerme, Madrid es la ciudad que más se entrega al paseante, como dejó escrito Ramón Gómez de la Serna, el gran cronista de esta capital, a la que también definía como mezcla de chulería y delicadeza, de ponche ideal de limón y cerveza. Y añadió todavía que es un lugar en el que nadie se fija en los demás. Y la mujer puede ir de tapadillo o vestida de pendón, descripción que probablemente no sería aceptada hoy por los centinelas de la corrección política, aunque al fin y al cabo sea un elogio a la libertad de la mujer de vestirse como le plazca. Como eslogan, es mucho mejor que el de «la ciudad donde no vas a encontrarte nunca con tu ex» que popularizó Isabel Díaz Ayuso, si bien es cierto que en tiempos de Ramón no había muchos ex, a no ser que contemos entre estos a los excombatientes y a algún excomulgado.

Nada más poner el pie en tierra madrileña, todavía en la estación de Atocha, me recibe la escultura de un señor que sostiene una carpeta, ubicada en lo alto de una escalera mecánica —la escultura, no la carpeta—. ¿Será un homenaje a los revisores del tren, tan implacables que hace un par de días uno de ellos llamó a seguridad porque en su opinión —errónea, según quedó claro después— yo había pagado 1,19 euros menos de lo que me correspondía por el billete? La placa al pie de la escultura me saca del error: el monumento rinde homenaje al viajante de comercio. Cómo no emocionarme. Sin duda es un tributo a los catalanes, lo que ocurre es que debe disimularse para no ofender a las demás autonomías. Catalán y viajante de comercio fueron sinónimos en España durante muchos años. El viajante de comercio cogía su maleta con muestras de tejidos de Sabadell, se despedía de la familia y se montaba en un tren a vender por toda España. Durante

varias semanas, las fondas y restaurantes eran su hogar, los trenes eran su vehículo y las señoritas de las casas de lenocinio eran su familia. Con buen criterio, en Madrid han preferido situar la escultura-homenaje en una estación de tren y no en un club de carretera. La afluencia de público sería poco más o menos la misma, pero en una terminal la gente va con menos prisas y alguno se detiene a leer la inscripción y a observar el monumento —verbigracia, yo mismo—, gris como un viajante catalán de comercio. A fe que alguno debe quedar todavía de la vieja estirpe, por lo menos el del Juvé & Camps, espumoso que en Madrid encontraré desde el hotel Palace hasta la tasca La Caña, diríase que es un cava con el espíritu del Tenorio: yo a los palacios subí, yo a las cabañas bajé.

Dicen, y te lo repiten a la menor ocasión, que en Madrid a nadie le importa de dónde vienes, ni siquiera a dónde vas, así que menos todavía debe de importarle a nadie el *procés*, que es una cosa que inventamos los catalanes cuando nos cansamos de vivir bien, de ser la región puntera de España y probablemente de Europa, y de despertar la envidia allá donde fuéramos. Lo de *el món ens mira* con que Cataluña empezó a despeñarse era una vana esperanza, pues preocupaciones más serias tenía el globo. Entonces creímos que, si no el mundo, por lo menos Europa sí nos miraría. Si lo hizo, fue para reírse de nosotros. Quedaba España, que ni que fuera para maldecirles por querer romperla, algún vistazo debería echar a los catalanes. Ni por esas. Madrid no ignora a Cataluña, pero sí al *procés*.

Para comprobarlo, tomo un taxi al salir de la estación. Si los taxistas constituyen un mito en sí mismos, los taxistas de Madrid son el barómetro fidelísimo del estado de la nación, déjense de debates en el Congreso. En provincias, donde vivo, los nativos consideramos una afrenta coger un taxi, eso es cosa de turistas, viajeros y demás especies foráneas. La falta de costumbre hace que, en el fondo, crea que la leyenda del taxista que aferrado al volante soluciona los problemas no solo de su pasajero sino, especialmente, los del mundo es eso, un mito.

Pues no.

Tras preguntarme de dónde soy y a qué he venido a Madrid —por el acento, él parece rumano—, mi taxista entra en materia.

—Y así, ¿qué piensa usted del virus?

—Pues mire, si quiere que le diga la verdad...

Me interrumpe, cortante:

—¿Cómo que si quiero que me diga la verdad? ¡Claro que sí! La verdad es lo que nos hace avanzar por la vida, lo que nos diferencia de los animales y blablablá...

De todos los taxistas de Madrid, he ido a tropezar con el filósofo. Permito que se explaye, con la esperanza de llegar rápido al hotel. Sin embargo, percibo que no va a ser fácil ignorarle, quiere saber más, quiere saberlo todo.

—Y de las vacunas, ¿qué piensa?

Líbreme Dios de volver a empezar la frase, ni siquiera como recurso retórico, con «si quiere que le diga la verdad», capaz es de echarme del vehículo en marcha. Me muestro tan contundente como puedo, lo cual, debo reconocerlo, tampoco es mucho; el sujeto me tiene un poco intimidado.

—Pues voy a decirle dos cosas. Que no sé por qué lo llaman vacuna si en realidad no deja de ser un medicamento que...

Me interrumpe de nuevo, con la contundencia que ya reconozco como habitual en mi primer conocido en Madrid, amén de conductor:

—¡Exactamente! Con lo que me acaba de decir, me demuestra usted ser una persona que piensa, que no se deja engañar y blablablá...

Me acomodo en el asiento, la perorata va para largo. Al fin y al cabo, se gana la vida como buenamente puede, no todos los rumanos tienen la suerte de llegar a España, casarse con un nativo y que al poco su marido se convierta en el Vivales, como le ocurrió a la señora de Puigdemont. Gracias a eso, a la buena mujer le pagamos todos los catalanes 6.000 euros mensuales por presentar un programa de dos horas semanales en una tele local y pública que carece de espectadores. Eso sí que es una buena publicidad del matrimonio. El dinero de los catalanes sirve para esas cosas, para recompensar no solo a quienes nos han conducido al abismo, sino

también a sus familiares. De todas las formas indignas que una mujer abandonada por su esposo tiene para intentar subsistir, la señora del Vivales ha escogido la peor: la caridad disimulada. Por lo que parece, mi taxista no tuvo la fortuna de casarse con alguna —o algún— populista que le sacara de las calles y aquí está, carrera tras carrera, aderezadas con peculiares conversaciones con los clientes.

Cuando hace minutos que no escucho lo que está diciendo, noto su mirada inquisitiva por el retrovisor.

—Pero usted me ha dicho que me diría dos cosas, y solo me ha dicho una.

También he tenido la desgracia de pillar al taxista que sabe contar. ¿No llegaremos nunca a mi hotel?

—Bueno, no parece que los resultados de esa vacuna sean lo que se dice extraordinarios, por tanto...

Nueva interrupción:

—¡Nos están inoculando! ¡Inoculando! ¡Hay que dejar que el cuerpo cree sus propios anticuerpos! Esto es como si te faltan vitaminas y te recetan pastillas. ¡Gran error! Lo que debemos hacer es comer mejor y dejar que el cuerpo fabrique sus defensas y blablablá...

Por fin llegamos. Se detiene frente al hotel. A pesar de haberle abonado ya la carrera, se resiste a dejarme bajar sin haber terminado su exposición, que yo soporto no solo estoicamente sino con cara de interés, de algo tenía que servirme haber entrevistado a decenas de políticos de discurso vacío, valga la redundancia. Finalmente, el taxista parece finalizar el suyo. Deja de hablar, se da la vuelta y, mirándome por vez primera directamente a los ojos, pregunta:

—¿Sabe usted qué es la verdad?

—Errr... ¿lo que nos hace avanzar por la vida? —Tanteo el terreno sin tenerlas todas conmigo, parece estar de vuelta el taxista filósofo.

—¡Y lo que nos diferencia de los animales!

—Sí, eso también.

—Que tenga usted una buena estancia en Madrid. Buenas

noches, señor.

Entro por fin en mi hotel. Ni una sola referencia al *procés* o a la situación en Cataluña.

Dos días después tomo otro taxi, esta vez el conductor es venezolano, ingeniero técnico en su país, del que huyó para reciclarse en taxista madrileño. La conversación va en esta ocasión de las dificultades que las administraciones ponen al oficio.

—Al final, para sobrevivir, los taxistas vamos a tener que vender el cuerpo —me dice el chófer, cerca ya de la jubilación.

—A mí no me mire, que no compro.

Y así sigue la charla. A pesar de que sale en ella mi origen catalán, la política no aparece. Si de dos taxistas, ninguno habla a su cliente catalán de la problemática de Cataluña, significa que esta no existe. Que está solamente en la mente de algunos catalanes. De los que se ganan la vida con ella.

Entre niños anda el juego

Al botifler, acostumbrado como está al niño barbudo que hace como que gobierna Cataluña, el tamaño del alcalde de Madrid no le impresiona. Un catalán está acostumbrado a mandatarios salidos de una escuela de primaria. Me impresiona más su aplomo, que le llaman «carapolla» y no mueve una ceja, quizás a su edad identifica «polla» solamente como gallina nueva, medianamente crecida, que no pone huevos o que hace poco tiempo que ha empezado a ponerlos, así lo dice la RAE, que por algo tiene la sede en Madrid, ciudad de Almeida. Al mirarse al espejo no ve el alcalde madrileño plumas asomando en sus mejillas, por lo que debe de pensar que quienes así le llaman poco conocen del ganado aviar. Almeida es capaz de reírse de sí mismo, en eso se diferencia de su sosias catalán, que como todos los presidentes de la Generalitat que en el mundo han sido, parece imbuido de misticismo, como si tuviera que llevar a cabo una misión divina que nadie sabe cuál es pero que le incapacita para tomarse nada a broma. Y no será que presidir la Generalitat no dé motivos para reírse unas cuantas veces al día.

Aunque ambos son niños con mando en plaza, a Almeida —quizás por ese sentido del humor, las mujeres valoran mucho esas cosas, o eso dicen— le salen pretendientas. Una concursante de *First Dates*, que según contó había sido amante de Jesulín de Ubrique —lejos quedan los tiempos en que los toreros seductores eran tipos como Luis Miguel Dominguín o Jaime Ostos, debe ser lo que llaman la decadencia de la fiesta—, se declaró públicamente enamorada del alcalde de Madrid. Esas cosas son impensables en Cataluña, no hay mujer que pueda enamorarse de Aragonès, que además de niño, diríase que es también asexuado, y en el caso improbable de que dicha mujer existiese, se guardaría mucho de

proclamarlo en público, a no ser que quisiera ser objeto de befa para los restos.

Almeida se deja ver en fiestas y saraos, ya sea en el cumpleaños de Vargas Llosa, en *El hormiguero*, con Pablo Motos, o corriendo la San Silvestre vallecana el 31 de diciembre. Y encima se lo pasa bien, o eso parece. Aragonès, en cambio, no sé si es que no le invitan o es que no le gusta divertirse, lo más probable es que sean ambas razones a la vez, ya ha quedado dicho que el de presidente de la Generalitat es un cargo tan místico que nadie entendería que quien lo ostenta pareciera divertirse. Sería como ver al papa en los autos de choque. Un pueblo que lleva cuatrocientos años oprimido, al borde de la extinción y comiéndose los unos a los otros para no morir de hambre, no soportaría un presidente alegre. Repase el lector los presidentes de la Generalitat desde la reinstauración de la democracia, y los únicos que parecían disfrutar de la vida fueron Tarradellas y Maragall, por eso están mal considerados por el lacismo, que es una asociación de tristones. Montilla ni siquiera entra en consideración porque se le tiene por charnego, así que ni tan solo fue presidente de la Generalitat, sino un simple okupa, de manera que poco importa si estaba alegre o triste. Hay quien asegura que, en los actos oficiales, dos son las prendas que debe usar obligatoriamente un presidente de la Generalitat: la corbata y el cilicio. La una para dar apariencia de solemnidad, y el otro para asegurar el permanente rictus sufriente con que debe presentarse al mundo el máximo representante de los catalanes. Como las antiguas numerarias del Opus, una vuelta de silicio, con sus púas aguijoneando el muslo presidencial, son suficientes para que el niño barbudo Pere Aragonès no caiga en la tentación de la sonrisa ni —mucho peor— de reconocer que alguna cosa se ha hecho mal en Cataluña y que no todas las desgracias nos llegan de Madrid.

—Dios, perdóname, hoy he estado a punto de sonreír al pensar que mientras los catalanes viven cada día peor, yo tengo un sueldo que ya lo quisiera para sí el botarate de Pedro Sánchez. Por fortuna, percibir la sangre cayendo por el muslo y notar el intenso dolor de los aguijones penetrando en mi carne me han impedido

exteriorizar mi felicidad interior.

El presidente emérito, o sea el fugado, también usa cilicio en Waterloo, y quizás se le va la mano al encargado de apretárselo cada mañana —Matamala, Comín o Valtònyc, supongo que se turnan entre los tres criados—, como se desprende de sus periódicas intervenciones por vídeo, a cuál más amargada y prescindible. Su aspecto, más demacrado y —sin embargo— más orondo cada semana, invita a pensar que no cree que el cilicio sea suficiente penitencia para un alto cargo catalán, y lo compagina con comida basura y alcohol de la peor calaña, con lo que su pinta ya no puede ser más asquerosa. Hay que reconocer que en eso se ha aplicado más el presidente catalán fugado que el titular. En los últimos tiempos se añadió una tercera pieza al atrezo presidencial, el lacito amarillo en la solapa, pero ha caído en desuso y es más bien un ornamento anacrónico, ya viene a ser como usar pantalones de pata de elefante. Aunque nunca se sabe, las modas suelen regresar.

Según propia confesión, a Martínez-Almeida sus amigos le llaman «el Latino». No por sus habilidades bailando salsa ni por su desparpajo con las mujeres, sino porque es un desastre en la cocina y se alimenta a base de latas. Latino viene de lata, por lo menos en Madrid, que posee el barrio de La Latina, que debió de ser una señora que consumía preferentemente sardinas, mejillones en escabeche y atún, todo en lata. Una ancestra del alcalde, lo más seguro.

Lo que es una lata para Almeida es que los comisionistas Luceño y Medina se enriquecieran durante la pandemia con la compra y venta de mascarillas al Ayuntamiento, lo que, o bien le deja a él como estafado, o bien como colaborador. Como soy forastero en Madrid, no sé si, llegado el caso, las cosas funcionan igual que en Cataluña y ante una condena el reo puede clamar que se trata de una persecución política, haciéndose cada día eco de ello la televisión autonómica. Tampoco sé si el Gobierno español, siempre tan solícito, rebajaría la pena que le correspondiera, como al parecer va a hacer con el delito de sedición. En último caso, siempre puede argumentar Almeida que, fuera lo que fuera lo que

hiciese, fuera mucho o poco, fuera estafado o estafador, lo hizo bajo mandato popular. Eso es clave. En Cataluña funciona, años después de la gran patraña continúa habiendo gente convencida de que el «mandato popular», sea eso lo que sea, equivale a una carta blanca para infringir la ley.

El Pardo, Franco y unos árboles

El botifler va a El Pardo. Puede parecer extraño ir de excursión al lugar donde Franco instaló su residencia, pero ha venido a recogerle en coche una pareja de madrileños que le han preguntado a dónde quería ir. Me da igual, digo. Pues a El Pardo, responden. Pues a El Pardo, asiento. De haber estado en Cataluña, le habrían conducido a Queralbs, que es el pueblo donde tiene residencia Jordi Pujol, lo más parecido que hemos tenido a un caudillo por aquellos andurriales. Pero estamos en Madrid. ¿A El Pardo? Pues a El Pardo.

El Pardo, Franco aparte, es un pueblecito encantador que en la actualidad pertenece a Madrid. Terracitas a la sombra de las moreras, edificios bajos, poco tráfico y un bar famoso por tener en sus paredes fotos del Caudillo y banderas preconstitucionales. Si no lo hay aquí, ¿dónde va a haberlo? Tan original garito, un parque temático en miniatura para nostálgicos, se encuentra cerrado el día de nuestra visita, para la próxima habrá que avisar con antelación, igual admiten reservas. En vista de la imposibilidad de visitar el sucedáneo franquista, optamos por visitar el original: el palacio de El Pardo, allí donde Franco recibía a los embajadores y a los ministros, allí donde, cuenta la leyenda, podía verse una lucecita toda la noche, señal de que el Caudillo velaba por los españoles mientras estos dormían, fuese en sus casas, en la cárcel o en alguna de las muchas cunetas de un país que empezaba a desarrollarse. Lo más seguro es que Franco dejara una lámpara encendida mientras él se retiraba a sus aposentos —en los palacios se habla de esta manera— desde la caída del sol, que no estaba el hombre para trasnochar. La leyenda, alimentada desde el régimen, haría el resto. Así nace un vigía de Occidente.

Como hasta hace unos minutos no conocía a mis guías más

que virtualmente, no estaba muy seguro de que no fueran un par franquistas, sospecha surgida del súbito interés por mostrarme El Pardo y su palacio. Descarto esa posibilidad en cuanto pisamos las instalaciones y empiezan las explicaciones, no sé si exactamente turísticas, aunque sin duda de interés humano.

—Franco era maricón, lo que yo os diga. —Es la frase con la que Miguel da inicio el circuito, en un tono de voz tan elevado que temo que algún otro visitante, peor informado de las costumbres sexuales del antiguo morador, no se lo tome muy a bien.

Nos limitamos a pasear por el exterior del recinto, ya que nos indican que al interior no se puede acceder. Mucho mejor, pienso para mí, que ahí dentro la palabra «maricón» debe de resonar más, igual hasta se multiplica por el eco. Quién sabe si el fantasma del Caudillo no anda por ahí, pasando el rato firmando penas de muerte, y nos añade a la lista al oírnos dudar de su hombría.

—Ni siquiera era suya su hija, que era de su hermano —insiste casi a voz en grito el improvisado guía, ignorando nuestros gestos que le suplican que baje el volumen.

No solo no lo hace, sino que a continuación diserta sobre los placeres de la carne que el Caudillo —asegura— vivía con miembros de su guardia mora, placeres que ya había catado en sus campañas africanas.

Después de admirar por fuera el palacio y sus jardines, afortunadamente con pocos visitantes que pudieran oírnos, termina la excursión —se trata de un día laboral—, no sin antes aprender de boca de Miguel, el flamante guía, una última lección que habrá de serme útil en la vida.

—Una mujer con mala leche es un peligro, eso lo sabe todo el mundo. Pero hay una cosa mucho peor que una mujer con mala leche: ¡un maricón con mala leche! Eso es lo que era Franco, y así nos fue a los españoles.

Fin de la explicación, entre antropológica e histórica, sin que nadie nos haya llamado la atención.

Mis paisanos catalanes tienen auténtica fijación con Franco. No solo porque la mayoría de ellos vivieron como reyes durante el franquismo, sino porque actualmente les sirve para justificarlo

todo: quien no comulga con ellos es franquista. Tal vez su amor eterno por Franco se deba a que han leído a Faulkner, que dejó escrito en no recuerdo cuál de sus novelas que si un hombre debe elegir entre un asesino y otro que puede que lo sea, elegirá al asesino. Así por lo menos sabe seguro con quién se las tiene y no baja la guardia.

Tras unas cañas de refresco en una coqueta terracita a la sombra de unos tilos —la verdad es que no entiendo nada de árboles y voy cambiando la especie con la esperanza de acertar por lo menos en una ocasión—, regresamos a Madrid. O esa era la intención, porque al distinguir a lo lejos el cementerio de El Pardo, alguien recuerda que ahí se trasladaron hace pocos años los restos de Franco, desde el Valle de los Caídos. Aparcamos frente a la entrada. Nos acercamos. No se observa a persona alguna en las inmediaciones.

—Estará cerrado, no quieren que esto se llene de nostálgicos —comenta Marta, la otra acompañante madrileña.

Sin embargo, la verja está abierta. El sol cae a plomo, por suerte unos álamos nos protegen. Una gran basílica en el centro del camposanto cobija a Franco y esposa. Banderas, fotos, estampitas, flores y mensajes que el depositario espera que el muerto tenga a bien, si no responder, eso no, por lo menos leer. Por lo demás, ni un alma. Ni siquiera un puesto de información turística que informe al visitante de quién está enterrado aquí. Se echa en falta alguien con sentido del negocio, como en el cementerio Père-Lachaise, en París, donde a la entrada le venden a uno un plano para que sepa dónde encontrar a Jim Morrison, dónde a Maria Callas y dónde a Oscar Wilde. O a Victor Noir, periodista mujeriego muerto en duelo —en aquellos años sí que era arriesgada la promiscuidad, y no más tarde con el sida— a la escultura mortuoria del cual —según reza la tradición— van a restregarse las muchachas que no consiguen quedarse embarazadas, esperando que desde el otro mundo les eche una mano, o lo que sea. De hecho, lo que tienen que frotar con ganas las aspirantes a quedar encintas —cual genio de la lámpara— es la entrepierna de la escultura, bastante prominente por cierto.

En el cementerio de El Pardo no hay ni planos de información ni entrepiernas prominentes. Se echa más en falta aquello que esto, ya que a Franco y señora se los encuentra con facilidad, que por algo tienen incluso una cripta para ellos dos, permanentemente engalanada, pero alguien más habrá por aquí, digo yo. El único funcionario a la vista, aunque no precisamente turístico, allá a lo lejos, es un barrendero que, a su aire, va recogiendo hojarasca bajo un roble. Nos recibe secándose el sudor con el dorso de la mano. A preguntas del botifler y sus acompañantes, sin dejar de barrer, el solícito guía-barrendero nos cuenta que por allí —señala a lo lejos con una mano mientras con la otra sigue con su hacendosa labor— yacen Arias Navarro y Carrero Blanco. No juntos, por Dios, eso ni muertos.

—Algún rojo habrá también, ¿no? —tercia Marta, imbuida, según parece, del lenguaje del lugar.

—Pues sí, por allá —señala ahora al otro lado, sin dejar, ras, ras, de barrer— tienen ustedes la tumba de Tomás y Valiente, asesinado por ETA, que no sé si era rojo, pero por lo menos no era franquista.

—¿Y tiene Franco muchas visitas? —le pregunto, recordando que el traslado del cuerpo no estuvo exento de polémica, pues había quien aseguraba que el cementerio de El Pardo se convertiría en lugar de peregrinación, vamos, como una Meca sin chilabas.

—Naaa, cuatro *mataos*, oiga. Y solo en fechas señaladas —ras, ras, continúa—, aunque eso incluye también el aniversario de cuando fue ascendido a general. Esa gente lo sabe todo.

Es una suerte que los fieles celebren solo el último ascenso y no todos los que tuvo desde que era cabo, o al pobre barrendero se le acumularía el trabajo. A estas alturas ya ha dejado de barrer y, apoyado en la escoba, convertido ahora en historiador, relata la paradoja de que fueran los socialistas de Pedro Sánchez quienes cumplieran la última voluntad del difunto jefe de Estado de descansar para los restos junto a su esposa, por mal nombre la Collares.

—Los suyos lo metieron en el Valle de los Caídos, en contra de sus últimas voluntades. Manda cojones que fueran los rojos

quienes respetaran su deseo —reflexiona en voz alta mientras sacude la cabeza y vuelve a agarrar la escoba.

Antes de despedirnos al lado de unos olmos, le preguntamos cómo hallar la tumba de Carrero Blanco. Sin dejar de sostener la escoba que le sirve de soporte, el historiador se convierte ahora en humorista. Tras detallar el camino que hemos de seguir —«recto hasta allí, después tuerzan a la izquierda»— para llegar hasta la sepultura de quien estaba destinado a suceder a Franco, se luce.

—Carrero Blanco. El coche del año, más que correr, volaba.

Madrid es espectáculo

El botifler había jugado al fútbol en su ya lejana juventud, más de veinticinco años pateando balones, con el orgullo de no haber ganado con ello ni un miserable euro. Uno de mis excompañeros de equipo en el juvenil de los Maristas reside en Madrid, donde se ha convertido en productor y mánager de monologuistas, magos, cómicos y demás gente de la farándula y el mal vivir. Nos citamos en un bar enfrente del Teatro Español.

—Hombre, Jordi, ¿cómo estamos? ¿Qué es de tu vida?

—Pues aquí, instalado en Madrid. O medio instalado, paso más de media semana aquí, trabajando, y el resto en casa, en Girona, para estar con la familia.

Cuentan los más viejos del lugar que hubo un tiempo en que Barcelona estaba a años luz por delante de Madrid en cuestión de espectáculos teatrales, y ahora me encuentro con Jordi, que prefiere instalarse en Madrid para cuidar mejor de sus representados.

—Es que Barcelona se ha convertido en una ciudad de turismo extranjero, y así no tienen salida los espectáculos teatrales. Los extranjeros visitan la Pedrera, la Sagrada Familia, el estadio del Barça y algunos, tal vez, algún museo. A Madrid, en cambio, cada fin de semana, y cuando digo fin de semana, quiero decir a partir del jueves, llegan centenares de autobuses de gente de las provincias cercanas, más los que lo hacen en tren o en sus propios vehículos, que vienen a visitar la ciudad y, de paso, a ver sus espectáculos. Así que, para mi negocio, me conviene estar en Madrid, que es donde se corta el bacalao.

Imagino que, además, la competencia en Cataluña es mucho más dura. ¿Cómo puede un humorista divertir al público que ha acudido a su espectáculo, si este mismo público ha visto horas

antes por televisión la intervención del niño barbudo que ejerce de *president* de la Generalitat, de la giganta Laura Borràs, de algún *conseller* que no sabe ni lo que dice, o incluso de alguno de los representantes de la ANC u Òmnium, botarates que mueven a la carcajada sin pretenderlo? Si yo tuviera que ganarme la vida con comediantes y monologuistas, huiría también de Cataluña. En Madrid los políticos son asimismo de risa, pero intentan disimularlo. En Cataluña es al revés, lo promueven, parecen disfrutar comportándose como payasos. Un comediante no tiene nada que hacer en Cataluña, su lugar está copado.

Como jugador, Jordi era técnico y cerebral, aunque más bien vago, léase un Del Bosque o un Rexach. Como representante de artistas, parece ser igual de cerebral y a ello le suma que trabaja más que en el campo de juego, lo cual no es muy difícil. Se le ve agotado y a la vez feliz. Me enumera algunos de los artistas que representa y se lamenta de que, cuando alcanzan el éxito, algunos le abandonan, atraídos por el dinero fácil.

Le señalo que, durante el confinamiento por la pandemia, en Madrid la vida siguió más o menos igual, cosa que para su negocio debió de ser positivo. El confinamiento en Cataluña fue muchísimo más estricto que en Madrid, y las cifras de contagiados y fallecidos por covid no diferían en exceso. Ayuso se marcó un buen tanto.

—Lo veo todo muy extraño, porque durante aquellos días no dejaba de oír sirenas de ambulancias, sobre todo por la noche. A ver si sería que se llevaban a todos los fiambres al depósito de madrugada, para dar sensación de normalidad durante el día —me responde con sorna.

Decidimos ir a ver el fútbol, hoy juega el Barça contra el Celta de Vigo, aunque no sé si en Madrid será fácil hallar un bar donde lo retransmitan.

—No te preocupes, conozco el lugar ideal.

El lugar ideal resulta ser un local de apuestas, con un montón de televisores a nuestra disposición, unas camareras sin otro cliente al que servir, una ración de cacahuetes por cada cerveza y la necesidad de pagar en efectivo porque —nos explican— no se permiten tarjetas de crédito en los locales de apuestas. Así será si

así lo dicen. He tenido que viajar a Madrid para entrar por primera vez en uno de estos lugares. En Cataluña también los hay, supongo que con más éxito en las apuestas políticas que en las deportivas: ¿cuánto tardará el Vivales en pedir dinero para la causa, es decir para él, con otra peregrina excusa? ¿Llegarán por fin a las manos ERC y Junts? ¿Cuántos años de cárcel y de inhabilitación le van a caer a Laura Borràs? ¿Cuántas embajadas exteriores abrirá este año el Governet para colocar a amiguetes y familiares?

El partido, aburridísimo, termina con ajustada victoria del Barça. En Madrid solo vale la pena ver un partido del Barça cuando juega contra el Real Madrid, a poder ser en el Bernabéu, que para los culés es como jugar en nuestro jardín privado. Hace unas semanas, ya en Madrid, me empeñé en ir a algún bar cercano al Bernabéu, a ver la final de la Supercopa de España que jugaban precisamente Barça y Madrid en no recuerdo qué país de los emiratos árabes, no sé si como deferencia a que allí pasaba su exilio dorado el rey emérito.

—No se preocupe, majestad, ya que no puede usted desplazarse a España, le traemos aquí el fútbol para que se anime un poco, no pida más, las mujeres se las trae por su cuenta.

Fui andando. Kilómetros y más kilómetros del Paseo de la Castellana. Si serían kilómetros que tuve que realizar una parada de avituallamiento. Ver el cartel de «Restaurante Longinos. Desde 1929» fue como ver un oasis en medio del desierto, no me importaba que su fundación hubiera coincidido con el crac de la bolsa, no me importaba lo que costara comer ahí, no me importaba nada. Era un hombre derrengado en busca del Bernabéu.

—Buenas tardes. Ya sé que es un poco tarde, pero me gustaría comer algo.

—¿Tarde? No pasa nada, ojalá fueran así de sencillos todos los problemas, siéntese que enseguida le sirvo —me respondió el dueño, afablemente.

Un cocido excelente, pan, vino y postre por 11 euros. Pude seguir con mejor ánimo la peregrinación al estadio. En un bar justo enfrente del Bernabéu echaban el fútbol, tan justo enfrente que saliendo por la puerta me daba de bruces contra una de las grúas

de las obras en el estadio. En el bar, dos parejas de amigos atendían al fútbol, un tipo de espaldas al televisor, una rubia a todas luces desubicada en aquel lugar, y yo. Perdió el Barça. Lo único aprovechable de la noche fue escuchar al camarero —de un bar justo al lado del Bernabéu, insisto— comentar en voz alta: «El Barça le está metiendo miedo al Madrid, ¿eh?». Como curiosidad, cabe señalar que por vez primera vi un baño público en el que se amontonaban hasta veintiséis rollos de papel higiénico, que me entretuve contándolos. O el dueño es de los que al principio de la pandemia esquilmaban los rollos de los supermercados, o los aficionados del Madrid lo pasan muy mal durante los partidos y es prudente estar bien aprovisionado de papel higiénico, para cuando salen. No recuerdo que en el himno las mocitas madrileñas se hagan pis, cuando juega su Madrid.

Estamos en el local de apuestas sin apostar. Jordi me pregunta qué quiero hacer, la noche es joven y el partido ha terminado. Puesto que entre las cervezas y los cacahuetes ya no tenemos hambre, me sugiere ir a un local de copas que al parecer está en la onda, o como se llame aquí estar de moda. Vamos a pie, hacia el barrio de Chueca, de vez en cuando mi acompañante se para a saludar. Se acerca a un grupo que toma unas cañas en el exterior de un bar.

—Hola guapa, ¿cómo estás? Esta semana pasaré a verte, tenemos que hablar.

—De acuerdo, cuando quieras.

Se despide con un abrazo y un par de besos.

—Es la directora de un teatro, hay que estar bien con esta gente —me cuenta.

Uno ya se ha acostumbrado a ver que en Madrid cualquier día es bueno para salir a tomar unas cañas, pero no está preparado para encontrarse de sopetón, al doblar la esquina, un martes por la noche, con cola a la entrada de un bar musical, con el portero restringiendo la entrada, tantos salen, tantos entran, como si fuera una discoteca de mi Costa Brava en pleno agosto. Es la calle Almirante, y este local —cuenta Jordi— es EL local, es donde va todo el mundo, y en Madrid todo el mundo es todo el mundo:

Toni2. Nos situamos en la cola, a la vera de dos turistas mexicanas que resultan ser madre e hija, han ido por la tarde a los toros y vienen a rematar aquí la faena, si saldrá manso o bravo el ganado, ya se verá.

—Estamos esperando al novio de mi hija, que se está retrasando. ¿Usted qué cree que le debemos decir cuando llegue? —me pregunta la madre, socarrona.

—Le podría decir que coja a su novia y se la lleve a ver Madrid de noche, que ya cuidaré yo de la mamá —respondo con una tanda de naturales.

La calle Almirante está situada más o menos en el barrio de Chueca, en una zona de calles estrechas y edificios centenarios. Al barrio de Chueca —dicen— venía Pablo Iglesias a ligar, antes de cortarse la coleta. Cerca de donde nos encontramos está la casa familiar del exalcalde Ruiz-Gallardón, y no muy lejos se encuentra Oliver, el bar restaurante creado por Adolfo Marsillach en 1966 y que se convirtió en el local por antonomasia de la transición. Más de un pacto se cerró ahí y más de un matrimonio terminó. Por allí rondó Ava Gardner algunas noches.

Ava no llegó a tiempo al Toni2, pero sí Hermann Tertsch. Aquí fue donde el periodista tuvo hace años el famoso incidente, cuasi un atentado según las primeras versiones, que quedó al final como una riña de madrugada. No le hacía falta al Toni2 la publicidad extra, según deduzco de la aglomeración en una noche de martes, pero siempre es bienvenida.

Toni2 es un karaoke sin karaoke. La música la pone un pianista y el cliente le pide la canción. Y punto. O te la sabes o no te la sabes, aquí no se pide un teleprónter con la letra, a ver si el conflicto de Tertsch fue por un quítame allá esta letra, uno que si Julio dice «no vayas presumiendo por ahí», el otro que no dice «ahí», que dice «allá», la cosa se va calentando y entre españoles de bien, ya se sabe, termina a puñetazos. Sobre todo si los españoles de bien llevan unos cuantos whiskis entre pecho y espalda.

A diferencia de un karaoke de toda la vida, en Toni2 —tendré que preguntar si existe un Toni1 o simplemente el dueño es así de gracioso— acaba cantando todo el mundo. No es difícil que así sea,

las peticiones suelen moverse entre boleros, rancheras, y éxitos de Julio Iglesias, Perales, más alguna de la movida; Alaska siempre da el pego, y más lo da cuanto más avanza la noche, para terminar agarrados unos a otros berreando «¿A quién le importa lo que yo haga?». Uno, de natural cortés, solicitaría una ranchera, pero hace rato que hemos perdido a las mexicanas de vista, así que para qué. Nos hacemos con unos *gin-tonics* y nos sentamos en un sofá tapizado de rojo a escuchar lo que llega a desafinar la gente cuando lleva unas copas de más, que no es poco.

Suena «My Way», la muchedumbre se lanza a destrozarla como si Sinatra les debiera dinero, más parecen cantar en espanglish que en inglés, qué más da, así es la noche. La noche de un martes, no dejo de repetirme incrédulo, pero la noche. En Cataluña, no digamos en Girona, mi ciudad, hace horas que todo el mundo está recogido en casita, mirando TV3 como está mandado, los bares están cerrados, y en el caso de que alguno estuviera abierto, hay siempre un vecino solícito presto a llamar a la policía quejándose del ruido. La Tahona, el bar que tengo justo debajo de mi casa, tuvo que dejar de celebrar conciertos por las denuncias de un vecino, conciertos por llamarles de algún modo, pues se trataba de un solo chico cantando y tocando la guitarra en acústico. Esos «conciertos» tenían lugar los domingos al mediodía para alegrar la hora del aperitivo. Pues ni así.

Se arrancan ahora con «Solamente una vez», de Agustín Lara, otro mexicano, aunque este no pisó nunca Madrid, lo cual no le impidió componer uno de los más famosos chotis, «Madrid», ya saben, el de «la gracia de un piropo retrechero más castizo que la calle de Alcalá». Ignoraba el bueno de Agustín que años más tarde los piropos estarían considerados poco menos que armas del diablo, fueran o no retrecheros. La estatua de Agustín Lara en la calle del Sombrerete, aquí en Madrid, corre peligro de ser ultrajada por el neopuritanismo. Como en América se derriban estatuas de los conquistadores, en Europa van a derribarse pronto las de todos aquellos que atentaron contra la igualdad entre sexos, y de entre ellos, los primeros en caer serán quienes osaron hablar de piropos a las mujeres. Retrecheros, pero piropos. Mientras eso no sucede, el

monumento al mexicano flaco tiene una placa que habla por sí misma de un genio capaz de cantar a lo desconocido, y no me refiero al amor, que eso lo han hecho también otros —aunque muy pocos habrán gozado de las mujeres tanto como Agustín Lara—, sino a lugares físicos: «Agustín Lara, insigne compositor mexicano que cantó a España antes de conocerla, autor del célebre chotis *Madrid, Valencia, Sevilla, Navarra, Toledo, Murcia, Granada*». Con el tiempo, solo el cantautor catalán Lluís Llach ha igualado —si no superado— esta gesta, no me refiero a la de gozar de las mujeres sino a la de cantar a lo desconocido. Llach fue capaz de cantar a la revolución y a la lucha sin conocerla tampoco ni de lejos, pero además, con el tiempo, ha terminado yendo de la mano de Junts per Catalunya, la derecha catalana más rancia. Ni siquiera el maestro mexicano llegó a tanto.

Calculo que son centenares las personas que cantan y se contonean alrededor del piano, brazos en alto, sujetando la copa en equilibrio. Sé que ahí en medio hay un pianista porque así me lo ha jurado Jordi y confío ciegamente en él, pero no logro verlo en toda la noche. Le oigo, claro, oigo de vez en cuando un acorde entre los gritos del público, pero el pianista es un ente invisible. Quién le mandaría venir aquí, con lo tranquila que es la vida del pianista de un burdel.

Otra ronda de *gin-tonics*.

La gestoría catalana en el Congreso

El botifler se cita para cenar con un alto directivo del sector audiovisual, paisano para más señas, madrileño de adopción desde hace décadas. En Madrid, quedar para cenar —o para comer— es una actividad en sí misma. En Cataluña, uno queda para resolver un asunto o un negocio y, de paso, comer algo. En Madrid se queda para comer —y beber, por supuesto—, y ya veremos lo que va saliendo porque, salir, siempre sale algo. Uno prefiere el método madrileño, no entiende la fama de trabajadores de los catalanes: para trabajar a gusto, nada como una mesa, no de negociación sino de restaurante. La mayoría de los negocios y de los grandes acuerdos políticos han surgido de comilonas, lo que ocurre es que no vamos a llamar a un gran acuerdo para el país «Los Pactos del Asador Donostiarra», mejor bautizarlos «Pactos de la Moncloa». Igual que queda mucho mejor, de cara a la posteridad, llamar a unos papeles «Constitución española» y no «lo que nos fue saliendo a medida que caían las botellas de vino y las tapas en la tasca esa que hay detrás del Congreso, ahora no me sale el nombre, qué risas aquel día». Denominar «los beodos de costumbre» a quienes hoy conocemos como «padres de la Constitución» no ayudaría en nada a mejorar la imagen del llamado peyorativamente «Régimen del 78», aunque podría sumar para la causa a Podemos, CUP, Bildu y otros grupos que no le harían ascos a un tintorro.

La cita es en Arzábal, un restaurante vasco situado junto al parque del Retiro.

—Suelo venir aquí. Es bueno tener un restaurante de confianza, de esta forma sé que si me surge un compromiso de última hora, con una llamada voy a conseguir mesa.

En Madrid, no tener mesa en un restaurante es la muerte, parece añadir con la mirada. Hombre amable, simpático y

dicharachero, no es extraño que en la capital haya encontrado su hábitat.

—Yo soy el último convergente —me confiesa, no sé si con nostalgia, con alivio, con alegría o con pena—, en cuanto yo me marche, apagaré la luz, y he dicho «apagaré la luz», nada de pagar las facturas.

Ríe con ganas. No puedo dejar de imaginarlo en un gran edificio abandonado, con un cartel desastrado en la fachada que pone CDC, y en su interior imágenes de Pujol y de Mas tiradas por los suelos. Sale por la puerta sin volver la vista atrás. En el último momento, ya desde el exterior, mete el brazo por el quicio de la puerta y le da al interruptor. Todo el edificio queda a oscuras. Él se marcha andando tranquilamente. A algún buen restaurante, de eso no cabe duda. Fundido a negro. Se terminó una época.

Aprovechando lo bien que estamos comiendo y bebiendo en Arzábal, le pregunto al último convergente por el Vivales, que, si no el último, fue de los últimos y el encargado de dinamitar el partido.

—Tendría que haber convocado elecciones. Si las ganaba, podía ir a la ONU con el resultado de las mismas a exigir un referéndum de autodeterminación. Si las perdía, habría podido recorrer Cataluña, recibiendo homenajes en cada pueblo, hasta su muerte.

Se acerca el dueño de Arzábal a saludar. Le pregunto por el *procés*. «Yo respeto todas las ideas, pero tendrían que pensar cómo perjudican a la propia economía catalana», comenta, antes de despedirse. Sigo la conversación con el último convergente vivo.

—Barcelona se está madrileñizando, pero el contacto con el poder sigue estando aquí, en Madrid —afirma—. La lástima es que los políticos catalanes en Madrid ya no están a lo que tienen que estar.

Cosas del *procés*, intuyo. Una cosa era aprovechar el Congreso y el Senado para «hacer pasillos» y establecer contactos, y la otra es usarlo para gritar en catalán *Espanya és un estat feixista!*, para conseguir que te quiten el turno de palabra y salir en la prensa catalana afín al régimen como un ejemplo de resistencia.

—He vivido aquí, en Madrid, la buena época de la minoría catalana. Aquello sí que funcionaba, aquello era una gestoría. Y además, gratuita.

—Hombre, gratuita... algo querrían a cambio los políticos aquí instalados.

—Ellos conseguían despachos profesionales, alguna *conselleria* al regresar a Barcelona, en fin, cosas de esas.

Gestoría catalana más que minoría, por tanto. La formaron, en distintas épocas, los Duran i Lleida, Miquel Roca, Joan Rigol, Joaquim Molins, Josep Maria Cullell, López de Lerma, Gasòliba, Gomis, Trias de Bes... Trabajadores eficientes, según se recuerda en el foro. Asegura mi interlocutor que eran legión los empresarios —grandes, pequeños y medianos— y alcaldes catalanes que viajaban a Madrid porque sabían que allí había unos políticos que les ayudarían a resolver su problema, el que fuera. Los problemas, entonces, eran mucho más prosaicos que en la actualidad, en aquellos años no se hablaba de presos políticos ni exilios, tal vez porque estaba cercano el tiempo en que estas cosas existieron de verdad y se temía —con razón— hacer el ridículo calificándose de oprimidos en plena democracia.

Los problemas que venían a resolver a Madrid eran sobre la iluminación de un campo de fútbol, el certificado que un empresario necesitaba con urgencia para vender sus productos en Europa, o el permiso de actividades peligrosas indispensable para que empiece a funcionar la gasolinera que he construido y que la tengo parada, oiga, y los bancos me reclaman los intereses del préstamo.

—Tú vente a Madrid, que ya veremos cómo lo arreglamos —venía a ser la respuesta de los políticos catalanes en el Congreso.

Una vez en Madrid, la minoría catalana, es decir la gestoría catalana, bien conectada al poder, le conseguía al empresario o alcalde una reunión, a poder ser una cena, con el subsecretario, el director general o el secretario de Estado que conviniera, a veces con un simple funcionario de menor categoría, otras con todo un ministro. A los postres el tema estaba ya solucionado, como muy tarde a la hora de la copa y el puro. Con un poco de fortuna, podía

todavía nuestro alcalde o empresario rematar la faena en Madrid con unas copas —más lo que surja— en un local de señoritas, en Cataluña es un riesgo, lo que yo le diga, ministro, que te tropiezas con un conocido cuando menos te lo esperas. Ir a Madrid a tratar de negocios sin acabar de putas fue durante muchos años inimaginable, y aunque el catalán tenga fama de tacaño, no lo es con las cosas de la entrepierna. Además, en la capital todo sabe mejor.

La ley seca del sexo

Al botifler le sorprende en Madrid la propuesta de parte del Gobierno —mal asunto cuando al hablar de un Gobierno se requiere apostillar que se trata solo de parte del mismo— de abolir la prostitución. Ni siquiera de prohibirla, sino de abolirla, que suena más taxativo. No es por presumir, pero en prostitución, soy un experto. No como usuario, válgame Dios, pero conozco puteros, putas, dueños de prostíbulos y un camarero de bar de putas, es lo que tiene frecuentar los ambientes adecuados. Antes de prometer imposibles, haría bien Pedro Sánchez de consultar a un especialista. Servidor de usted, presidente.

Abolir la prostitución tiene el mismo objetivo que la promulgación en su día de la ley seca en Estados Unidos: prohibir su acceso a los pobres, que los demás ya sabrán dónde proveerse. Eso, hasta que bandas organizadas pongan en funcionamiento sus burdeles clandestinos —como hubo destilerías— al alcance de todos los bolsillos. Si de abolir (risas) se trata, propongámoslo también con las drogas, los crímenes, el racismo y el hambre, que el éxito va a ser el mismo. Y la ley de la gravedad, eso es lo primero que debería abolirse, el tiempo que ganaría yo saltando por la ventana cada mañana en lugar de tener que aguardar a que llegue el ascensor, que vivo en un octavo piso y la espera se hace eterna. La cruda verdad es que hasta la simple prohibición de la prostitución se antoja difícil, ya que una profesional siempre puede anunciarse, como cuando la UEFA intentó prohibir la reventa de entradas:

—Vendo boli Bic por trescientos euros. Fornico gratis con el comprador. Francés completo. Visa sí.

Poco después de que alguna ministra de Sánchez anunciara a bombo y platillo su idea de abolir (más risas) la prostitución, le

comenté a una profesional del ramo si no prefiere cobrar 700 euros al mes por trabajar largas jornadas en un supermercado, en lugar de 3.000 por satisfacer a sus clientes cuando le da la gana. Su carcajada resuena todavía, pensó que era un chiste. Cuando añadí que de esta forma sería más pobre pero más honrada, de la risa casi se cae de la silla. Llegué a temer que se rompiera un brazo y me exigiera daños y perjuicios por no poder ejercer.

La administración, que a menudo lanza campañas para que no se pierdan los viejos oficios, debería con más motivo proteger al más antiguo de todos en lugar de querer abolirla (nueva carcajada). La desidia de los gobernantes —más la inexorable llegada de la modernidad— ha hecho que a los cesteros, herreros, tapiceros y otros los veamos solamente en ferias concebidas a propósito. A ver si vamos a acabar teniendo que crear ferias de la prostitución, para que nuestros hijos puedan conocer tan tradicional arte.

Yo, de Pedro Sánchez, andaría con tiento. No vaya a ser que le ocurra como a aquel gobernador del franquismo, que durante la celebración de un congreso eucarístico en Barcelona, prohibió a las prostitutas ejercer su oficio —y eso que, según cuenta Vizcaíno Casas, en aquellos años las había tan piadosas que, como los toreros, se hacían la señal de la cruz antes de meterse en faena—. Ello provocó una manifestación de protesta de las señoras putas, que culminó con el nombramiento del gobernador como hijo predilecto del gremio.

Esperanza Aguirre y Martín Villa

El botifler se codea con la derechona, que diría Umbral. Vayamos por partes. Un productor televisivo al que conozco me comenta que le habían invitado a la conferencia de Rodolfo Martín Villa en el hotel Four Seasons de Madrid, uno de los más lujosos de la capital, o eso me han dicho. Será la primera vez que Martín Villa hable en público desde hace siete años, cuando fue imputado por un juez argentino, o eso me han dicho. A tenor del lugar y de la concurrencia, se espera que haya un buen desayuno, o eso me han dicho. Lo único que recuerdo del exministro es que, cada vez que salía hablando por televisión, se subía las gafas con el índice un par de veces por minuto. En la charla, organizada por el Foro Nueva Economía, Martín Villa tiene previsto hablar de memoria, de la transición y de su propia imputación. El mencionado directivo no podía asistir a la conferencia y me convidó a sustituirle.

—¿Seguro? Yo no estoy invitado.

—Sí, hombre, sí. Tú di que vas en mi lugar, ahora te mando mi invitación. No vas a tener ningún problema. Y si lo tienes, pregunta por fulano, que es amigo mío y es quien organiza el sarao.

El día de autos me levanto a las ocho, que la charla es a las nueve, quiero disponer de tiempo por si me ponen impedimentos. Llego al hotel, pregunto por la conferencia, me indican que suba a la segunda planta. Cuando estoy en el ascensor y la puerta se está cerrando, aparece una mano contundente que vuelve a abrirla. Tras la mano, aparece la dueña de la misma y persona que será mi compañía ascensoril. Ella y yo. Los dos solos hacia arriba. Ella es Esperanza Aguirre.

—Pero, oiga, ¿ya tiene usted invitación para asistir a este

acto? —le pregunto con sorna.

Se ríe como diciendo que ella entraría con invitación o sin, aquí y donde quisiera. Charlamos. Le cuento que soy de Gerona; aprovecha para ejercer de Esperanza Aguirre.

—Ah, Gerona, qué tierra tan bonita. Lástima que haya allí muchos que no quieren ser españoles.

—Hay de todo, hay de todo.

No parezco haberle caído mal, a pesar de mi origen gerundense. Lo cual es un alivio, esa mujer fue capaz de embestir la moto de un agente que la pretendía multar y huir paseo de la Castellana abajo, perseguida por un coche policial. Si sucedió eso con agentes del orden, no quiero imaginar lo que sería capaz de hacer conmigo, encerrados los dos en un ascensor del que no se vislumbra —echo una ojeada al techo, por si hay que salir por patas: vana ilusión— escapatoria. Y el botón de alarma me queda lejos, percibo con creciente terror. Recuerdo que una testigo de aquellos hechos, camarera, no pudo declarar porque había desaparecido sin dejar rastro, glups, me vienen a la mente unas cuantas películas donde suceden cosas parecidas. Cuando todo sucedió, Esperanza Aguirre ya no era presidenta de Madrid, pero igual no se había enterado, de ahí su reacción, usted no sabe con quién está hablando. Si no se entera de que la persigue la policía, bien puede disculparse que olvidara que ya no era presidenta. Son cosas que pasan. En Cataluña tuvimos una giganta presidiendo el Parlamento, fue echada de su cargo por estar investigada por corrupción, y siguió creyéndose presidenta durante meses. Esas cosas en psiquiatría deben de tener un nombre. Finalmente llegamos a nuestra planta sin incidentes. Jamás dos pisos se me habían hecho tan largos. Esta mujer impone.

Recorremos juntos el trayecto hasta la consigna, donde dejamos los abrigos. Vamos también juntos hasta la sala, casi parecemos pareja. Le revelo que estoy allí vicariamente —o como se llame el hecho de sustituir a un invitado—, a ver si, llegado el caso, me ayuda a entrar; no en vano es Esperanza-la-que-todo-lo-puede. No reconoce el nombre del productor que me ha cedido la invitación, ni tan solo hace ningún esfuerzo por recordarlo, sea

quien sea no será tan importante como ella.

Puerta de entrada al salón comedor. Esperanza Aguirre la cruza como Pedro por su casa, aunque con más garbo, ni siquiera se molesta en mostrar invitación alguna, a ver quién es el guapo que le impide el paso. A mí sí, a mí me paran y me miran indisimuladamente el atuendo. No es extraño: observo a mi alrededor y todos los hombres van de traje y corbata. No solo eso: la mayoría coronan el atuendo con pañuelo a juego asomando del bolsillo de la chaqueta, así deben de ser los desayunos en Madrid. Las mujeres, por su parte, parecen todas damas de honor de una boda. Yo voy con jersey, pantalón vaquero que hace cuatro meses que no huele una lavadora y zapatillas deportivas adornadas con los restos de todo lo que he comido en las barras de los bares de Madrid, patatas bravas, boquerones, rabo de toro, huevos rotos y unas gotas del zumo de las aceitunas rellenas. Diríase incluso que huelen a todo ello.

—Errr... verán, yo no estoy invitado, pero vengo de parte de otro señor que no ha podido y...

—Espere un momento, que voy a buscar a un superior. —Mirada de soslayo a mi aspecto, ahora caigo que llevo una semana sin afeitarme.

—Dígame —me interroga el nuevo portero, supongo que de un grado superior, mirándome a su vez de hito en hito.

Se lo explico.

—Pues lo siento, pero no podrá usted entrar.

—¿Cómo que no? Avise al organizador del foro, haga el favor —solicito, usando la bala que guardaba como último recurso.

Llega otro individuo. Nuevo repaso de arriba abajo con la mirada. Sin cambio en la situación: no puedo entrar. Mi aspecto no colabora en que esos probos empleados hagan la vista gorda. A mi lado, todo Madrid va entrando a la sala sin el menor problema, me siento transportado a décadas atrás, cuando me impedían el paso a alguna discoteca mientras se lo permitían al resto de la humanidad. Tras cuatro o cinco nuevos intentos con otros tantos porteros que se van pasando la pelota, más sus consiguientes repasos visuales a mi vestuario, me permiten el acceso. Ignoro el

motivo.

Por fin entro en lo que, más que un comedor, debería ser el jardín del edén, así de difícil me ha sido acceder a él. Mesas y mesas de invitados. Ahí veo a Mayor Oreja, más allá a Esperanza Aguirre —la que me abandonó a mi suerte—, y a Alfonso Alonso, y a Adolfo Suárez Jr. Y, en fin, a toda la derechona. Mira, también Cándido Méndez, a saber si las habrá pasado tan canutas como yo para entrar aquí, no creo, a la hora de las pitanzas los sindicalistas se conocen todos los trucos. Reconozco también a un viejo periodista, fue famoso en su tiempo, tengo el nombre en la punta de la lengua. No hay manera. El hombre está bastante hecho polvo.

—¿Viene usted como invitado o como prensa? —pregunta el camarero que se encarga de acompañarme, después de echar una ojeada, de nuevo, a mi vestuario.

—¡Por favor! ¡Como invitado!

A estas alturas ya me he venido arriba. Le muestro mi invitación, que en realidad no es mía.

—Mesa 17, aquella de allí —responde, sorprendido de tener que sentar a un pordiosero entre señores, jamás hubiera pensado caer tan bajo en su oficio.

Caramba, en primera fila, ni más ni menos. Con suerte podré recogerle las gafas a Martín Villa si por cosas de la edad no acierta a subírselas como antaño. Tomo asiento. Un señor y una señora que ya estaban sentados a la mesa —en Madrid, cuando hay desayuno gratis, rige la norma «tonto el último»— se presentan muy educadamente.

—Buenos días, me llamo Joaquín Galindo. —O algo parecido, uno no es asiduo al Foro y se pierde entre tanto nombre. Lo dice mientras me estrecha la mano con fuerza.

La mujer se presenta asimismo con su nombre y apellido, no retengo ni uno ni otro, no sé si he dicho que no soy asiduo al Foro. Hechas las presentaciones, se olvidan de mí y continúan con su conversación, la cual me sirve para hacerme una idea del tipo de gente que me acompaña en este acto.

—Entonces ¿cómo va el sector eléctrico? —le pregunta el caballero a la dama, siguiendo con la charla interrumpida por mi

llegada. Comoquiera que la dama no tiene aspecto de dependienta de lampistería ni de ganarse la vida arreglando instalaciones eléctricas a domicilio, imagino que es de las que contratan a expresidentes del Gobierno para su consejo ejecutivo. Ambos se olvidan de mí.

Al poco, llega mi vecina de mesa del otro lado, una señora provecta, muy simpática, a quien le cuento que vengo del sector de la prensa y las comunicaciones, lo cual no es del todo falso, aunque estoy lejos de ser un Jaume Roures. Luce una estola de piel que, como el caballero que empiezo a sentirme en esos momentos, le recojo cuando se le cae. Come cruasanes a dos carrillos, querrá aprovechar el tiempo, ha llegado con retraso. Cuando se da la vuelta para escuchar mejor a Martín Villa, observo que la cremallera de su falda ha cedido por la parte posterior a causa de la presión de sus redondeces, mostrándome una espléndida, aunque poco sexi, faja de color carne. No me atrevo a advertírselo, hasta aquí no llega mi caballerosidad. Prefiero soportar la visión durante toda la conferencia, aun a riesgo de relacionar por siempre más al exministro con las fajas. No sería nada nuevo, durante la transición hubo una exitosa canción del terceto catalán La Trinca cuya letra jugaba con la similitud de las palabras catalanas *faixista* (fabricante de fajas) i *feixista* (fascista), que se pronuncian exactamente igual. La letra aseguraba que, muerto Franco, el negocio iba a menos. Que cada cual entendiera, según su particular criterio, si se refería a los *faixistes* o a los *feixistes*.

Atención, habla Martín Villa. Lo único que retengo de toda su exposición es que consigue no subirse las gafas ni una sola vez, sin duda las gafas modernas llevan mejores sujeciones que las de la transición.

—Hay que ver lo lúcido y bien que se conserva Rodolfo, a su edad —me comenta, a falta de la muchacha de bragas de oro, la señora de las bragas beis. En Madrid, observo, se lleva el llamar a los famosos por el nombre de pila, como dando a entender que uno desayuna con ellos un par de veces por semana.

—Y usted que lo diga. Todavía recuerdo verle en la tele en blanco y negro —le respondo, reforzando de esta forma la idea de

que sí, que provengo del mundo audiovisual.

Termina el acto. Todo el mundo se levanta, se saludan unos a otros con abrazos y palmadas a la espalda, como es típico aquí. Voy a recoger mi cazadora a la consigna y allí coincido de nuevo con Esperanza Aguirre, la saludo como los viejos amigos que somos. Descendemos juntos otra vez, en esta ocasión por las escaleras.

—Ya lo ve, al final he podido escuchar a Martín Villa.

—Ya veo, sí. No sé si yo te hubiera dejado entrar, tal como vas vestido —responde, dedicándome una mirada de soslayo y apretando el paso hasta la puerta del hotel, donde ya la aguarda un coche. Ni siquiera se ofrece a llevarme a mi hotel, tal vez piensa que me alojo bajo un banco del Retiro.

Cuando más tarde le cuento mi encuentro a una veterana periodista madrileña, no puede evitar la carcajada.

—¿De verdad te ha dicho esto? Bueno, Esperanza es así. Cuando ha de parecer campechana, se viste de chulapona y se mezcla con el pueblo, pero no es más que postureo, en Madrid todos sabemos que es una clasista y que mira a todo el mundo por encima del hombro.

Villarejo en Madrid

Ya que está en Madrid, el botifler aprovecha para buscar a Villarejo, uno de los hombres de moda en España, un país que desde Roldán y Paesa muestra querencia por los tipos oscuros que no se sabe bien si están del bando de la ley o del hampa. En Cataluña, en cambio, la mayoría de los que conozco están claramente del lado del hampa, ni siquiera les hace falta disimular, nadie se lo va a echar en cara. Poco antes de venir a Madrid, el gran escándalo en Cataluña fue descubrir que los espías espían, a nadie se le había ocurrido jamás tal posibilidad, y el hecho de que los servicios de inteligencia españoles espiaran a quienes pretendían atentar contra el Estado español supuso una auténtica revelación. Unos años antes habían descubierto que las porras que llevan los policías no sirven de adorno, sino para usarlas contra quienes se resisten a cumplir la ley, lo cual fue asimismo una sorpresa mayúscula. Los catalanes, como se ve, no ganamos para sorpresas.

—¿Cómo es posible que, después de que anunciáramos que íbamos a proclamar una republiqueta independiente, el CNI nos espiara? —se lamentaban los líderes catalanes, incrédulos. Hasta entonces, debían de confiar en la ayuda de este cuerpo para conseguir sus objetivos, pensando que sus siglas significan Con Nosotros, Independientes.

Por tanto, habrá que aprovechar el viaje a Madrid para hablar con el espía entre todos los espías. Al poco de buscarlo, me doy cuenta de que no va a ser fácil dar con Villarejo, es un tipo que a veces lleva un parche en el ojo derecho, a veces en el izquierdo —no me hagan caso, quizás no me fijo bien—, y a veces aparece sin parche, como si fuera un pirata que no acaba de encontrarse a sí mismo, un poco existencialista.

A Villarejo los lacistas van a terminar otorgándole la Creu de Sant Jordi, porque no tenían donde caerse muertos y gracias a las supuestas revelaciones del excomisario sobre espionaje y tramas ocultas, pudieron dar de nuevo al Estado la culpa de algo, de lo que sea, que es la única salida que les queda, no para conseguir nada, pero sí por lo menos para continuar cobrando, que de eso y no de otra cosa iba el *procés*. Para el lacismo, España es siempre culpable, como lo era Rusia para el falangismo, hasta en eso se parecen.

Villarejo asegura que guarda informes de todo tipo. Un espía no es alguien que guarda informes, sino alguien que dice que los guarda, y hay que reconocer que en eso Villarejo es el mejor. Es como el viejo chiste de Eugenio, el del hombre de noventa años que le pide al doctor una fórmula para hacer el amor diariamente, y cuando este le responde que a sus años eso es imposible, el anciano le asegura que un amigo suyo, de su misma edad, dice que lo hace cada día. «Ah, pues dígalo usted, también», le aconseja el buen doctor. Así actúa Villarejo con los lacistas, venga a decir que tiene informes y así los tiene contentos.

—Verá, a nosotros nos interesaría tener nuestra propia teoría de la conspiración, para echarle las culpas al Estado español de algún que otro muerto, ya que no conseguimos ni siquiera uno durante el referéndum, con lo que nos habría convenido.

—Ah, pues digan ustedes que el CNI estuvo detrás de los atentados islamistas —les receta el doctor Villarejo, sin levantar apenas la vista del cocido que se está tragando. Aunque sea con un solo ojo, tiene el excomisario pinta de saber dónde mete la cuchara, eso hay que reconocérselo.

Con eso los lacistas tienen suficiente, no necesitan más para asegurar que el atentado del 17 de agosto de 2017 en Barcelona fue un montaje del Estado español; ahora se parecen a Aznar con los atentados de Atocha, cuando los atribuía a ETA porque sí, sin siquiera mover el labio, de hecho jamás movía el labio superior al hablar, lo que unido a su tamaño le confería un aspecto de muñeco de ventrílocuo.

Villarejo igual dice que tiene informes contra la monarquía

que a favor, lo mismo asegura tenerlos confirmando la guerra sucia que negándola, lo cual corrobora su alta categoría como espía. Se conoce cuando un espía es bueno porque no sabemos nunca a qué carta está jugando, y se conoce que es excelente cuando ni siquiera lo sabe él. Para los lacistas, Villarejo es un gran activo, ya que les permite fiarse de él cuando así les conviene, y tratarlo de mentiroso cuando no interesa lo que revela. Es lo que se llama tener un espía a la carta. A los lacistas, que por algo el lacismo es cuestión de fe, les da igual la verdad o la mentira, siempre y cuando sirva a sus intereses, de ahí que con Villarejo hayan encontrado una mina, son tales para cual.

Al final, no doy con él, y no porque sea difícil dar en Madrid con un espía con un parche en el ojo, lo difícil en Madrid es encontrarte con tu ex, según promete Díaz Ayuso, y no es mi caso con el excomisario. Sucede que mientras el botifler está en Madrid, Villarejo está en Cataluña, tanta es la necesidad que tenemos los catalanes de alguien que nos repita que España es mala y Cataluña buena que ha sido invitado al programa estrella del lacismo en TV3; *FAQS* se llama el engendro, donde se le dedica un monográfico de más de tres horas para que hable de todo lo que le apetezca, da igual si lo que cuenta es cierto o falso, pero que hable. Un excomisario reconociendo espionaje y guerra sucia es un filón que hay que explotar, porque ratifica la principal tesis del lacismo: los catalanes somos víctimas. Además, los políticos catalanes, unos aficionados, podrán aprovechar para tomar notas, que desde que el *procés* se fue al garete hay cada vez más voces entre sus mismas filas acusándoles de farsantes. Lo son, claro que lo son, aunque otra cosa es que deban aguantar que se les acuse de serlo. Seguro que Villarejo dispone de alguna solución para aplicar a los indeseables que pretenden sacar a relucir la verdad.

Del «hay que investigar lo que dice Villarejo» al «no hay que hacer caso a Villarejo, que miente más que habla» hay apenas un paso, darlo depende solamente de si lo que ha dicho hoy nos beneficia o nos perjudica. Mañana, Dios dirá. Eso, que en España vale para todo el mundo, cobra especial significado en Cataluña, donde el lacismo hace años que espera un muerto que achacar al

pérfido Estado español, aunque sea por lo menos un lisiado, pero un lisiado con más credibilidad que aquella señora que aseguraba que la policía le había roto todos los dedos de las manos y le había tocado un pecho, o al revés, qué sé yo.

Hay que agarrarse a lo que sea, tanto da si es con un popurrí de CNI con islamistas-butaneros. Lo que sea, antes que reconocer la cruel realidad: que para darle un pequeño susto a Cataluña y amputar de raíz los propósitos lacistas, no fueron necesarios maquiavélicos planes de Estado ni complicadas operaciones de espionaje —de las que, francamente, uno duda de que personajes como Villarejo estén capacitados para llevar a cabo—, bastó con mandar a un par de funcionarios para que aplicaran el artículo 155 de la Constitución. Solo con eso, se frenó todo en seco. Los hay que huyeron al extranjero y aún siguen corriendo.

Lia Thomas o la dejas

El botifler asiste de cerca a la aprobación de la polémica ley trans, que ha dividido al propio Gobierno y ha conseguido el rechazo de la mayoría de los colectivos feministas, no es poco éxito para una sola ley. Me acerco a celebrarlo al Congreso, una ley trans me pone especialmente contento, puesto que provengo de familia de camioneros —padre, tíos y abuelo, incluso este fundó Transportes Bufí—, pero cuando hace ya un rato que estoy en los bares de la zona celebrando e invitando alegremente, me advierten de mi error: resulta que la ley trans no es una ley para transportistas. Ni siquiera para transatlánticos, que mira, ir de crucero también me gusta. Al parecer trans significa transexual, o transgénero, yo qué sé, ya me pierdo. Con lo fácil que es llamar a las cosas por su nombre, sin abreviaturas, y así se evitan confusiones.

Confusiones peligrosas, como compruebo días más tarde entrevistando a un transexual. O un transgénero. O a una transexual. O a una transgénero, yo qué sé, un hombre que ahora es mujer y ha escrito un libro. A pesar de que le advertí, o la advertí, yo qué sé, de que iba a ser una entrevista informal y desenfadada y se mostró dispuesta, o dispuesto, yo qué sé, la cosa empezó mal.

—¿Te tengo que tratar de hombre o de mujer? —le suelto de entrada, para darle pie a explicar su caso particular, la problemática del colectivo, etc. Jamás lo hubiera hecho.

—Eres un maleducado, ya no quiero hacer la entrevista, qué te has creído y blablablá.

A partir de ahí, y a pesar de mis esfuerzos para calmarla, o calmarlo, yo qué sé, se pasa la entrevista despotricando, muy ofendido. U ofendida, yo qué sé. Más bien histérico, o histérica quizás.

Uno ya empieza a hartarse de tal mamarracho, o mamarracha, pero aguanta estoicamente, como un profesional. Hasta que intento preguntar:

—¿Y tú, como persona transexual...?

—¿Transexual? ¿Me has llamado transexual? Eres un impertinente y un maleducado, yo no soy transexual. Infórmate un poco. ¡Soy trans!

La paciencia del periodista tiene un límite.

—Es que si te llamo trans, los lectores podrían pensar que eres transportista.

—¡¡Aquí se termina la entrevista!! —gritando, y enojado, o enojada, yo qué sé.

Y se va, dejándome con la palabra en la boca. De lo cual deduzco dos verdades impepinables: que los trans no son transexuales, quizás son transistores, y que de todos los trans del mundo me fue a tocar el más capullo. O capulla, yo qué sé.

La ministra Montero es la madre de la criatura ley trans, o el padre, ella sabrá, o a veces la madre y a veces el padre, depende de con qué género se levante entre las piernas. O en la cabeza, uno ya no sabe. La nueva ley «les reconoce el derecho de ser quien son sin que medien testigos», ha dicho la Montero, que si no solicita feminizar su apellido es solo porque Montera es lo que usan los toreros, y eso sí que no, ahí la ministra ha debido de debatirse entre su feminismo y su animalismo, no es fácil ser así de progresista. A las feministas no les gusta demasiado que tras décadas luchando por sus derechos, pueda venir un hombre de pelo en pecho a aprovecharse de ellos «sin que medien testigos», o sea, sin que nadie le eche un vistazo a la entrepierna, vistazo que por otra parte de bien poco serviría, ya que nada obsta para que el dueño de un buen paquete sea en realidad su dueña si así se considera. En España esas cosas estaban normalizadas desde hace tiempo, quienes tenemos una edad recordamos cuando Bibi Andersen se llamaba Manolo, y bien que agradecimos su cambio de sexo. El problema surge si en lugar de dedicarse al artisteo, el hombre transformado en mujer se dedica a actividades en las que el físico es determinante y cobra ventaja sobre las que siempre han

sido mujeres. El deporte, sin ir más lejos. El caso de Lia Thomas va a darse dentro de poco en España, no lo duden.

Lia Thomas es una gran nadadora, grande en todos los sentidos, porque además de batir récords, tiene corpulencia de leñador. Ni siquiera de leñadora, sino de leñador. No por casualidad, antes Lia se llamaba Will y era un nadador al que, pese a desenvolverse bastante bien en el agua, podríamos calificar del montón. Hasta que en 2019 Will inició una terapia hormonal para convertirse en Lia y ahí está, ganando la prueba de las 500 yardas en los campeonatos de Estados Unidos y dejando a dos segundos de distancia a su inmediata perseguidora, ni más ni menos que una medallista en Tokio. Todo un lío, el de Lia.

No es que Lia tenga la apariencia de una grácil sirena, nada que ver con la Esther Williams primero olímpica y después hollywoodiense. Más bien tiene hechuras de lancha fueraborda, que es el aspecto que, por comparación, tiene cualquier mozo que se tira a la alberca con las mozas. Lia, cuando era Will, ya debía de ser todo un hombretón, y en eso sigue.

Ha de ser difícil para Lia hacer declaraciones después de un triunfo. Habiendo sido un hombre hasta hace poco, corre el peligro de que se le escape una frase como la del español Mariano García, cuando se proclamó en 2022 campeón del mundo de 800 metros lisos: «Al final mis rivales apretaban mucho, pero me he dicho: por mis cojones que aguanto».

Declaración semejante terminaría de poner bajo sospecha los triunfos de Lia Thomas y acabarían repudiándola incluso las compañeras que todavía no lo han hecho, bien pocas por cierto.

Por lo menos Will tuvo el buen criterio de operarse y someterse a un tratamiento hormonal antes de tirarse a la piscina —en todos los sentidos—. En unos tiempos en los que, ahora ya por ley, cualquiera puede sentirse hombre o mujer según le plazca, independientemente de los genitales que la naturaleza le haya concedido, no hemos de tardar en ver hombres de pelo en pecho y generoso paquete competir contra féminas, incluso zurrarlas en boxeo o en artes marciales, gracias a la lógica explicación de que hoy se han levantado mujer. La libertad y la igualdad eran eso.

No seré yo quien niegue que cualquiera puede cambiarse de sexo, y no una vez en la vida, sino una vez a la semana si gusta, que a liberal no hay quien me gane. Yo mismo he usado tal argumento cuando, urgido por la necesidad, he entrado en el baño de señoras y al salir he sido increpado por un par de ellas que estaban haciendo cola: «Señoras, ¿qué le voy a hacer, si hoy me siento mujer?», les respondí. Menudo soy yo con mis derechos. Aunque una cosa es colarse en el baño de mujeres cuando el de hombres está ocupado, y otra competir contra ellas. Si en algo están de acuerdo los científicos es que, por más tratamientos hormonales y operaciones a los que se someta un hombre, seguirá teniendo mayor masa muscular y densidad ósea que las mujeres, por no mencionar la huella de la testosterona en el cerebro, que le hace más agresivo. Dicho de otra forma: a Lia le queda algo de Will en el cuerpo, lo suficiente para dotarlo de ventaja. O dotarla, yo ya no sé. Muchas de sus rivales piensan que lo poco que a Lia le queda de Will es mucho, incluso demasiado.

O la tomas o la dejas. Los tiempos han cambiado y de nada sirve oponernos a ellos. Antes los nadadores llevaban bigote, y eso habría impedido al bueno de Mark Spitz sumar unas cuantas medallas de oro más en categoría femenina a las siete que ganó en la masculina, en los Juegos Olímpicos de Múnich. ¿Por qué no iba a poder Mark sentirse todo un muchachote por la mañana y una dulce sirena por las tardes? Solo el bigote lo impidió.

No es el de Lia el único caso polémico de deportista trans. En artes marciales mixtas compite Fallon Fox, que nació hombre, fue marine, tuvo un hijo y después, en 2013, se declaró trans y empezó a competir como mujer. Por más mujer que se sienta actualmente, y no vamos a poner sus sentimientos en duda, nuestra Fallon era no hace mucho un militar nacido para matar, quizás con la foto de una conejita de *Playboy* en su taquilla. El resultado de su cambio es el esperado: les pega unos guantazos de órdago a las desgraciadas contrincantes que tienen el infortunio de enfrentarse a ella, hasta hace poco él. Al comentarista deportivo de su país, Joe Rogan, se le ocurrió manifestar «no creo que a un hombre que se ha quitado el pene deba permitírsele pegarle una paliza a una mujer» y le fue

de un pelo que no se lo quitan también a él por tránsfobo, en su caso sin anestesia.

Las jugadoras inglesas de rugby reclamaron que no se permita competir en su misma categoría a un mastodonte convertido en mastodonta, a la cual no hay forma humana de placar, ni colgándosele de la espalda el resto de las jugadoras, incluidas las de su equipo. La igualdad también debía de ser eso. Y fuera del deporte, en Nueva Jersey (Estados Unidos), una presa transgénero fue trasladada a una cárcel masculina después de que dejara embarazadas a dos reclusas en la femenina, donde la internaron en principio. Se conoce que Demi Minor, que ese es su nombre, se sentía mujer casi siempre, pero durante los escasos ratos en los que aún se sentía hombre, aprovechaba para actuar como un semental, y encima era el único de toda la galería. Eso también es la libertad, también.

Será el signo de los tiempos, pero debemos andar con cuidado, eso lo han captado las feministas antes que nadie, a la fuerza ahorcan. No es probable que la ministra Montero haya leído a Douglas Murray, de hecho no es probable que haya leído nada, pero debería hacerlo. Murray reflexiona en *La masa enfurecida*, a propósito del fenómeno transgénero, que todas las épocas anteriores a la nuestra han hecho o permitido cosas que a nosotros nos resultan desconcertantes desde el punto de vista ético. Así que parece razonable suponer que cuando nuestros descendientes reparen en algunas cosas que hacemos hoy en día, silbarán entre dientes y dirán: «Pero ¿dónde demonios tenían la cabeza?».

De estos polvos vendrán lodos

Al poco de pisar Madrid, el botifler nota, no sin sorpresa, la gran diferencia anímica entre madrileños y catalanes. Los madrileños rezuman ganas de vivir y felicidad, cosa que contrasta con el aspecto permanentemente amargado de la mayoría de los catalanes. Es normal, se dice uno, muchos catalanes viven amargados al haber visto que fueron engañados con el sueño de la republiqueta, y el resto vive amargado por tener que aguantar los lamentos de los anteriores, no en vano disponen de los mejores altavoces en radio y televisión para hacernos partícipes a todos de su desgracia. Esa podría ser una razón del contraste entre catalanes y madrileños, pero después de tener conocimiento del contrato matrimonial entre Ben Affleck y Jennifer Lopez, uno piensa que quizás los motivos sean más prosaicos. Más carnales, incluso.

Siglos de filosofía intentando descubrir en qué se basa la felicidad, discusiones sin fin sobre si la proporciona el dinero o si el hombre feliz no llevaba camisa, y ha tenido que ser una pareja de *celebrities* quienes den con la solución: la felicidad son cuatro coitos a la semana. Cuatro coitos con la legítima, se entiende, puesto que los gozados fuera del matrimonio no contabilizan al respecto, probablemente incluso penalizan, aunque en este punto hay discrepancias. Al final, el hombre feliz no lleva ni camisa ni pantalones ni calzoncillos, porque está cumpliendo con el débito conyugal.

El bueno de Ben Affleck se casó, y más que un contrato matrimonial pareció firmar un contrato de semental, con perdón. Dicho contrato estipula que deberá cumplir un mínimo de cuatro veces a la semana con la parienta, la cual cuantifica en esa cifra la felicidad conyugal. Contando con que Jennifer ya supera el medio siglo de vida y Ben está a punto de cumplirlo, no se le auguran al

matrimonio muchos años de estabilidad, ya no está el cuerpo para muchos trotes. A menos que el contrato esté sujeto a revisiones periódicas según la edad de los cónyuges, en especial la del marido, a quien uno no imagina a los setenta años retozando en la cama, día sí, día no, por más contrato que le obligue y por más Jennifer que le solicite.

Es normal que con los ardores del noviazgo se prometan uno y otro cónyuge noches sin fin de pasión, orgasmos a tutiplén, vecinos que no podrán conciliar el sueño a causa de nuestros ardores e incluso la ausencia de televisión en casa, ¿para qué la queremos, si con nuestros cuerpos nos basta? Así iban siempre las cosas, y todo el mundo tenía asumido que novios y políticos mienten porque así está admitido, nadie se rasga las vestiduras si el matrimonio de los unos acaba en camas separadas y el patrimonio de los otros crece sospechosamente. Ben Affleck, en cambio, está atado por contrato. Atado a una cama en la que yace Jennifer Lopez, bien es cierto, lo cual no parece mal convenio, ni siquiera mala condena, pero antes de firmar, mejor hubiera hecho de consultar con algún marido veterano. Este le habría explicado que cuatro veces semanales retozando con Jennifer Lopez puede parecer un regalo caído del cielo, pero con el paso de los años, no hace falta que sean muchos, puede convertirse en una penitencia. Imagino a Affleck aduciendo jaqueca para que le sea perdonado por lo menos uno de los coitos contratados, mientras su señora no atiende a razones —las latinas son muy suyas para esas cosas— y esgrime el documento ante sus narices.

—¡A cumplir, Ben! Que ya estamos a sábado y esta semana te faltan todavía dos.

De estos polvos, vendrán aquellos lodos. Mal podrá interpretar Ben Affleck a Batman o a cualquier otro héroe de aquí en adelante, con el aspecto demacrado que va a presentar, con bastantes kilos de menos, sin fuerzas ni para incorporarse de la silla, quedándose dormido a mitad de cualquier toma y con escozores frecuentes en la entrepierna. Por no hablar del pánico escénico que le va a sobrevenir si —Dios no lo quiera— debe rodar alguna escena de cama. No va a salir huyendo porque le van a

faltar fuerzas para ello, pero se le va a ver llorar y suplicar que esas escenas de peligro las ruede un doble, yo ya no estoy para esos trotes. Con el aspecto que pronto va a tener, Ben Affleck solo podrá interpretar papeles de yonqui, de tuberculoso o de víctima del Holocausto, lo cual, bien mirado, suma puntos para ganar el Óscar.

Aparte de las dificultades físicas del marido, que irán a más con el paso del tiempo, existen otras de carácter administrativo. La carga de la prueba, por ejemplo. Lo suyo sería contratar a un notario para que levantase acta de cada coito. Con un escritorio situado junto al tálamo conyugal, el probo funcionario detallará los pormenores de la coyunda: «En la ciudad de Los Ángeles, a 15 de junio de 2022, siendo las 21 horas, yo, René Soler, Notario, doy fe de que don Ben Affleck, mayor de edad, ha penetrado con éxito y en la postura del misionero a Jennifer Lopez, mayor de edad, después de que esta le haya requerido a tal efecto e incluso le haya ayudado en sus inicios dubitativos mediante eficiente felación. Habiendo llegado doña Jennifer Lopez a dos orgasmos y no habiendo más que hacer constar, se finaliza la presente acta cuarenta y siete minutos después de su inicio. Doy fe». Otra opción —menos onerosa, que ya se sabe que los notarios no son precisamente baratos— sería la de requerir en cada ocasión a tres testigos para que confirmen el cumplimiento del contrato, voluntarios no han de faltar, pero no vamos a escatimar unos dólares, que esto es Hollywood. Además, donde se ponga un profesional de las notarías, que se quiten unos mirones aficionados, por más ganas que le pongan.

Affleck debería haber leído a Groucho Marx, que de Hollywood y de matrimonios sabía un rato: «El matrimonio es una gran institución, pero: ¿quién quiere estar encerrado en una institución?».

Yo no sé si los madrileños son más felices porque gozan cuatro veces semanales como Lopez y Affleck, o porque los catalanes, con el *procés*, hemos olvidado hacerlo ni siquiera una vez al mes. No me sorprendería que, igual que hay hinchas del Barça que después de una derrota se van a la cama sin cenar, los lacistas se hayan propuesto irse a la cama en soledad hasta que sea

un hecho la republiqueta. De ahí tanto mal humor por las calles catalanas, contrastando con las de Madrid.

Madrid, Madrid me desespera

Tiempo después, el botifler se lo repiensa. El contraste entre Madrid y Cataluña me continúa pareciendo brutal, pero tras unos días aquí, no puedo sino sentir cierta piedad hacia la capital de España. Para que su existencia tuviera razón de ser, a los madrileños les convendría una opresión como la nuestra, con lo bien que vivimos los catalanes estando oprimidos es inaudito que otras regiones españolas no se apunten al carro. En Madrid, venga a disfrutar de la vida, pobre gente. Lo que les falta a los madrileños es una televisión como TV3, que les informe a todas horas de lo oprimidos que están, que a la que se despista, uno olvida que vive sojuzgado. De no ser por TV3, los catalanes no tendríamos constancia de estar salvajemente oprimidos y nos dedicaríamos a vivir la vida, como un madrileño cualquiera. Eso nunca, lo nuestro es ser víctimas.

Por no tener, no tienen en Madrid ni siquiera una ANC que les indique lo que tienen que gritar y cómo tienen que vestir en las manifestaciones, cosa que a nosotros, los catalanes, nos evita pensar demasiado. Hoy mismo me he visto envuelto en una manifestación a las puertas del Congreso, así que le he preguntado a un policía nacional de qué iba la protesta.

—Pues la verdad, no tengo ni idea, como casi cada día tenemos alguna... —se ha disculpado el agente, que observaba a los manifestantes con la tranquilidad con que una vaca miraría pasar el tren.

Alguna foto de Pedro Sánchez vuelta del revés he visto, o sea que o bien sería una movilización contra el Gobierno, o bien quien portaba esos carteles no se fijó mucho al enarbolarlos. Ver a unos manifestantes que no visten todos idéntica camiseta —vendidas exprofeso por la ANC para engordar sus arcas— y que incluso se

permiten idear y fabricar sus propias pancartas, además de gritar las consignas que se les pasan por la cabeza en lugar de las sugeridas por la organización, supone para un catalán un sobresalto enorme, equivale casi a adentrarse en la anarquía, dónde vamos a ir a parar.

En Cataluña estamos acostumbrados a las manifestaciones a la carta, organizadas por el Governet, debe ser el único lugar del mundo donde sucede tal cosa, pero es que los catalanes somos sumisos por naturaleza, y si el que manda nos dice «a protestar», vamos a protestar sin preguntar contra qué. Ya, de paso, el que manda nos dice también dónde colocarnos en la mani, cómo vestir y qué y cuándo gritar. Más cómodo imposible. Manifestarse en Madrid es mucho más complicado, además de obligarte a pensar, se echa en falta una *performance* bonita, como las del 11-S, y una coreografía perfectamente ensayada, moveros hacia allí, ahora los de la derecha que levanten la mano, ahora los de las primeras filas que salten —todo es como en los programas infantiles de Torrebruno—, para que la retransmita en directo TV3 desde un helicóptero. En la de Madrid —miro al cielo— no se ve helicóptero alguno, cómo va a haber un helicóptero televisivo, si se manifiestan sin que lo ordene el Gobierno. En Madrid tienen mucho que aprender. Deberían imitar las manifestaciones lacistas, con los fieles avanzando como en procesión, con un aspecto ultrajosamente pagano y ortodoxamente fúnebre.

Pasar una temporada en la capital sirve, sobre todo, para lamentarse por los pobres madrileños, sin opresión que llevarse a la boca. Uno sale de Cataluña, llega en tres horas a Madrid, y en cuanto baja del tren en Atocha, se da cuenta de la enorme desgracia que sufren en la capital, con la gente riendo, saliendo a pasear, tomando cañas, disfrutando de su ciudad, en fin, que no tienen la suerte de los catalanes, que estamos siempre pensando en algún nuevo agravio, real o inventado, eso da igual, al que nos somete el Estado. Los catalanes suelen recogerse temprano en casa para que TV3 les informe de cómo viven de tiranizados, vale la pena gastarse millones en una televisión autonómica solo para que recuerde a los ciudadanos cuán miserables son, que, si no, alguno

habría capaz de ser feliz, aunque solo fuera un rato. Me refiero a los catalanes auténticos, por supuesto, que es sabido que no faltan en esa tierra botiflers y renegados que prefieren salir a tomarse unas cañas a quedarse en casa suspirando por la suerte de sus líderes, de su región o de algún huido de la justicia. Qué vida más perra la de los madrileños, sin políticos encarcelados por quienes llorar y sin colonos a quienes insultar, han de ocupar sus horas en disfrutar de la familia, los amigos, los amantes o simplemente de la vida, sin más. Los vi, así los vi nada más poner el pie en la capital, y a punto estuve de preguntarles si no sienten envidia de los reprimidos lacistas, y no porque estos suelan poseer segunda residencia y carecer de problema económico alguno —eso son temas materiales que no importan—, sino por el placer casi místico de revolcarse en la propia desgracia, aunque sea imaginaria.

Estoy seguro de que la mayoría de los madrileños cambiarían sin dudarlo la existencia que llevan actualmente por poder salir una vez al año a berrear lo que les dicen que tienen que berrear, y a vestir la camiseta que les manden vestir. Los independentistas catalanes tienen la inmensa suerte de no tener que preocuparse de nada, y de lo que menos, de pensar, que para eso están sus dirigentes.

Bien pensado, quizás la diferente actitud vital de catalanes y madrileños es porque imitan a sus respectivos líderes sociales y políticos. Así, mientras los catalanes miran al pasado, los madrileños lo hacen al futuro, y así no hay manera de sentirse oprimido. Qué pena me dan, pobres madrileños.

A las puertas del Supremo

El botifler visita el Tribunal Supremo, que al parecer antes era un convento, así que estaba cantado que los acusados del *procés*, juzgados ahí, acabarían en una celda. El antiguo origen del Tribunal también debió de influir en que los reos lacistas, en lugar de aprovechar su turno de palabra para defenderse —eso he visto yo en el cine, y suele funcionar—, soltaran sermones. Así les fue. El imponente edificio acogía en tiempos a la congregación de las Salesas, y de hecho, los Junqueras, Romeva, Cuixart, Bassa y resto de la tropa —incluidos los denominados siameses Tururull, por ser indistinguible Rull de Turull— parecían tan sorprendidos a cada nuevo descubrimiento judicial como una novicia a la que se le apareciera Dios. Tras la sorpresa que les supuso enterarse de que existe algo llamado prisión provisional, que está ahí desde que el mundo es mundo, a los líderes lacistas les tocó sorprenderse de la existencia de las detenciones sin mandato judicial, que también están ahí desde que el mundo es mundo. Iban de sorpresa en sorpresa, como las novicias cuyos fantasmas rondan todavía por aquellas salas. Al final, la cosa del *procés* sirvió para que los líderes lacistas se interesasen por la Ley de Enjuiciamiento Criminal, o por lo menos para que supieran que se les puede aplicar a ellos igual que al resto de los ciudadanos. Ahí la sorpresa ya fue mayúscula, por sus caras más parecían santa Teresa en plena transverberación, que los simples aprendices de quinqui que eran en verdad. Cosas del antiguo convento, seguro.

Por lo menos ellos llegaban cada día al Supremo con escolta policial y se ahorraban el atasco que he pillado yo, hay que ver cómo está el tráfico en Madrid. Encima se quejaban. Quien, por cierto, vino aquí también sin escolta policial, en viaje turístico para asistir al juicio, fueron tres *consellers* del Governet catalán. Que

conste que a mí me parece de perlas que se gastaran unos 6.000 euros en viajar un par de días a Madrid para ver a sus amiguetes en el banquillo, de estas cosas siempre se aprende.

—Cuidado, no crucemos esta línea, recuerda la cara que ponía Jordi Sànchez sentado en el banquillo —se dicen a menudo desde entonces, y así evitan toda tentación, como las evitaban las novicias del antiguo convento.

La visita fue allá por el año 2019, pero cuando uno ha conocido Madrid, entiende que quisieran viajar hasta aquí, aunque el motivo fuera un juicio a sus colegas, no hay mal que por bien no venga, como dijo Franco a la muerte de Carrero. Ojalá juzguen a unos cuantos más para venir más veces, debieron pensar. Por supuesto, serían 6.000 euros del erario público, pero eso no debería de molestarnos, a la inversa, nos tendría que llenar de orgullo ver que nuestros representantes ni comen bocadillos de calamares ni se alojan en pensiones de la calle Carretas, sino que viajan como príncipes. Que, además, estos dineros no salieran de su bolsillo, sino de los presupuestos catalanes, es doble motivo de orgullo, ya que confirma que tenemos unos representantes legítimos que, otra cosa no sabrán hacer, pero ahorrar para tener el riñón cubierto el día de mañana, aunque sea a costa de los demás, eso lo tienen muy aprendido.

A Ester Capella, Laura Borràs y Damià Calvet, que esos fueron los agraciados con el viaje, ni se les pasó por la cabeza la posibilidad de pagarse el viaje de su bolsillo. Uno no cobra 110.000 machacantes anuales para malgastarlos en hacerse una foto a la entrada del Tribunal Supremo, que eso y no otra cosa es lo que hicieron en Madrid. Esos estipendios se pagan aparte. Ya que el viaje a la capital tenía como único objetivo que al menos una parte de los catalanes creyera que realmente hay un gobierno al frente de la comunidad autónoma, dejarse ver a las puertas del Supremo tenía que ser considerado trabajo remunerado. Dietas aparte, por supuesto, así que, tras sufragar el viaje y la estancia en Madrid a cargo de todos los catalanes, pasarían a Tesorería el tique de las comidas, que no serían precisamente de raciones de boquerones en la tasca Los Chanquetes, excelentes por otra parte.

Cargar a la cuenta de todos los catalanes una comida en Lhardy —si es que existe todavía— o una cena en el Asador Donostiarra es como si todos los catalanes hubiéramos comido allí un poquito, por delegación. Los trabajadores de a pie nunca podremos acceder a estos lugares —yo llevo semanas en Madrid y nadie ha sabido darme razón de ellos, empiezo a dudar de su existencia, quizás sean un mito como la Arcadia o El Dorado—, pero puesto que para ninguna otra cosa sirven los *consellers* catalanes, que por lo menos podamos decir que gracias a su hambre, a su *joie de vivre* y a su cara dura, sobre todo a su cara dura, todos nosotros hemos catado los mejores restaurantes, hemos dormido en las mejores camas, hemos degustado los mejores *gin-tonics*, hemos follado con las mejores putas y hemos viajado en primera. ¿O acaso no son nuestros representantes?

Días después de los mencionados, viajaron también a Madrid, y por el mismo peregrino motivo de hacerse una foto ante el Supremo, Presidentorra y otros *consellers*, imagino que los que hicieron de avanzadilla les contaron lo bien que se lo pasaron en Madrid a cuenta de los catalanes, y quisieron sumarse a la fiesta. Por un incomprensible sentido del pudor, los miembros de esta segunda expedición a la capital opresora no dieron a conocer sus gastos, pero estoy seguro de que no nos sentiríamos decepcionados con ellos, que habrán cumplido también, y con creces, con el mandato popular que tanto predican, que no es otro que hacernos sentir a todos tan adinerados como ellos.

Ya que pretendieron hacernos creer que nos juzgaban a todos —*si en jutgen a un, ens jutgen a tots*, les gustaba declamar épicamente— cuando juzgaban solamente a unos pocos, bien pueden hacernos creer que todos comemos en el DiverXO el menú de 365 euros, cuando son ellos quienes se atiborran allí pagando los demás. Por más que lo repitan, esto no va de democracia, esto va de primos.

Comer en Madrid

El botifler no frecuenta restaurantes caros. Para quien se lo paga de su propio bolsillo, Madrid ofrece muchas alternativas. Mi preferida es tomar media docena de cañas en tascas al azar, y comer la tapa que va con cada una de ellas. Ello da como resultado una dieta a base de boquerones, torreznos, callos, patatas bravas y gambas al ajillo, que bien podría pasar por mediterránea: todo ello se cultiva a orillas de tan bello mar, e incluso algunos de los bichos mencionados, en sus propias aguas. La gastronomía es un curioso arte, de ella salen escritores de la talla de Camba, Pla o Luján, y también mentecatos absolutos, como Jaume Fàbrega, gerundense, para mayor vergüenza de los demás gerundenses.

Fàbrega es un pobre acomplejado, si bien hay que reconocer que motivos no le faltan: es un Toulouse-Lautrec de categoría regional, es decir, posee el físico del francés pero no tiene ni un ápice de su talento. Lo cual es un tanto a su favor, ya que, puesto a ser un acomplejado, mucho mejor serlo por una razón de peso, aunque esa sea la única razón que jamás tendrá en la vida. Profesor universitario, allá por los años ochenta fui el único alumno al que suspendió de Teoría del Arte. En suspenderme tuvo también razón, no fui a una sola clase, ni mucho menos al examen. En el examen de recuperación, me esperaba sentado en un jardincito frente a la facultad, a la que ni siquiera llegamos a entrar: sentado a su lado, me preguntó qué significaba *kitsch*, le respondí como pude y me dijo que ya estaba aprobado. No es un «profesor enrollado», es que el tipo es un vago de tomo y lomo. Y eso que erré en la respuesta, puesto que si Jaume Fàbrega le pregunta a alguien qué es *kitsch*, la única contestación correcta, después de echarle un vistazo de arriba abajo, es: «¿Y tú me lo preguntas? *Kitsch* eres tú».

El hombrecito, que ya apuntaba maneras, con el tiempo se ha convertido en fascista de manual. Fascista *kitsch*, pero fascista. Hace un tiempo escribió un artículo llamando a los catalanes a ir a mearse [sic] a la tumba de Antonio Machado, en Colliure, se conoce que el poeta no era tan catalanista como debiera, según los estándares de este profesor. Más adelante le «dimitieron» de la universidad por unos tuits xenófobos. Tiempo después se sacó definitivamente la careta e hizo otro llamamiento público, este para ir a apedrear [sic, de nuevo] la casa de un niño de diez años que pretendía hacer valer sus derechos en la escuela y tener clase en castellano. Por supuesto, de haberse llevado a cabo tal «hazaña», Fàbrega no hubiera aparecido por ahí, como buen lacista es tan cobarde que insta a los demás a lanzar piedras —literalmente— mientras él esconde la mano.

Entre llamada y llamada a la violencia, escribe de gastronomía, siempre destacando que todo, todo en la cocina mundial, tiene origen catalán. Viene a ser como el Institut Nova Història, un grupo de subvencionados que se dedican a «descubrir» el origen catalán de todo personaje histórico, desde Cervantes a Leonardo da Vinci, pasando por Colón y santa Teresa de Ávila. Fàbrega ejerce el mismo magisterio, a base de sartenes y perolas en lugar de batallas y obras de arte. No descartemos que esa afición a la gastronomía le naciera de su aspecto de ave de corral —nariz aguileña, pecho abombado y patas enjutas—, ingrediente básico en la cocina catalana. ¿Cómo podía la republiqueta aspirar siquiera a nacer, si sus guerreros son gallinas de mente, de aspecto e incluso de tamaño?

Apedrear al disidente debe de ser también tradición de origen catalán, o nuestro profesor *kitsch* no lo reclamaría con tanto énfasis. Las famosas sonrisas de la «revolución» eran sonrisas de psicópata, y tuvo que venir un vendehúmos acomplejado a dejarlo claro. No nos fiemos por sistema de los tullidos, también Goebbels lo era.

Todos sus problemas, psicológicos y físicos, deben de tener su origen en una mala alimentación, ya se sabe que en casa del herrero, cuchillo de palo. Si en lugar de inventar orígenes catalanes

incluso del cocido madrileño o del gazpacho, se dedicara a recorrer tascas y bares sin preguntar, su vida sería mucho más placentera, y sobre todo lo sería la de los pobres tipos a quienes da la tabarra. En Casa Ciriaco, por ejemplo, podría zamparse una cazuela Ayuso, que es una tortilla con morcilla, pimentón, ajo y piparra. Como se ve, la hostelería madrileña está agradecida a la presidenta de la comunidad por haber resistido las presiones para cerrar los establecimientos. Realmente, con los ingredientes de la cazuela Ayuso uno puede plantar cara a quien sea, solo con el aliento tumba al contendiente. Y eso que, a tenor de su historia, Casa Ciriaco —en plena calle Mayor, donde tiene lugar una tertulia Camba y el dibujo de cuyas servilletas lo hizo Mingote— debería ser como poco antisistema: desde el segundo piso del inmueble, el anarquista Mateo Morral lanzó la bomba a la comitiva de los recién casados Alfonso XIII y Victoria Eugenia en 1906. Los dos salieron sin un rasguño, pero murieron veinticinco personas. Durante la República, la calle Mayor pasó a llamarse calle Mateo Morral, supongo que porque la intención es lo que cuenta y un fallo lo puede tener cualquiera.

A poca distancia, en la misma calle, se ha instalado una tienda de *caganers*, la figura tradicional del pesebre en Cataluña, que es la de un señor en cuclillas yendo de cuerpo. Debería castellanizarse el nombre para ponerlo en pesebres de todas España: el jiñador. Los fabrican de personajes conocidos; me dieron a elegir uno para regalarme y elegí al Vivales: no hay cagón más cagón, pueden dar fe de ello los miembros de su Governet, a quienes abandonó a su suerte mientras él huía sin volver la vista atrás. Tener un *caganer* Puigdemont al lado de la pantalla del ordenador, en la redacción, me sube la autoestima: nunca jamás podré caer tan bajo. A Ayuso le dedican cazuelas picantes —picante lo es, esta mujer, hay que reconocerlo—, mientras que la cazuela Vivales se compondría de gallina, conejo y demás fauna asustadiza.

Uno de los *caganers* del escaparate enarbola la bandera española. Ni siquiera es Santiago Abascal, se trata de un *caganer* tradicional, anónimo. Colocado en algunos pesebres catalanes,

provocaría tal mortandad familiar que ríanse ustedes de la masacre de Mateo Morral.

¿Cómo puede ser objeto de nostalgia una vulgar merluza frita?, se preguntaba Ramón Gómez de la Serna, y se respondía a sí mismo que porque ningún plato es tan representativo de Madrid como la merluza frita a la madrileña. «Su secreto está en su modestia», incidía. Yo la he comido en Los Chanquetes, y también en los recovecos subterráneos del mercado de Antón Martín, donde por San Isidro un chulapo madrileño me ofreció *limoná* castiza mientras una pareja más que madura bailaba un chotis entre puestos de frutas y de casquería. Bares donde es un ritual que la espuma de la caña se vierta, fsssshhh, sobre la barra de cinc y el camarero pase la bayeta de forma automática, y así cada vez, fssshhh, a cada caña, fssshhhh. Bares donde invitan a la abuelita del barrio que no tiene dinero para el vermut, y cuando se marcha, el camarero la ayuda a ponerse la chaqueta, mientras le advierte: «Abríguese, que hoy hace frío».

Ropavieja en La Daniela, navajas a la plancha en bar Cruz, y unas gambas en la marisquería La Paloma —en el popular barrio del mismo nombre—, donde uno come de pie en la barra, al lado de un señor que me cuenta que está esperando a que traigan a su esposa, «la pobre padece alzhéimer», para comerse entre los dos una ración de mejillones. «Me ha cuidado durante toda la vida, ahora me toca a mí cuidarla a ella», añade con orgullo. «Toma un churrito, mi niña, toma y no seas endina», cantan en *La verbena de la Paloma*. La buena alimentación y las buenas personas abundan más en los barrios populares.

Comer en el centenario (fue inaugurado en 1888) Café de Gijón impresiona. Por los sillones de terciopelo rojo, el suelo arlequinado con baldosas blancas y rojas, el piano, los espejos, la madera en las paredes y el mármol en las mesas, y por la clientela, toda ella de cierta edad. Pero sobre todo porque por allí anda todavía el espíritu de Umbral, uno espera escuchar en algún momento una voz grave de origen incierto diciendo «el gilipollas por definición lo es de cuerpo entero. Se es gilipollas como se es pícnico, barbero, coronel, sastre, canónigo o notario: de una

manera genérica y vocacional». Cómo podía saber eso sin haber vivido en la Cataluña del *procés* es un misterio. Supongo que por eso era Umbral.

El Gijón no ha sucumbido al turismo, me refiero a que no ha usado su propio mito para convertirse en un parque temático de la intelectualidad: ni fotos ni recortes de periódico ni placas en las mesas ni nada. Sigue siendo un café- restaurante, es decir, sigue teniendo precios de café-restaurante. Llego, pido un menú de 11 euros de calidad más que notable, como, no observo a mi alrededor tertulia alguna, me hago una foto simulando que escribo en una de sus mesas para ver si se me pega algo, y me marcho. Doy propina al camarero, como está mandado en estos lugares a la antigua, un veterano de chaqueta blanca. En el Gijón todos los camareros son veteranos de chaqueta blanca. Mejor dicho, en Madrid todos los camareros son veteranos —aunque no todos usen chaqueta blanca —, lo que asegura un trato exquisito y educado. Mientras en Cataluña, la mayoría de los bares y restaurantes jubilan a los viejos camareros para colocar en su puesto a jóvenes sin experiencia pero —imagino— más baratos, aquí se diría que la veteranía en la hostelería es un grado.

Paso por delante de la peluquería Los Trasquilones, en la calle del Amor de Dios, con esos nombres le entran a uno ganas de tener cabello para catar el servicio. También por delante de Casa Belloso, de artículos religiosos, que expone desde calzado para frailes a casullas, pero sobre todo, unos crucifijos tamaño XXL que causarían mortandad si se desplomaran sobre los fieles.

Pintada en Girona

De regreso a su ciudad por unos pocos días, el botifler tropieza con una pintada que parece hecha a propósito para recordarle sus días en Madrid: «Ayuso ven, Gencat roba», se puede leer en un pilar del viaducto ferroviario. El lugar no es muy de paso, pero el mensaje queda ahí. Minutos después, la misma pintada, «Ayuso ven, Gencat roba», esta vez justo delante de la sede de la Generalitat en la misma Girona, ahora sí un lugar de paso, y frente a la guarida del presunto ladrón. De todas formas, tengo mis dudas de que el lugar sea más apropiado que bajo el viaducto, puesto que en la sede de la Generalitat son todos conscientes de que sus superiores manejan los dineros como les viene en gana. Y también lo saben los desafortunados que deben entrar ahí para llevar a cabo alguna gestión: un edificio público del que cuelgan banderas *estelades*, pancartas instando a la independencia y cartelitos con frases del tipo «Lo conseguiremos, «Ni un paso atrás», «Basta de represión», y otras zarandajas, adornados con los inefables lacitos amarillos. Al tratarse de Girona, la cosa está tan asumida que nadie alza la voz, pero la situación equivale a que en la sede de la subdelegación del Gobierno español colgaran pancartas y cartelitos a favor del PSOE, hubiera murales en contra del indulto a los presos o *performances* por la unidad de España.

Hay quien sostiene que en un edificio oficial, que pertenece por tanto a los catalanes de todas las ideologías, no deberían permitirse tales muestras de partidismo. Yo, en cambio, creo que esas pancartas y cartelitos ejercen una gran función: la de recordarnos a todas horas que los lacistas son cobardes y que esa fue la razón de su estrepitoso fracaso.

Los funcionarios que dedican parte de su jornada laboral a confeccionar y colocar atrezo lacista en la Generalitat, son gente de

trabajo seguro y buen sueldo, gente carente de problemas en la vida, si obviamos los psiquiátricos. Lacistas de manual, por tanto. Tan plácida es su existencia, que son incapaces de llevar a cabo ni el menor gesto de rebeldía, ya que eso la pondría en riesgo, así que colgar cartelitos es lo máximo que van a ser capaces de llevar jamás a cabo. Son un reflejo perfecto del lacismo, de esos oprimidos que nunca van a arriesgar no ya su libertad o su vida por un ideal —mueve a risa solo imaginarlo—, es que ni siquiera una pequeña parte de su sueldo. Todo lo que van a hacer para liberar a su país de la horrible represión que lo ahoga, es colgar un cartelito y correr a disimular tras su triste mostrador de cada día, no sea que alguien sospeche. Esa es su revolución, esa será por siempre su revolución.

Muestran cada día a los ciudadanos que acuden diariamente a sus oficinas cuál fue la causa por la que el *procés* se fue al traste: la cobardía. Me encanta pasar por delante de ese edificio y solazarme con los lacitos amarillos y las soflamas en los cristales de la entrada.

El «Ayuso ven, Gencat roba» que luce en la otra acera debió de pintarlo un funcionario de los que ahí trabajan, descontento con sus condiciones laborales, aunque me extrañaría mucho.

Uno no sabe si «Ayuso ven, Gencat roba» es una llamada de auxilio a Ayuso, para que venga a solucionar el latrocinio que se ha instalado en el Governet catalán, o lo que intenta la frase es instar a Ayuso a instalarse en Cataluña, donde robar está a la orden del día y así podrá enriquecerse con facilidad. Sea una llamada de auxilio o una propuesta para sumarse al expolio a los ciudadanos, de lo que no cabe duda es de que la Gencat —acrónimo de Generalitat de Catalunya— roba.

Los catalanes se desayunan día sí, día también, con anuncios de nuevas «embajadas» catalanas en lugares tan dispares como el África Negra, Japón o Australia. Hay que tener en cuenta que Europa es pequeña y muchos son los amigos y afiliados a quienes colocar. El lacismo ha sido una gran agencia de colocación, y no se puede negar que exitosa. La republiqueta puede esperar, lo que no tiene espera es la cola de aspirantes a ser beneficiarios. No solo

mediante embajadas, ya que solo con ellas no habría suficientes puestos de trabajo para tanto aspirante. Tomar el tren Girona-Barcelona en hora punta equivale a tropezar cada día con un nuevo conocido que se dirige a su nuevo puesto en la capital, se parecen unos a otros en que son unos completos inútiles, pero también en haber lucido cuando era el momento un lacito amarillo en la solapa. Ya no, en estos tiempos ya nadie lleva el lazo, fue útil en su momento porque, sin necesidad de usar palabras, equivalía al tan hispánico «¿Qué hay de lo mío?».

Llevar el lazo amarillo era recordar a quien tuviese poder de decisión que aquí hay uno dispuesto a ser colocado en lo que sea, siempre que el sueldo sea generoso. Su utilidad ya ha prescrito, ya la mayoría son subdirectores de departamento, directores de museo, secretarios de cualquier cosa, asesores de algún otro colocado previamente, responsables de un instituto que se cuida de alguna necedad, diputados, ujieres, trabajadores de un parque natural, lo que sea. El lacito ya sobra.

También habrá tenido en cuenta el autor de «Ayuso ven, Gencat roba» el hecho de que los catalanes son quienes pagan más impuestos de toda España, puesto que la Generalitat suma los suyos a los del Gobierno central. Eso sí es un robo, legal por supuesto, que la mejor manera de cometer delitos es cometerlos legalmente. Si el *procés* fue de por sí un inmejorable estímulo para la fuga de empresas hacia zonas jurídicamente más estables que Cataluña, el *postprocés* y sus impuestos terminaron de convencer a los que, quizás por un sentimentalismo mal entendido hacia la propia tierra, se resistían a abandonarla. Eso finalizó, incluso los sentimientos tienen un límite, y a quien no tenga suficientes recursos para largarse de este paquebote ruinoso a la deriva, el precio de cuyo billete es de crucero de lujo, no le queda otra solución que comprarse un espray y llamar a Ayuso. Para que nos ayude o para que robe, pero que venga.

Dicen de Ayuso que es una mujer hermosa, claro que las dagas y las pistolas de los bandoleros también tienen un brillo muy bonito.

El Vivales está tarado, pero no lo digo yo

El botifler asiste en primera fila a las declaraciones del diputado Rufián en las que llama tarado al Vivales. En mala hora. Para una vez que Gabriel Rufián dice una verdad incontestable, van y me lo defenestran incluso desde su propio partido, eso le pasa por charnego, a ver cuándo aprende que su papel es el de servir a sus amos y callar. No es la primera vez que Rufián se lanza a largar verdades, tiempo atrás acusó a los dirigentes de Junts per Catalunya de «jugar a ser James Bond» por sus contactos secretos con espías rusos que al parecer habían de ayudarles a construir la republiqueta catalana. El símil, y mira que estaba bien traído, le valió también a Rufián insultos de los feligreses lacistas, una jauría humana de pacotilla que padecemos en Cataluña, de lo bueno que es no da otra cosa que risa. Este hombre llegó a creer de verdad que sus compañeros de viaje le perdonaban sus orígenes charnegos, el muy iluso.

La estancia de Rufián en Madrid iba para dieciocho meses, ya que en eso calculó la independencia de Cataluña, y lleva ya algunos años, todo eso que debe agradecerle a la estulticia y cobardía, a partes iguales, de quienes prepararon la secesión. Se conoce que la larga espera le ha sido fructífera, y además de encontrar esposa, parece que ve las cosas con más claridad, a pesar de que aparentemente se trata de dos cosas contradictorias por completo. Rufián demuestra que para convertirse en hombre de provecho basta con residir en Madrid, ni siquiera hace falta que sea en la cárcel, como otros dirigentes lacistas, que salieron de ella y no han vuelto a decir esta republiqueta es mía. Rufián ha sufrido la misma metamorfosis sin pasar por la trena, lo cual confirma que, por más que les pese a los catalanes viejos, los charnegos han sido siempre más listos que ellos.

No ha sentado nada bien que Rufián calificara de «tarado» al Vivales, a quien hasta ahora se le tenía únicamente por mentiroso, estafador, cobarde y —como su nombre indica— vividor. Da igual, sepa el flamante «Mejor diputado 2.0» —las declaraciones han sido con motivo de dicho premio— que se ha ganado un lugar en mi corazoncito, ni que sea porque a partir de ahora puedo calificar de tarado al Vivales sin que me llame al orden el editor de este libro exigiendo que modere mi lenguaje. «No lo digo yo, lo dice un señor diputado», podré aducir a partir de ahora, y a ver quién es el guapo que me chista. Rufián ha perdido su lugar en el paraíso irreal de la republiqueta, pero se ha ganado que lo invite a unas cañas bien fresquitas en el paraíso real, y bien real, del bar Cuéllar. Si eso no es una mejora, que baje Dios y lo vea.

No le habrá sido difícil al diputado republicano llegar a esa conclusión, ni siquiera habrá necesitado un curso de psiquiatría por correspondencia. Rufián tiene ahora un buen sueldo y puede vestir ropa de marca, pero no olvida sus orígenes en Santa Coloma de Gramenet, cuando para ahorrar un euro la tenía que adquirir en puestos del mercado donde la vendían a mitad de precio porque estaba tarada. Exactamente: tarada. Si un jersey o unos pantalones tarados pierden automáticamente gran parte de su valor, no cabe duda de que el Vivales de Waterloo, que lo ha perdido casi por completo, es un gran tarado (señor editor: no lo digo yo, lo dice un diputado y lo dice también el mercado de prendas con desperfectos). No me refiero a valor en el sentido de valentía, que mal podría perderlo el expresidente catalán porque de eso no ha tenido nunca —no es necesario recordar de nuevo su vergonzosa huida nocturna escondido en la parte trasera de un automóvil—, sino al descenso de su cotización: quien fue presidente de la Generalitat y líder de una supuesta revolución vive hoy semiolvidado, jugando a crear ficticios gobiernos paralelos en los que no cree ni siquiera su compañero de piso Comín, y eso que el chico tiene pinta de tragarse cualquier cosa. El Vivales es un auténtico tarado, según el diccionario (y según Rufián, señor editor).

El diccionario admite también tara como defecto de la salud,

especialmente de la mental, pero ni Rufián ni yo nos referiríamos jamás al Vivales de esta manera, aunque no falten indicios que permitan aventurarlo. En el caso de que el inquilino de Waterloo sufriera una tara en la azotea, ya no sería nuestro negociado, de Rufián y de un servidor, me refiero. De la misma manera que Julio Camba se negaba a discutir sobre toros al considerar que era un asunto estrictamente veterinario, Rufián y yo no hablaríamos jamás del Vivales como persona tarada, por ser un asunto igualmente médico. Allá los psiquiatras con el Vivales, que trabajo no les va a faltar.

Algunos, sí, algunos se han tomado las palabras de Rufián como una insinuación de que el Vivales no está muy bien de la chaveta, y la verdad es que este, en sus apariciones y declaraciones, no ayuda a deshacer la confusión, más bien la apuntala. Es el caso de Joan-Lluís Lluís, un —fuera de los círculos estrictamente lacistas— desconocido escritor francés, de Perpiñán, que, según se deduce de su propia confesión, debe de padecer también alguna tara. «¡Tarados de todos los Países Catalanes, unámonos!», escribió en Twitter, en lo que parecía a todas luces una forma de recibir con alborozo la noticia de que no se encontraba solo en el mundo. Creerse el único tarado y descubrir un día que hay por lo menos otro, aunque sea en Waterloo, alegró de tal forma al presunto escritor que ya se veía montando una asociación, quién sabe si incluso un congreso, de tarados.

Como quiera que los tarados en sentido político ya están unidos e identificados merced al lazo amarillo que lucen para distinguirse de los ciudadanos sanos, lo que pretende crear el escritor francés —siguiendo la tradición internacionalista de su país— debe de ser una nueva *Internacional*, la *Internacional de los Tarados*, a los que imagino desfilando, puño en alto y embudo en la cabeza, cantando: «¡Arriba tarados de la tierra, en pie loquísima legión, atruena el manicomio en marcha, es el fin de la razón!».

Sea en un sentido u otro, lo que no ofrece duda alguna es que el Vivales está efectivamente tarado. No lo digo yo, señor editor, sino todo un diputado que lo conoce bien.

El rey y la reina

El botifler ha solicitado audiencia con el rey, hala, para una vez que estoy en Madrid, vamos a lo grande, igual me invitan a cenar en la Zarzuela, e incluso a dormir, y al regresar a Girona lo puedo contar en el bar Cuéllar. Imagino lo que diría Conrado, un gitano con el que comparto cervezas a veces, al ver las fotos, porque si voy a la Zarzuela, voy a hacer fotos, anda que no:

—¡La de marihuana que podríamos plantar en ese *peazo* jardín, primo!

Lo de plantar marihuana lo lleva siempre Conrado entre ceja y ceja; no es que del aspecto de Felipe VI haya inferido que el rey le da al canuto, el de los vicios es su padre, eso sí, vicios más caros. Tampoco parece que el monarca vaya tan corto de recursos que deba ganarse un sobresueldo plantando cannabis en los jardines de palacio, para los problemas de caja los reyes disponen de otras soluciones, aquí sí que su padre podría aconsejarle debidamente.

—Comisiones, hijo mío, deja el cannabis y dedícate a las comisiones. Ya te presentaré yo a algunos jeques que conozco, que te veo muy verde todavía en aspectos esenciales de la monarquía.

Sabido es que solamente hay dos lugares en la tierra donde un rey puede hacer siempre lo que le venga en gana sin tener que dar cuentas a nadie. Esos dos lugares son la Edad Media y España.

Los consejos económicos de Juan Carlos a Felipe serían bidireccionales. Es decir, igual puede asesorar a su retoño sobre cómo ganar dinero que sobre cómo gastarlo, en ambos aspectos ha demostrado ser el rey, y para ello igual le presenta a un jeque que a una corista. Para eso están los padres, para eso y para sufrir, destino de todos los padres del mundo, uno nunca sabe si los hijos entienden bien los consejos.

—Y recuerda que al jeque le has de sacar los millones y a la

corista meterle mano, no te confundas que nos metes en un conflicto diplomático, niño.

Al rey Juan Carlos le deben de tener en la Zazuela el mismo y profundo respeto que se le tiene al tío Eremián en uno de los cuentos de Fontanarrosa. En la familia todos admiraban al tío Eremián, pero no por las cosas que decía ni por lo que contaba cuando se reunían todos, sino porque nunca había trabajado.

Mientras espero respuesta a la solicitud de cena y cama en la Zarzuela, me documento a fondo sobre los reyes de España, por suerte he traído en la maleta un *¡Hola!* de casa de mi madre, más descansada es su lectura y visionado que entrevistarme con Jaime Peñafiel y Rafael Anson, y voy a aprender lo mismo.

Abro la revista. Felipe y Letizia me recuerdan a Jordi Pujol y Marta Ferrusola, con los años uno ha aprendido a detectar a la primera a los matrimonios donde manda ella. Uno está acostumbrado a que, al entrevistar a un político, se cuele en el despacho también el jefe de prensa, no es que sea muy agradable pero uno lo acepta, suele ser gente callada, aunque no siempre. El día que entrevisté a Jordi Pujol a raíz del primer volumen de sus memorias, llegó a la redacción con la habitual cohorte de acompañantes. Al entrar en el despacho donde se iba a realizar la entrevista, se quedaron todos educadamente fuera... excepto su señora, Marta Ferrusola, que sin explicación alguna se sentó enfrente de los dos —Pujol y yo, de costado— y no nos sacó el ojo de encima durante la hora larga que conversamos. Tampoco abrió la boca, eso hay que reconocerlo, aunque no le hizo falta: el hombre más poderoso de Cataluña, a mi lado, estaba literalmente acoquinado, mirando disimuladamente a su esposa cada vez que respondía a una pregunta. Ella, por su parte, mantenía sobre su marido la mirada fija de serpiente vieja, como la definiría el inspector Méndez salido de la imaginación de Francisco González Ledesma. Me costaba creer que el hombre que se sentaba a mi derecha había mandado —no gobernado, mandado— en Cataluña desde que algunos tenían uso de razón, había derrotado a todos los políticos de la oposición que quisieron sustituirlo, había sido «Español del año», había sentado las bases del *procés* y, sobre todo

—según se sabría más adelante—, había propiciado que sus hijos se enriquecieran hasta lo pornográfico. Ese hombre, me di cuenta aquel día, no era más que un títere de Marta Ferrusola, que seguía allí delante, gritándole con la mirada «a ver qué dices Jordi, que eres tan tonto que tengo que vigilarte de cerca». No me consta que en algún momento de la entrevista le soltara por debajo de la mesa una patada en la espinilla al pobre esposo, aunque tampoco podría descartarlo con absoluta certeza. Por lo menos tendría buena puntería —o mucha práctica— y a mí no me dio ninguna vez.

Gracias a aquella entrevista y a la presencia de lo que por momentos parecía una gárgola catedralicia ante mí, supe que las frases que de vez en cuando soltaba en público Marta Ferrusola no eran las incontinencias verbales de una abuela catalana a la que se le iba la chaveta, sino el auténtico decálogo del catalanismo. Ella era su cerebro gris. Así que cuando en una charla patrocinada por una entidad financiera —no sé en Madrid, pero en Cataluña las cajas de ahorros dan voz al consorte del presidente oficial—, la señora lamentó ante una nutrida representación de la burguesía local que los menesterosos que piden limosna «ni siquiera son capaces de, por lo menos, pedir pan en catalán», estaba revelando la ideología auténtica que se ocultaba tras las declaraciones políticamente correctas de su marido y sus amigotes del partido, CDC en aquellos días: tiene que haber pobres, como tiene que haber inmigrantes del resto de España, pero han de hablar catalán incluso —sobre todo— cuando se humillan ante nosotros, esperemos que a menudo. La frase, muy parecida a la que le costó el cuello a María Antonieta durante la Revolución francesa, no solo no supuso la construcción inmediata de una guillotina en el claustro del local donde tenía lugar la charla, sino que fue recibida con aplausos y sonrisas cómplices por la burguesía gerundense; supongo que se gritaría algún *això és una dona!,* con que se solía agasajar a la Marta de Catalunya, una forma burguesocatalana de gritar «¡olé tus cojones!».

Igual cabe decir de cuando esa misma mujer se quejaba de que algún periodista de TV3 era «demasiado socialista para presentar las noticias» o cuando, tras la derrota del delfín Artur

Mas frente a Pasqual Maragall en las elecciones, declaró que aquello había sido «como si nos echaran de casa». Esas y otras muchas declaraciones por el estilo no eran meteduras de pata, es que el catalanismo consideraba de su propiedad los medios de comunicación, el palacio de la Generalitat y el país entero. Y lo peor es que tenía razón. De ahí surgió el *procés*.

El abuelito afable sentado a mi lado me daba incluso pena, al imaginarlo aguantando cada día en casa los reproches de la auténtica cabeza de familia y jefa de Cataluña, a punto estuve de darle una palmadita en la espalda a modo de consuelo, que es lo que hacemos los hombres con otros hombres cuando no hay consuelo posible, es decir, ante la enfermedad irreversible, la pérdida de un ser querido, la derrota del Barça o un matrimonio castrante. Me contuve, y en lugar de eso, le di educadamente la mano, sin sacarme todavía de encima la mirada de la Ferrusola. Qué pena me daba Pujol.

—*Es nota que ha llegit bé el meu llibre, Soler* —me dijo a modo de despedida.

La verdad es que ni un par de páginas me había leído, me limité a abrirlo al azar y a subrayar con este método un par de frases, procurando que fueran del final del libro, que viste más. Quien seguro lo había leído con detenimiento, corregido y criticado era Marta Ferrusola. Eso, si no lo había escrito de su propia mano.

Letizia me da esa misma impresión. Cuando me llamen para ir a cenar, a Felipe sí que le voy a dar la palmada de solidaridad masculina en el hombro, protocolo mediante. Además, mejor que se la dé yo que su señora, a quien, ahora que me fijo bien en las fotos del *¡Hola!*, se le han puesto brazos de culturista.

Dijo un famoso mago, seductor además de mago, que por algo era argentino, que los caballeros no tienen memoria y las damas no tienen pasado. Lo dijo en relación a *affaires* pretéritos de pareja, pero sin pretenderlo se estaba adelantando en el tiempo y describiendo a la futura reina de España; realmente el hombre era mago. Ha sido también por arte de magia que el pasado de Letizia ha desaparecido. Por desaparecer, ha desaparecido incluso su

aspecto pasado, aunque dicen que eso ha sido gracias más a la cirugía que a la magia. La periodista que llegó al trono tenía un pasado que incluía hombres, viajes, fiestas, sexo, alcohol y es de suponer que drogas. La reina, alehop, tiene un pasado impoluto y virginal, como corresponde a toda reina española, los tímidos intentos que hubo hace años de buscar sus relaciones anteriores se evaporaron al poco. Si sabría el mago argentino lo que iba a acontecer, que Letizia ha perdido el pasado y todos los demás hemos perdido la memoria. Por no recordar, no recordamos ni siquiera que se llama Ortiz, igual que mi amigo José Ortiz, a quien ahora todos llamamos cariñosamente reina.

Se sabe quién manda en la Zarzuela desde el mismo anuncio del compromiso, cuando la todavía futura reina hizo callar al todavía futuro rey con aquel «déjame terminar» que resuena todavía en los muros del palacio, dicen que los huesos de más de un Borbón, con lo que ellos han sido, se removieron en sus tumbas. De un pelo fue que no callara también, y este para siempre a causa de un infarto fulminante, Jaime Peñafiel, el veterano cronista, que en su vida habría imaginado llegar a presenciar tamaña afrenta contra alguien de sangre azul, y encima, de manos de una plebeya.

—Ya entonces vi que esa no te convenía, niño, haberme pedido a mí el teléfono de alguna actriz, que esas sí que son sumisas, lo que yo te diga. Si te la quieres buscar fuera del Gotha, pídeme consejo, que eso lo domino, jo, jo, jo.

Felipe no concede entrevistas, un rey entrevistado pierde su magia, a nadie se le ha ocurrido entrevistar a Baltasar, y eso que es mago además de rey. Un rey respondiendo a preguntas de un periodista sería el paso previo a un rey trabajando para ganarse la vida, hay cosas inconcebibles. Pero si las concediera, sentada enfrente estaría Letizia, con mirada de serpiente vieja, presta a darle una patada en la espinilla en cuanto el pobre rey se saliera del guion, menuda es ella. Por fortuna para Felipe —y para Peñafiel, que de esta sí que no salía con vida— tal situación nunca va a darse, ya que la única periodista que puede hacerle preguntas a Felipe VI es precisamente Letizia, en casa, y ay de él que no las responda correctamente.

Como estamos en verano, Letizia lleva alpargatas. Eso lo sé porque así lo ha informado la prensa, que en este país se dedica a temas de auténtico interés. En tiempos, el periodismo de investigación requería trabajo de meses, apoyo de la empresa, a menudo provocaba roturas matrimoniales a causa precisamente de lo absorbente del trabajo. Por fortuna, hoy basta con echar un vistazo a los pies de la reina y ya tienes el titular que acabo de leer —no en el *¡Hola!*, en un periódico—, a toda página: «Los zapatos favoritos de doña Letizia en verano son las alpargatas». Porque además de no tener pasado, a Letizia —eso me lo tengo que apuntar, no vaya a ser que en la cena meta la pata— se la llama doña Letizia. Los periodistas que cubren las noticias de la familia real son elegidos meticulosamente entre muchos candidatos: deben ser capaces de mostrar en presencia de los reyes un sentimiento de satisfacción íntimo, como el de un perro cuando mueve la cola.

La doña, en fin, no posee un aspecto tan resignado como el de su suegra, que llevaba la cornamenta con tanta normalidad como la corona, incluso en no pocas ocasiones los españoles confundían uno y otro ornamento.

—¿Lo ves, niño? Voy a tener que seguir disfrutando yo por ti, jo, jo, jo.

A Felipe VI algunos le tienen ojeriza en Cataluña, porque estuvo al quite como los buenos toreros cuando unos pocos quisieron endosarnos una republiqueta a todos los demás. En mi propia ciudad, Girona, decidieron dejar de acoger la entrega de los premios Princesa de Girona, dejando así de ingresar un buen montón de dinero, no solo por el alquiler del Palacio de Congresos, sino de gastos que los centenares de asistentes dejaban en restaurantes y hoteles de la ciudad y sus alrededores. Por supuesto, al ayuntamiento de la ciudad, de mayoría lacista, le importa más un gesto inútil de cara a la galería que el bienestar de los pequeños empresarios. Si en Cataluña no importa que el *procés* haya supuesto la deslocalización de miles de empresas, menos va a importar que los pocos que quedan pierdan dinero. Haberse dedicado a la política, burros.

Tengo para mí que el discurso que supuso para Felipe VI la

pérdida de popularidad en Cataluña a cambio de ganarla en todo el resto de España —no fue mal negocio— lo escribió Letizia, digo doña Letizia. El discurso metió tal miedo en el cuerpo a los secesionistas que a los diligentes funcionarios catalanes no les faltó más que gritar «¡A sus órdenes!» al par de funcionarios llegados desde Madrid para poner orden. O sea, lo mismito que consigue Letizia en casa. Son demasiadas coincidencias como para no dudar de la autoría del discurso de marras.

Por si fuera poco, mientras sigo esperando en el hotel la invitación a la cena real, me llega la noticia de que Letizia, doña Letizia, no se santigua. Me ha venido a la cabeza lo que Fernando Vizcaíno Casas cuenta en uno de sus libros, sobre que en la posguerra española había señoritas de pueblo que se iban a la ciudad y se ganaban la vida comerciando con su cuerpo. Eran chicas creyentes, hasta el punto de que «antes de entrar en faena» se santiguaban, como los toreros. No es el caso de doña Letizia, quien por fortuna no necesita de esos trabajos extras para tener un sustento, lo que sucedió en su caso es que no se santiguó en la misa del apóstol Santiago. Así cambian los tiempos, unas se santiguaban antes de recibir al cliente y otras no lo hacen ni en misa.

Según trascendió, y circularon vídeos que lo atestiguan, la familia real se desplazó hasta Santiago de Compostela para participar en el día del apóstol Santiago. Los r y Letizia, doña, perdón, acompañados de sus hijas, llegaron a la célebre catedral para rendir homenaje al santo. Llegado el momento de santiguarse, Felipe VI y sus hijas hicieron la señal de la cruz, mientras que la monarca prefirió quedarse quieta mientras observaba a su marido e hijas hacerla. Por su cara al ver los extraños movimientos que realizaban, parecía creer que presenciaba un exorcismo, un ritual satánico o un peculiar tic nervioso que padecía al unísono toda su familia. El vídeo en el que se aprecia el momento circuló a través de las redes sociales y se viralizó, que es lo mejor que le puede suceder a un vídeo si te ganas la vida como *youtuber*, pero lo peor si te la ganas como reina consorte. Es de suponer que, más tarde, al llegar a casa, Felipe, puesto que en la intimidad del hogar pierde su numeral VI, se cuidaría muy mucho de recriminarle a su señora

la actitud, a no ser que quisiera dormir de nuevo en el sofá, castigo al que uno juraría que está habituado. Además, qué caramba, si la buena mujer no está acostumbrada a santiguarse, mejor que no se inicie en esos rituales en lugar público, no sea que se confunda y no sepa a dónde llevar la mano ni en qué orden. Peor que una reina que no se santigua, sería una reina que al santiguarse se tocase una rodilla. O algo más feo.

—Hay que elegirlas creyentes, niño, que esas lo llevan todo con resignación, mira a tu madre, jo, jo, jo.

Al final, no recibo respuesta de la Zarzuela, supongo que el asunto de la señal de la cruz habrá caldeado el ambiente en ese hogar y prefieren no verme metido en la engorrosa e incómoda situación de compartir una cena familiar con dos cónyuges que no se dirigen la palabra más que para pedirle el uno al otro la sal. No me queda más remedio que salir a cenar solo por Madrid. En la zona de Lavapiés descubro el bar Cruz, sin duda ha sido el destino quien me lo ha puesto en el camino el día del conflicto por una señal de la cruz de más o de menos. El local añade a su nombre la leyenda «La casa de las navajas», y navajazos deben ser lo que en estos momentos vuelan en la familia real, tanto entre sus miembros como entre la familia y los monárquicos tradicionales. Demasiadas casualidades como para no pensar que mi destino está ligado a la Casa Real. Intento olvidar la cena en palacio que no ha sido, zampándome unas navajas a la plancha —que hacen honor al nombre de la casa—, una ración de chopitos a la andaluza y unas mollejas, todo ello regado con unas cuantas cañas. Temo que Felipe haya sido castigado por su señora a irse a la cama sin cenar.

Ucrania quiere más armas

Ni siquiera en Madrid el botifler escapa de Zelenski, un cómico metido a político a quien no se le ocurre otra solución para intentar ganar la guerra contra Rusia que aparecer por videoconferencia en cualquier espectáculo. Eso incluye el Congreso de los Diputados, espectáculo donde los haya, donde aprovechó para señalar a las empresas españolas que, según él, se saltan el embargo a Rusia, aunque después quedó demostrado que eran falsas acusaciones, pero a Zelenski se le perdona todo. Congreso aparte, a Zelenski se le ha visto en todos los lugares posibles, desde la gala inaugural del Festival de Cannes a los Premios Grammy, también posando en *Vogue* junto a su señora en unas fotografías muy *cool*, que no se diga que guerra y glamur están reñidos. Y siempre dándonos lecciones. Temo levantarme por la mañana y encontrármelo tomando café en el bufet del hotel, aquí en Madrid, esperándome en mi mesa para darme la tabarra. No es raro que Pedro Sánchez le prometiera armas, me pongo en el lugar del presidente español, y para librarme de ese pelmazo, hasta el trono de España le hubiera prometido, que ya sabemos que hay guerra en Ucrania, no es necesario que nos lo recuerde cada día.

Lo que ocurre con las cosas que se hacen para salir del paso es que uno se olvida de ellas al cabo de unos minutos, pero acaban regresando.

—Haz el favor, Margarita, mándale a Zelenski unos cuantos lanzagranadas, a ver si me deja en paz.

—Enseguida, presidente.

Y Pedro Sánchez siguió a lo suyo, que es organizar de vez en cuando una mesa de diálogo para que los catalanes se peleen entre ellos, redactar un par de decretos al día y sustituir a tres o cuatro ministros, que ver siempre las mismas caras en el consejo acaba

aburriendo.

Margarita Robles, siempre eficiente, además de los lanzagranadas mandó un montón de botas que debían de permanecer olvidadas en algún almacén militar; en los almacenes militares siempre sobra algo, antes hacían con ello negocio los brigadas y hoy se puede mandar al extranjero, donde lo reciben con los brazos abiertos.

—Oiga, ¿es España? —llamaron al cabo de varias semanas desde una trinchera ucraniana, como Gila comunicando con el enemigo—. Es que las botas que nos han mandado son de invierno, y con este calor a los chicos les salen ampollas en los pies.

No es una licencia que me permito, esa fue la queja oficial del ejército ucraniano.

—¿Ya están los ucranianos quejándose? A ver si encima querían que les mandáramos unos Manolo Blahnik, en mis tiempos querría verlos yo —refunfuñó en algún despacho de capitanía un coronel de intendencia que en tiempos había sido brigada y sabía lo que se habría podido embolsar con tanta bota militar.

Botas aparte, que al fin y al cabo los soldados ucranianos las pueden guardar hasta que llegue el invierno y aprovechar el verano para combatir con chanclas, mucho más refrescantes, desde Ucrania se quejan también de que las promesas de ayuda española se han quedado en eso, en promesas, sobre todo si se comparan con la de los demás países europeos, mucho más eficientes y cumplidores. Ucranianos descubriendo que el resto de los países europeos son más serios que España. Cualquier día descubren que Rusia les ha invadido.

Como decía mi abuela, los hay a quienes les das un dedo y al poco tiempo te reclaman el brazo. Hoy mismo he visto por la calle Atocha, subiendo a toda velocidad, un coche oficial con escolta de motoristas y cristales tintados. Probablemente era el embajador de Ucrania dirigiéndose a la Moncloa, vamos, casi seguro, puesto que horas después se ha hecho pública su queja por la escasa ayuda militar española. Como si fueran poca cosa unas botas fuera de temporada y unos lanzagranadas sin instrucciones de manejo.

Lo que les pasa a los ucranianos es que no conocen el carácter

español. Que Pedro Sánchez prometa ayuda no significa más que eso, que Pedro Sánchez promete ayuda, y se acabó. Apañados estarían los gobernantes españoles si tuvieran que cumplir todas sus promesas. Los ciudadanos españoles conocemos eso desde hace siglos, de ahí que no esperamos nada de lo que nos prometen, sabemos que no son más que palabras. Si eso nos hacen a quienes tenemos derecho a voto en España, qué pueden esperar los ucranianos, que el único derecho que tienen es el del pataleo.

Los pobres ucranianos vienen de formar parte de una URSS donde los planes quinquenales se debían cumplir escrupulosamente so pena de ser premiado con una estancia invernal en Siberia, y sin botas españolas. Por eso dieron por sentado que recibirían todas las armas prometidas por España, cuando probablemente aquí ni siquiera sabíamos si contábamos con ellas, aquí los planes quinquenales se reducen a «oye cabo, mira a ver qué encuentras ahí dentro y lo empaquetas para Kiev». Agradecidos deberían de estar de que les hayan llegado las botas de invierno, que ha sido porque no las ha descubierto antes el brigada.

A fuerza de negociar con españoles, hasta en Ucrania van aprendiendo qué pueden esperar de nosotros, más bien poca cosa. Así que ahora se contentan con pedir que les mandemos unos tanques Leopard que están almacenados desde hace más de quince años, y unos cazas F-18 que casi se caen a pedazos, con suerte, antes de ganar altura.

—Margarita, mándales unos cuantos de esos cacharros, que ya no sabemos qué hacer con ellos.

—Pero presidente, son obsoletos, no se pueden utilizar en batalla alguna.

—Tú mándalos, que este embajador es tan pesado como su jefe. Siempre se podrán sacar algo vendiéndolos como chatarra, conocía yo un brigada capaz de eso y de más, no sé qué se habrá hecho de él. Y esta vez intenta no hacerte una foto con casco militar y chaleco, que así no hay quien nos tome en serio.

No será que Europa no hace lo que puede por Ucrania. Cuando llego de noche al hotel, enciendo la tele justo en el momento en que un grupo de aquel país se lleva el triunfo en

Eurovisión. La guerra quizás no la van a ganar, pero bien que nos hemos conchabado para que ganen ese festival que, aunque no es lo mismo, tampoco está mal. Eurovisión será solo el principio de una ola de solidaridad. El Mundial de Qatar también se le debe de hacer ganar a Ucrania, por lo civil o por lo criminal. Y la Bienal de Arte de Venecia. Y los Óscar de Hollywood. Más aún: mañana por la tarde voy a Las Ventas, y como no salga a hombros por la puerta grande un torero ucraniano, es que no tenemos corazón.

A los toros por San Isidro

El botifler quiere ir a los toros, cosa que no ha hecho en su vida. En su ciudad existió un coso, pensado más para turistas que para aficionados a la tauromaquia, allí corría la sangría y la cerveza sin que importara lo que sucedía en la arena; si alguna vez sucedió algo de interés, nadie lo sabe, ni el propio protagonista, si lo hubiere. Algo interesante sucedería algún día, por lo menos cuando allí se celebraba el espectáculo del Bombero Torero. La plaza de toros fue derribada y en su lugar se alza el Palacio de Justicia. Las togas han sustituido a los trajes de luces, la justicia ya no la reparte un señor con pañuelos de distintos colores sino con maza, y los cabestros, que no faltan, están ahora disimulados con traje y corbata, para que no se les note. Ya no te puede pillar el toro sino el Código Penal, que duele más, aunque sigue dando más cornadas el hambre.

En Cataluña no hay corridas de toros, que se prohibieron. Hay *correbous*, eso sí, que los catalanes somos más civilizados que los españoles, y en lugar de torear una res, le ponemos unas antorchas en los cuernos, o la echamos al mar, o nos divertimos tirándola de la cola y dándole puntapiés a pesar de que esté herida, en fin, esas cosas que demuestran que somos más europeos que el resto de los peninsulares. Torearla, jamás, eso nunca. Así que voy a aprovechar que son las Fiestas de San Isidro y estoy en Madrid, para ver de qué va eso.

San Isidro, me dijo en una ocasión el alcalde de un pueblo catalán, fue un vago que se tumbaba a la bartola mientras los ángeles le araban el campo, así que el patrón de los agricultores catalanes es sant Galderic, que cultivaba las tierras con sus propias manos, sin ángeles ni tractores ni ningún tipo de ayuda externa, ni celestial ni terrenal. Así lo sostenía el edil, ya fallecido. En alguna

ermita se guarda todavía un dedo del santo, quiero suponer que el dedo medio, en una eterna peineta dirigida a quienes quieren buscar conflicto entre él y su colega Isidro, que ya son ganas de buscar.

Por San Isidro los madrileños van a los toros. En Cataluña, si queremos ir a sufrir por la integridad de alguien, vamos a ver a los *castellers*, o castillos humanos. A falta de toreros que puedan ser corneados, debemos conformarnos con *enxanetes* —así se denomina al niño que trepa hasta lo alto de esos castillos, a veces hasta a diez metros del suelo— que puedan descalabrarse. Son distintas formas de diversión, que hablan tanto de la idiosincrasia de los distintos pueblos hispanos como de su amor al riesgo. Al riesgo ajeno que siempre nos ha atraído, por supuesto.

Cinco días antes del festejo. En la web oficial de Las Ventas aparece un plano de la plaza, con todas sus localidades, unas pocas de las cuales marcadas en rojo, las que permanecen todavía libres. Pongo el cursor sobre una: 175 euros. Habrá que seguir buscando, que una cosa es ir a los toros y la otra que te banderilleen con alevosía. Nuevo intento: 250 euros. Joder. A ver aquí: 350 euros, esta lleva incluida la entrada en un local de copas después del festejo, imagino que allá donde van los toreros que han salvado la vida a brindar por ello. Por más que lo intento, no doy con nada más barato. Será que los aficionados a los toros son todos ricos.

Media hora más tarde ya he desistido de mi debut taurino, si me gasto 200 euros en una entrada y se entera mi señora, mi madre va a llevar luto por mí. No desisto, eso no, de la liturgia que comporta ir a los toros —la sola pronunciación de la frase «ir a los toros» evoca tardes de arena, sangre y Matías Prats con gafas de sol —, así que el 15 de mayo, San Isidro, me dirijo a la zona de Las Ventas, en cuyos bares me ha asegurado un colega periodista que se cuece todo lo taurófilo de Madrid en día de corrida y olé.

El plan es ir un par de horas antes de las siete de la tarde, que es cuando empieza el festejo —lo de las cinco en punto queda muy literario pero el sol aprieta demasiado—, y empaparme del ambiente tomando cañas en los bares de los aledaños. En cuanto el público se apreste a entrar en la plaza, me volveré por donde he

venido, sin ver la corrida, pero sin que me hayan pegado un bajonazo en la cartera. Tampoco entiendo nada de toros, no va a ser tanto lo que me pierda.

Es domingo. El día se presenta soleado como un San Isidro de zarzuela, así que me permito lucir clavel en la solapa y parpusa en la cabeza, el primero de papel y la segunda de baratillo, entre ambos atavíos me habré gastado diez euros, comprados de buena mañana en un chino de los alrededores de la Plaza Mayor. «¡Precioso! ¡Precioso!», gritaba la china como una posesa. No sé si voy elegante como el Pichi o si más bien tengo la pinta de un guiri de la Costa Brava que se presentara en el Liceo con sombrero mexicano.

Calle de Alcalá arriba, quinientos metros antes de llegar a Las Ventas, en los bares no cabe un alfiler. Los aficionados a los toros los han tomado por asalto, los locales tienen las puertas abiertas para que la marabunta de clientes pueda tomar las cañas en el exterior. Arduo objetivo el de tomar cañas, ya que llegar a la barra para pedir una cerveza es tarea que requeriría la ayuda de un picador a caballo, a ver si pinchándoles en el lomo esa gente se echa a un lado.

Todos los bares y restaurantes de la zona llevan nombre taurino, y su decoración es inevitablemente monotemática: Los Timbales, El Ruedo, Berrocal, César, Puerta Grande... A mi alrededor se palpa la euforia de estar a punto de asistir a la corrida del Día de San Isidro, euforia que yo trato de impostar, que no se note que no tengo entrada y estoy de oyente. No hay pocas mujeres, lejos quedan los tiempos de Hemingway, cuando las escasas señoritas que entraban a una plaza de toros acababan desmayadas por la visión de la sangre; no parecen esas muchachas de las que se pierden el sentido por un toro apuntillado, ni siquiera por un torero empitonado, así de alegres y fortachonas veo a esas mocitas madrileñas, me estoy viniendo arriba. Yo deberé contentarme con experimentar esa sensación previa —que no es poco— y marcharme antes del clímax, lo que vendría a ser cumplir con los prolegómenos sexuales y abandonar la cama antes del orgasmo, tal vez sea por eso que a este festejo se lo llame corrida.

Aquí, uno que se queda sin corrida, estoy tentado de proclamar a los cuatro vientos, animado por las cañas que a estas alturas ya empiezan a dejarse notar. Un *toros interruptus*, ese soy yo. Me siento como los *hooligans* ingleses que cruzan Europa siguiendo a su equipo a pesar de no tener entrada, y a la hora del partido se encierran en un bar a beber cerveza y verlo por televisión. Ir hasta Barcelona para ver un Barça-Tottenham de la Champions League por televisión, ese es mi sino.

Consigo, sin ayuda de picadores ni banderilleros, un lugar en la barra de El Torete, con la esperanza de que a pesar de tal nombre nada tenga que ver con *Perros callejeros*, si he de morir, que sea por una cornada, no de un navajazo. Es, efectivamente un bar taurino, otro más. Lo llevan dos simpáticas sudamericanas.

—Una caña, por favor.

—Aquí tiene, cariño. ¿Qué, a los toros? —Mi parpusa y mi clavel surten efecto.

—¡Pues claro! —miento sin remordimiento.

Sin previo aviso y sin que yo me aperciba, sacan de algún lugar un bafle de tamaño más que respetable, lo colocan sobre la barra, justo a mi lado y, de sopetón, empieza a sonar a todo trapo «España cañí». Casi se me cae la caña.

—Perdone, no quería asustarle —se disculpa la camarera, aguantando la risa. Me obsequia con un par de banderillas, qué menos en El Torete.

Dos pichis de traje, corbata y clavel —auténtico en su caso— en el ojal, se colocan cerca de mí, imagino que a tomarse un sol y sombra antes de ir a su localidad.

—Por favor, pónganos dos tés negros y un par de dónuts —le dice una de ellos a la camarera, añadiendo al ver la cara de sorpresa de esta y de toda la concurrencia—: No sé si tomar eso queda bien para ir a los toros.

Siguen en El Torete los pasodobles a volumen de discoteca ibicenca de verano, y se van acumulando en la barra más aficionados a medida que nos acercamos a las siete. Cambio de bar. En El Ruedo, más cerca de Las Ventas, sirven los *gin-tonics* a siete euros. Cargaditos, como está mandado. Como para pedir un té

negro y un dónut. Me tengo que tomar la copa en la calle, tal es la muchedumbre, tantas son las ganas de toros después de dos años de pandemia.

Para alguien como yo, que solo había visto Las Ventas de niño, en un televisor en blanco y negro, la plaza es majestuosa. En sus alrededores se masca el ambiente festivo. Hay carpas del PP y de Vox repartiendo abanicos con las siglas del partido. Un cura de sotana departe con otro aficionado. Los conocidos se citan en la explanada frente a la plaza para ir juntos a sus localidades y se saludan con un «me alegro de verte, macho». La pijería viste de chulapo, ellos, y con mantón de manila, ellas. La alegría se contagia. Los toreros deben de estar ya en capilla, si es que se estila todavía lo de rezar antes de la faena, por ahí anda todavía el cura por si hace falta. Un puesto callejero vende todo tipo de *souvenirs*. Suena un organillo.

En Barcelona está el Liceo y aquí están Las Ventas, no es tanta la diferencia. En los dos templos, la gente con posibles se viste de gala y ocupa las mejores localidades, son espectadores que no van tanto a disfrutar del espectáculo como a dejarse ver. Algunos con su nueva esposa, otros con su querida, otros con amigos empresarios y casi todos en plena digestión de una buena comida y sobremesa en alguno de los mejores restaurantes de la ciudad. En ambos, Liceo y Las Ventas, los auténticos aficionados, los que saben de toros o de ópera pero no de ganar dinero, ocupan las localidades más alejadas. Les da igual porque ellos sí van a disfrutar del espectáculo. Gallinero en la ópera y andanada —así se llama— en los toros, allí se concentran los auténticos entendidos, los que no se pierden detalle de lo que sucede y son críticos cuando se tercia. No se sabe de ninguna soprano a la que le hayan cortado una oreja ni de un monosabio que haya entonado un aria, pero las similitudes son más de las que pueda creerse. No sé si en los tendidos te avisan, como hacen en la platea, de que apagues el sonido del móvil al empezar el espectáculo.

Antes de regresar a mi hotel decido dar una vuelta al exterior de la plaza. Recorro su perímetro para fijar en mi memoria su color ladrillo, su estructura, sus olores. Un par de veces me ofrecen

entradas de reventa, no consigo averiguar a qué precio.

—Pst, oiga, pollo, le vendo dos entradas. Muy bien situadas.

—Bueno, voy solo, no me interesa más que una. ¿A qué pre...?

No me da tiempo a terminar la pregunta, ya se ha dado la vuelta y sigue buscando quien necesite un par, han de ser un par, de localidades entre la muchedumbre, alegre y lozana, que se congrega en el exterior de Las Ventas. Igual tiene suerte y el cura se trae un monaguillo.

—Perdone, señor: ¿sabe usted si quedan entradas?

Es ahora un hombretón inmenso, de acento extranjero. No menos de metro ochenta de altura y, sobre todo, no menos de 130 kilos de peso. Piel aceitunada, traje marrón, pelo blanco, sudando a chorros. Con mi clavel y mi gorra de chulapo, me habrá tomado por alguien de la organización, es que estoy imponente, está mal que yo lo diga.

—Pues me parece que no, aunque por aquí hay quien las tiene de reventa. Perdone una pregunta: ¿de dónde es usted?

—De Egipto —responde mientras resopla y, con un pañuelo arrugado que lleva en la mano, se seca el sudor. ¿A dónde irá este hombre con ese traje a pleno sol?

Yo lamentándome por venir sin entrada desde Cataluña y los hay que han viajado desde el Próximo Oriente. El gigantón egipcio parece sacado de *Muerte en el Nilo*, Poirot lo incluiría en su lista de principales sospechosos.

Me despido del faraón deseándole suerte en su busca de entradas y enfilo el camino de vuelta al hotel. Al pasar frente a la taquilla, observo el cartel «Solo se venden entradas para el festejo del día». Por curiosidad, y comoquiera que no hay más de cuatro personas haciendo cola, me pongo en la fila. En un par de minutos me llega el turno.

—Perdone, ¿quedan entradas para hoy? —pregunto a la joven taquillera sin ninguna esperanza.

—Claro que sí. ¿Qué zona quiere? —responde ante mi sorpresa.

Tan por sorpresa me pilla que caigo en la cuenta de que no tengo ni idea de cómo se distribuyen los asientos en una plaza de

toros, yo solo entiendo de fútbol, y no creo que aquí se pueda solicitar un asiento en gol norte o en un córner. O sea que improviso.

—La más barata —digo, no tanto por ejercer de catalán y dejar bien alta nuestra fama de tacaños como porque recuerdo que la más barata que quedaba libre en la web era de 170 euros. De esta no me dejan volver a casa.

—Andanada.

—¿Anda, no queda nada? Me lo temía.

—Andanada del tendido 4. Localidad número 37.

—¿Cómo dice?

—Andanada, arriba del todo.

—Ah, pues bueno. ¿Cuánto es? —Sudores fríos en el cogote, quién tuviera a tiro al voluminoso egipcio para arrancarle el pañuelo de la mano.

—Cinco euros y medio.

—¿Perdone?

—Cinco euros y medio. —Suspirando. Se la ve convencida de estar atendiendo a un idiota que no se entera de nada de lo que le explican.

—Tenga, tenga los cinco euros. Una última pregunta: ¿por dónde tengo que entrar?

—Por la puerta grande.

No podía haber entrada más adecuada para alguien que acaba de ahorrarse 164,5 euros. No pregunto por qué razón hay localidades tan baratas, no pregunto tampoco por qué no aparecen en la web, no pregunto siquiera quién torea hoy. Al abandonar la taquilla veo que el egipcio está haciendo cola, un par de individuos por detrás de mí. Ya que es la única persona que conozco en toda la plaza, me acerco a comunicarle que tiene suerte, que quedan entradas, yo ya tengo la mía, mire, le digo, mostrándola como si fuera una oreja de morlaco ganada en buena lid. Se limita a asentir con la cabeza mientras sigue secándose el sudor. No sonríe, no ha sonreído ni un momento en ninguna de las dos ocasiones —breves — en que hemos intercambiado palabras, el gigantesco tipo se mantiene hierático como una esfinge de su país, si bien transpira

más que esta, hay que ver cómo aprieta hoy el dios Ra. Me despido de él cuando le falta poco para llegar a taquilla. Apenas hay cola. Al egipcio no le bastará con una sola entrada, ocupa un mínimo de dos localidades.

Me planto ante la puerta grande. La miro de arriba abajo, por aquí han salido a hombros los más grandes toreros de la historia. La cruzo.

Allá voy, san Isidro.

En la plaza: la gran familia y uno más

Tan barata le ha parecido la entrada al botifler que al entrar se permite el lujo de alquilar una almohadilla. Y empiezo a subir escaleras, que la andanada se halla al final. Las escaleras de una plaza de toros son un filtro, abajo se quedan quienes lo consideran un acto social, y a medida que uno sube, van quedando los entendidos. Con excepciones, por supuesto, yo mismo soy una de las más flagrantes. Al comienzo de las escaleras me saluda, es un decir, Soberano, un toro disecado que pesaba en su día —con todos los órganos en su interior en lugar del serrín que debe tener ahora — 560 kilos, de la ganadería Sánchez Fabrés, según el rótulo de la peana, algo bueno haría para que lo tengan aquí, cual toro mecánico en feria de pueblo. Resisto la tentación de montarlo.

Andanada, lo busco en el diccionario digital de la RAE, es el conjunto de disparos de los cañones de un barco, aunque también el conjunto de ataques o críticas negativas que se hacen contra alguien. Las dos definiciones parecen hacer referencia al carácter crítico de quienes ahí se sientan. Intentaré estar a la altura, insultando sin parar a toro, torero, picador, banderillero y familia real, si es que esta acude al palco que tiene reservado a perpetuidad en esta plaza.

Llego al final de las escaleras, accedo a la plaza por un vomitorio. A mis pies, la inmensidad de Las Ventas, a mi espalda, nada, no se puede subir más, estoy en lo más alto. Muestro mi entrada a un acomodador.

—Asiento 37. Le toca allí, a los pies de aquel señor. —Me orienta, señalando a un hombre de edad madura.

—Buenas tardes tenga. Me han dicho que debo ponerme a sus pies, así que aquí me tiene para lo que guste.

Se ríe. Me cuenta que está al llegar su mujer —«está en los

pasillos, charlando con las amigas, las mujeres, ya se sabe»— y que llevan los dos treinta y cinco años abonados a estas localidades. No se pierden una corrida.

—Faltamos en algunas solo cuando nació nuestro hijo y no teníamos con quién dejarlo —añade.

Van llegando más abonados de la andanada del tendido 4, todos se conocen. Nos presentamos, les confieso que es la primera vez que voy a los toros. Tanto da, al poco rato, estamos todos comiendo y bebiendo.

—Somos la peña taurina del colesterol —afirman, y para confirmarlo me pasan tortilla de patatas cortada a porciones, cada una sobre su trocito de pan; empanada de morcilla y cebolla caramelizada; fiambres; un montón de latas de cerveza y la inefable bota de vino, que no puede faltar en corrida alguna. Cada uno trae algo de comer o de beber (noto enseguida que en los toros no rige la ley seca del fútbol, no solo porque se puede entrar cualquier bebida, sino porque los coñacs y los *gin-tonics* se sirven a destajo en las barras que hay en cada piso), que comparten con el acomodador, quien se acerca a la que ha avistado la merendola. Y los toros, muy mansos, o eso me ha parecido entender de lo que comentan entre bocado y bocado.

El matrimonio que tengo justo detrás de mí, tres décadas y un lustro de abono los contemplan, ejercen de anfitriones. Ella —ha dejado la cháchara con las amigas al salir el primer toro— es tan entendida y critica —o más— que él:

—Eso no es un toro, es una cabra, mira cómo va brincando con las patas por delante.

Me hacen sentir como en casa, como un abonado más del tendido 10, que no será tan crítico como el 7, pero a condumio no hay quien le tosa.

—Dale otro trago a la bota, hombre —me gritan al tiempo que me la lanzan.

—¡Venga! —respondo tras cazarla al vuelo.

Llega con retraso el aficionado que ocupa el asiento a mi lado. Saluda a todo el mundo. Nos presentamos, me cuenta que acaba de llegar con el AVE, desde Sevilla, para ver la corrida, y que se va a

ir después del cuarto toro, para pillar el AVE de vuelta. Suele realizar este viaje varias veces durante las Fiestas de San Isidro, al parecer no tiene suficientes toros con la Feria de Sevilla, que se celebra unas semanas antes. Al saber de mi analfabetismo taurino, me inicia en los secretos de la fiesta, explicándome lo que va ocurriendo en la arena, que si ahora van abrir la puerta de toriles, que si aquellos son los subalternos, que si ese picador es el padre del torero, que si el sorteo de los toros va de tal forma... Con el segundo toro de la tarde, deja por un momento su labor pedagógica y un grito le sale del alma.

—¡Ese toro tiene menos fuerza que un gitano en un juicio!

Como deferencia al botifler que se encuentra entre el respetable, los toros de la ganadería del Parralejo que se lidian esta tarde se llaman Majadero, Zalamero, Congresista, Molinero, Histérico y Tragaperras, todos ellos nombres adecuados para que un catalán en Madrid no añore su terruño. A Majadero se le pondría ese nombre en honor a los lacistas que llevaron a Cataluña a la ruina económica y social; Zalamero, por la prensa catalana, que desdeñando sus obligaciones críticas se ha dedicado durante años a masajear a los anteriores, cuando no a animarles en sus delirios; Congresista hace honor a todos los diputados que prefieren contemporizar con los lacistas para no enojarlos; Molinero, así se apellida Justo, el creador de Radio Tele Taxi, arquetipo de tantos hijos de la inmigración que creyeron que el lacismo les consideraba como sus iguales, pero que en realidad fueron considerados siempre catalanes de segunda, es decir, charnegos; Histérico, como los miles de lacistas que no pasan a la siguiente fase del duelo y se niegan a reconocer que fueron engañados; y Tragaperras, la mejor definición que se ha hecho nunca del *procés*, una máquina sin fondo en la que echar dinero para que siempre saquen premio los mismos, es decir, los que la instalaron. Y saldrá todavía a la arena un sobrero, puesto que el Congresista, cuál si no, fue devuelto a corrales por manso, lo que confirma que efectivamente debía tan rimbombante nombre a la mayoría de los diputados del Congreso al tratar el asunto catalán. El sustituto no es otro que Lagrimoso, una bestia de casi seiscientos

kilos, supongo que llamado así por temor a que el torero se ponga a llorar nada más verlo aparecer, aunque lo más probable es que lleve tal nombre a raíz de las lágrimas derramadas por los lacistas de buena fe, que haberlos haylos, al descubrir que todo fue una farsa. Se queda sin saltar a la arena el segundo sobrero, Lodazal, que describe como nadie lo que es la actual política catalana.

—Mira qué largo es ese toro, qué bonito —comenta alguien a mi izquierda mientras me pasa un pedazo de empanadilla.

—Ese todavía no está listo —dicen al cabo de un rato.

—Fíjate cómo embiste con el pitón derecho bajo —me alertan después.

—El manso va a morir siempre a tablas —me hace notar mi vecino sevillano. Interpreto que eso será solamente en los toros, porque en política el manso huye a Waterloo.

Poco a poco me adentro en los secretos de la fiesta gracias a los amables vecinos de localidad. Derriban todos ellos el tópico del aficionado taurino de derechas y clase alta, no me hace falta preguntar para saber que estoy entre gente trabajadora que ahorra para venir a los toros, que además entiende de toros y que han constituido aquí una segunda familia, en la que comparten penas y alegrías. Y sobre todo, comida y bebida. Meses después, todavía nos escribimos de vez en cuando.

Me lanzan de nuevo la bota, más una lata de cerveza para acompañar al vino, como si me hubieran leído la mente. En medio del silencio que se escucha —porque hay veces en que se oye el sonido del silencio, hicieron de ello un éxito Simon & Garfunkel— cuando el diestro entra a matar, se me ocurre que sí, que he hecho bien en desactivar el sonido del móvil aunque aquí no lo avisen como en el Liceo, sería un mal momento para que sonara una alarma. «Torero corneado porque sonó un móvil y se despistó», titularían los periódicos al día siguiente.

En esos pensamientos estoy cuando —sin que suene móvil alguno— uno de los toros voltea a Ginés Marín. Se levanta presto entre los aplausos del público, está escrito en el libro de estilo del toreo que el diestro cogido debe levantarse con cara de decir «¿Qué pasa?», a la vez que saca morros y desafía al toro. Sigue toreando

Marín y algo no me cuadra, que yo he visto muchos partidos de fútbol. Envalentonado por las latas de cerveza que me he bajado y los tragos que le he echado a la bota, me doy la vuelta con gracia torera y suelto a mis compañeros de tendido:

—Yo de toros no entenderé, pero de fútbol sí. Y ese torero cojea.

Escepticismo en las caras, qué va a saber ese novato. Hasta que alguien hace notar que, efectivamente, a Ginés Marín se le va extendiendo una mancha grana en el muslo. Al poco, la cojera del torero es ya indisimulable y la sangre, extendiéndose, le ocupa media pierna. Termina Ginés la faena como buenamente puede, pero ya no saldrá a torear a su segundo. Noto sobre mí las miradas de admiración de los aficionados cercanos, de esta salgo por la puerta grande y le pongo un cortijo a mi madre.

—Traigan acá esa bota. —Más que pedir, ordeno, animado. El pulso ya no es el mismo que al principio y me mancho la chaqueta, qué más da—. Y no se preocupen, que para todas las enfermedades hay remedio, excepto para la última. Pues con las cogidas, lo mismo —añado después de unos tragos, sumando saberes de medicina a mi currículum.

Ginés Marín, por cierto —reflexiono después de largos tragos, hay que ver lo que ilumina el tintorro—, debe ser un torero vegano, a tenor del vestuario hortícola de sus subalternos: el picador viste de pistacho y oro; un banderillero, de caña y azabache, y otro, de berenjena y plata. Toda la huerta en la arena de Las Ventas. Peor es lo del banderillero de Curro Díaz —otro de los toreros de la tarde—, que va de azul azafata y azabache, la de bromas que tendrá que aguantar en un mundo tan masculino cono el de los toros:

—Pst, oiga, señorita, tráigame un güisquito, que los viajes en avión me marean.

A la muerte del cuarto toro, como si fuera Cenicienta en el baile de gala, se marcha mi saleroso vecino sevillano, antes de que el AVE se le convierta en calabaza y no pueda regresar a su Sevilla. El resto seguimos comiendo, bebiendo y disfrutando de los toros, será por eso que se lo llama fiesta. Algunos aficionados se

impacientan con Álvaro Lorenzo —el tercer torero del cartel— porque no le da muerte a su segundo y se lo reclaman a gritos. Uno de mis vecinos, un estoico que viste chaqueta de chándal de la Selección Española de fútbol y que apenas ha abierto boca en toda la tarde como no haya sido para comer tortilla, les dedica una frase que vale igual para los toros que para la vida:

—A los toros se viene sin prisa, se sabe cuándo se entra pero no se sabe cuándo se sale.

Consejo, ese de no tener prisa, que deberían haber tenido en cuenta los políticos catalanes antes de organizar un referéndum ilegal, y eso que nos hubiéramos ahorrado todos, ellos los primeros. Por desgracia, ya no hay en Cataluña corridas de toros donde aprender tan importantes lecciones. Y falta vergüenza torera para admitir los fracasos.

La verdad es que sin prisa, pero se sale, de la plaza siempre se acaba saliendo. Tras la tarde taurina y después de despedirme de mi familia de adopción, regreso a los bares de la zona, algo me lleva siempre a los bares, ese es mi sino. En El Ruedo («Retro music-Tu Mahou bien fría», se puede leer en el toldo, lo que son dos buenas razones para entrar) se juntan aficionados que discuten sobre la corrida. Además de llevar dentro un seleccionador de fútbol, cada español lleva también un matador en potencia, y si a mi derecha un parroquiano ejecuta unos naturales como diciendo «así es como se hace, y no lo que hemos visto hoy», más al fondo unos aficionados están de acuerdo en que esta tarde las orejas han estado muy baratas, «como casi siempre últimamente». En lenguaje futbolístico se dice «es que hoy, apenas rozan a un delantero, el árbitro pita falta, eso ni es fútbol ni es *na*».

Conozco a más de un lacista aficionado a los toros. Una lástima no haber coincidido hoy en Las Ventas con alguno de ellos, a poder ser con alguno de los que ostenta cargo oficial. Algunos organizan excursiones al sur de Francia, a poblaciones como Nimes o Céret, donde los toros son una tradición, además de ancestral, tan catalana que en la corrida, en lugar de pasodobles tocan sardanas —y no cualquiera, una de tan arraigada y adoptada por el catalanismo como «La Santa Espina», supongo que elegida porque

de pinchazos va la cosa— e incluso «Els Segadors». Prohíben los toros en Cataluña pero no los *correbous*, que son más crueles, y además se saltan la prohibición viajando hasta el sur de Francia para ver corridas, lo que vendría a ser prohibir el adulterio y buscarse una (o un) amante en Francia, para sacar el cuerpo de penas, que el matrimonio acaba aburriendo. Tal vez aquí, en Madrid, sorprendan esas actitudes hipócritas, pero para los que vivimos en Cataluña no hay sorpresa, al fin y al cabo, el *procés* no fue otra cosa que engañar a un montón de gente para que unos cuantos siguieran haciendo de su vida una fiesta con música patriótica. Por si no fueran suficientes semejanzas, nos convencieron de que el *procés* era algo tan épico como una corrida de José Tomás, y no llegó a espectáculo del Bombero Torero.

El verano también es nuestro

En Madrid, el botifler se encuentra más lejos de la playa de lo que lo ha estado en toda su vida. A pesar de ello, o precisamente por ello, coincidiendo con su estadía en la capital, el Ministerio de Igualdad ha lanzado una campaña en favor de... de no se sabe qué, supongo que será de la igualdad, de qué iba a ser si no, en la que se ve un grupo de señoras gordas disfrutando de la playa, bajo el lema «El verano también es nuestro». En Cataluña estamos habituados a ese tipo de lemas, por algo los lacistas nos bombardearon durante meses con un «*Els carrers seran sempre nostres*» (Las calles serán siempre nuestras), que invitaba cortésmente a quienes no compartíamos sus ideas a quedarnos encerrados en casa, para no molestar. Al tener frescos esos antecedentes, supongo que la ministra intenta que la playa sea solamente para señoras con excedente de arrobas, con lo que ya sería la segunda vez que me invitan a quedarme en casa.

Me informan más tarde —en Madrid uno encuentra siempre a alguien que le informa de lo que sea— que no, que lo que intenta la señora ministra —aquí en Madrid empiezan a llamarla la «menestra»— con ese cartel es que las gordas, las que no se depilan —también aparecen en el cartel sobacos tupidos como selva amazónica— y las feas en general vayan libremente a la playa.

—¿Es que hasta ahora no podían ir?

Pues no lo sé, supongo que no. Como forastero, uno ignoraba que en Madrid la gente —digamos— poco agraciada tenía vetado el acceso a piscinas y playas, ni que sean playas en pantanos, que es lo que aquí se lleva, así que la ministra pretende poner fin a tamaña discriminación. Ignoro si en el transporte público rige también ese tipo de segregación, similar al de Estados Unidos hasta bien entrado el siglo XX con la gente de color, y existen asientos

destinados exclusivamente a feas con ganas, gordas, sobre todo, en la parte trasera del vehículo. O si en los establecimientos públicos hay baños para gordas como los había para negros en Tennessee, he de pensar que sí, o no tendría sentido la campaña gubernamental que quiere terminar con todo eso. Voy a fijarme en cuanto coja un autobús. ¿Aparecerá un día una Rosa Parks entrada en carnes que se negará a ser discriminada y ocupará no uno, sino dos asientos a la vez, en la parte delantera de un interurbano?

Lo bueno de las campañas ideadas por Irene Montero es que, debido a su proverbial facilidad de expresión y elaborado lenguaje, no hace falta más que preguntarle por el objetivo de las mismas, para que nos saque de dudas.

—Pues claro, tía, jo, es guay, una campaña guay, me explico, o sea, el verano es nuestro, igualdad y tal, y venga *p'alante* las mujeres, qué *fuerrrrte*. Y superguay además, de verdad te lo digo.

Aclarado queda, por tanto. De todas formas, por mi experiencia personal deduzco que algo no termina de funcionar en la campaña de la ministra de Igualdad. Imbuido del espíritu de los carteles y aprovechando que el día ha amanecido caluroso y soleado, he acudido a la piscina municipal y me he dirigido a una señora —la he elegido a propósito con no menos de ochenta kilos de peso, así a ojo—, diciéndole amablemente que no pasa nada, que a pesar de su evidente sobrepeso puede venir a tomar el sol y a bañarse, que la piscina es también para gente como ella. A pesar de mi exquisita educación, la señora se ha cagado en mis muertos. En cuanto ha levantado la mano para pegarme, he observado que llevaba el sobaco perfectamente rasurado, con lo que no entra en los parámetros de la ministra, que en playas y piscinas las quiere, además de gordas, viejas y feas, peludas, según se deduce del famoso cartel. Eso explica la violencia con la que ha respondido a mi respetuosa bienvenida, estaría ofendida con una campaña que no la tiene en cuenta por ir depilada.

Hay que reconocer que no es fácil encajar en los parámetros de la ministra Montero, hace unos meses instaba a las mujeres a regresar a casa solas y borrachas, afortunadamente todas sus campañas tienen el mismo y nulo éxito. No quiero ni imaginar

cómo habría sido cada día mi regreso a casa desde el trabajo —suelo salir de la redacción a altas horas de la noche—, esquivando señoras solitarias que andarían haciendo eses y agarrándose a las farolas para no caer.

—Tío, jo, es que las tías tenemos no sé, derechos, ¿no?, es muy fuerte y tal, tío.

A los forasteros, y más a los que vivimos cerca de la costa, nos sorprenden estas campañas destinadas a que gordas, viejas, peludas y feas en general puedan hacerse suyo el verano, puesto que llevamos toda la vida viéndolas en la playa, no pocas veces en nuestra compañía, ya sea como madres, como amigas o como cónyuges, sin que nunca se les haya vetado el acceso ni hayan sido objeto de comentarios procaces. Debe ser que en Madrid, al estar tan alejados del mar, desconocen que hace siglos que nadie se ríe de nadie por un michelín de más.

—Jo, ¿cómo te pasas, no? Superfuerte, tío, qué supermal.

O tal vez sea que había un amigo o amiga de la ministra necesitado/a, a quien encargar una campaña como esa, que unos dineros de los presupuestos siempre vienen bien para sacar el estómago de penas. No seré yo quien se escandalice si ese fuera el motivo, todo lo contrario, es un motivo tan catalán que, de ser este, ayudaría a que me sintiera en Madrid como en casa. En Cataluña, los diseñadores y publicistas lacistas son quienes se llevan los contratos para campañas absurdas —absurdas para quien desconoce que el objetivo es precisamente darle dinero al responsable—, la propia presidenta del Parlament, Laura Borràs, fue apartada de su cargo porque la Fiscalía sostenía que eso —fraccionar contratos para adjudicarlos a dedo— es lo que hacía en favor de un amiguete cuando dirigía la Institució de les Lletres Catalanes. De hecho, una institución así denominada parece creada exprofeso para ese único fin, hay entidades que parecen llevar colgado en su propio nombre un cartel que dice «Disponed como queráis de mi dinero».

—¡Uala! O sea, qué pasada, ¿no? Yo siempre lo he dicho: hay cosas fuertes y cosas superfuertes, se trata de distinguirlas, tía, o sea, y tal.

En Madrid, a falta de lacistas, seguro que la ministra cuenta con algún colectivo al que ayudar, sean feministas, animalistas, ciclistas, ecologistas o familiares. Cosas así son las que cohesionan España como nación, ese encontrar siempre un chanchullo para beneficiar a quien corresponda es algo tan tradicional e hispánico como la siesta, y echa por tierra las teorías de quienes sostienen que en este país existen culturas distintas. Serán distintas en los métodos, pero en todas partes persiguen lo mismo. Mientras haya políticos dispuestos a gastarse el dinero público en idioteces para que unos pocos puedan trincar, nadie en el mundo podrá negarle a España el carácter de nación cohesionada.

Las fotos de las modelos que aparecen en la campaña fueron utilizadas sin el consentimiento de las protagonistas, lo cual refuerza todavía con más énfasis la existencia de un carácter netamente español. Algunas fueron incluso retocadas, como la de una modelo que en la realidad tiene una pierna ortopédica y es, por tanto, un ejemplo de superación. Gracias al Photoshop, en el cartel ostenta su sobrepeso natural —faltaría más—, pero se le ha sustituido la prótesis por una pierna de verdad, que luce más bonita. El mensaje de la campaña adquiere así un tono levemente distinto: el verano es vuestro si sois gordas, feas o sin depilar, pero si os falta una pierna, entonces no, mejor quedaros en casa, hasta ahí podríamos llegar, que vuestra visión en la playa puede ofender a los veraneantes.

—Jo, tía, y yo cómo iba a saberlo, o sea, tía, qué fuerte. Eso es heteropatriarcado. O no, yo qué sé, tía.

Para disipar cualquier duda respecto al carácter uniforme de España, la campaña debería repetirse cada verano, igual que hace la ANC con la suya de movilización del 11 de Septiembre. La ANC ha ideado un chollo para ganar dinero gracias al sistema de convencer a los lacistas crédulos —valga la redundancia— de que acudan cada año a la manifestación con una camiseta oficial, distinta en cada ocasión, que suministra y vende, por supuesto, la propia ANC. Ni siquiera esconden que es una estratagema para ganar dinero, yo mismo asistí a un mitin en el cual su entonces presidente, Jordi Sànchez, animaba a los asistentes a comprar la

camiseta cada año, «ya que es una manera que tenemos de conseguir recursos». No dijo en qué se invierten esos recursos, se supone que en garantizar la vida sin trabajar de tantos lacistas que encontraron en el *procés* su *modus vivendi*. Como está mandado.

La campaña «El verano también es nuestro» no está mal, sus buenos dineros habrá pescado alguien, pero se nota que la Montero lleva poco tiempo en esto. En Cataluña hay auténticos profesionales, que llevan décadas esquilmando sin tregua y gastando en idioteces, que podrían asesorarla. ¿Cómo vamos a comparar una campaña playera, por estúpida que sea, con abrir periódicamente «embajadas» catalanas en todo el mundo? ¿O con pagar 35 millones de una tacada a unos señores que le venden al Governet catalán mascarillas de la china? ¿O con los diputados catalanes acusados de desviar fondos de diversas ONG a sus bolsillos? ¿O, en fin, con la máquina de hacer pasta que fue el famoso *procés*? Irene Montero va por el buen camino, se la ve capacitada para gastar dinero a espuertas sin que sirva para nada —excepto, como queda dicho, para que trinquen los de siempre—, pero no es suficiente poseer este don innato, hay que trabajarlo y perfeccionarlo, un presupuesto de quinientos millones como el que tiene su ministerio no puede malgastarse en un par de burradas al año. Por lo menos deberían bastar para una docena de burradas. Y para soltar dinero a un montón de gente.

Sin embargo, hay que reconocer que «El verano también es nuestro» ha conseguido que donde no había un problema, lo haya, que es lo primero que se enseña en el manual del buen político español. Si hasta ahora gordas, peludas, viejas, feas y contrahechas iban sin problema a la playa, a partir de ahora el cachondeo estará servido, que menudo país es España para eso.

—¡Mira esa, se habrá escapado del cartel de la ministra!

Exilio con final feliz, gentileza de Miquel Iceta

El botifler no es el único catalán viviendo en Madrid, por aquí anda también Miquel Iceta, capitoste del PSC desde que tengo uso de razón. De ser el jefe de la oposición en Cataluña, Iceta pasó a ministro de Cultura y Deporte, un ministerio que se parece más a un oxímoron cuanto más oye uno hablar a los deportistas. La función de Iceta en el Ejecutivo es sobre todo la de aprovechar su origen catalán para ejercer de puente entre el Gobierno español y el Governet catalán, pero como por el momento no existe un ministerio con tal nombre, se ha tenido que conformar con Cultura y Deporte.

Dicen de Iceta que es un tipo inteligente, hábil negociador y con mucha mano izquierda. La izquierda no se la conozco, pero la derecha sí, de encajársela hace años al saludarle al entrevistarlo, y puedo asegurar que si su fuerza negociadora es similar a la que ejerce estrechando la mano, mal vamos: por un momento pensé que en lugar de saludarme, me había puesto una bayeta en la mano, así de floja y blanda era la suya, estuve en un tris de llevármela a casa para secar cacharros.

El Gobierno español da periódicamente muestras —de palabra o con algún gesto— de querer solucionar el llamado «conflicto catalán». Uno ignora por completo cuál es ese conflicto, pero tan interiorizada está la expresión que el propio niño barbudo que preside la Generalitat, Pere Aragonès, se pone solemne a veces y advierte de que si la negociación con el Gobierno español no da los frutos deseados, no se va a resolver el «conflicto catalán». Si Pedro Sánchez pisara más Cataluña, su respuesta estaría clara:

—¿De qué conflicto habla usted?

Porque en Cataluña el único conflicto deben de tenerlo quienes están pendientes de juicio o están en el extranjero huidos

de la justicia. Es, como si dijéramos, un conflicto unilateral, que en nada afecta a España. Quiere decirse con ello que a Pedro Sánchez le debería importar un bledo el «conflicto catalán». O sea que la segunda pregunta que hacerle al niño barbudo cuando le visita —después de ofrecerle unas chuches de cortesía— debería ser:

—Y si no me da la gana de resolver su conflicto, ¿qué piensa hacer?

—Errrr, pues seguir insistiendo en que hay un conflicto —no tendría otro remedio que responder Aragonès, mientras se come otra gominola.

Si lo que existe actualmente entre Cataluña y España es un conflicto, firmo donde sea para que haya conflicto por siempre, ya que más allá de escenificar alguna rabieta esporádica, poco más puede hacer la Generalitat. El problema de Sánchez es que no conoce Cataluña, debería hacer como yo pero al revés, e irse a pasar un par de meses de incógnito a Barcelona. Se daría cuenta de que los ciudadanos de a pie no tienen constancia del supuesto «conflicto catalán», que habita solo en las mentes de quienes encontraron en el *procés* su forma de vida. En lugar de eso, lo que hace Sánchez es delegar en Iceta, por catalán, pero tengo para mí que Iceta pasa demasiado tiempo en Madrid y también ha llegado a creerse que hay un «conflicto catalán» por solucionar. Conflicto es lo que existía en el País Vasco en los tiempos de ETA, cuando no podías andar tranquilo por la calle, que al menor despiste te colocaban una bala en la nuca o una bomba en el coche. En Cataluña, en lugar de conflicto hay unos señores que aseguran que hay conflicto. El conflicto catalán es como el hombre del saco, nos hablan de él para meternos el miedo en el cuerpo, pero nadie lo ha visto jamás. Va siendo hora de que nos hagamos adultos y dejemos de preocuparnos de lo que no existe. Una vez en racha, Sánchez debería continuar haciendo preguntas al emisario del conflictivo pueblo catalán:

—¿Y si no me da la gana de desjudicializar la política ni de que regresen a España los que se fugaron?

—Estooo, protestaremos —responderá Aragonès dando un sorbo a la Fanta Naranja que, también como cortesía, le han

ofrecido en la Moncloa.

Desjudicializar la política es otra expresión tan peculiar como «conflicto catalán». Al parecer, se trata de no juzgar a los políticos, a los catalanes especialmente, que son quienes más tendencia muestran en delinquir. Hay solo dos maneras de desjudicializar la política: o bien los políticos dejan de delinquir, o bien se les deja delinquir. Doy por seguro que de lo que se trata es de aplicar la segunda solución, para la primera no hace falta contar con la aquiescencia del Gobierno español. Además, es ontológicamente imposible, ¿cómo iba a dejar de delinquir un político catalán?

Si Pedro Sánchez concede esa gracia para solucionar el «conflicto catalán», habrá que preguntarle si la patente de corso afectará solo a los políticos catalanes o a los catalanes en general. Sería interesante saber si, por el mero hecho de ser catalanes —aunque no ejerzamos de políticos—, también nos va a estar permitido cometer todo tipo de delitos sin que la justicia pueda meternos mano, qué digo meternos mano, ni llamarnos siquiera la atención. Si por casualidad algún juez con exceso de celo imputara a un ciudadano catalán por robo, por atentado o por corrupción de menores, incluso en el caso de haber sido pillado *in fraganti* en la cama con un niño de teta, el acusado podría argüir que es catalán.

—Señoría, le advierto que si no me suelta, no se va a resolver el conflicto catalán.

Si hay que desjudicializar, mejor no hacerlo solamente con la política y ampliarlo al resto de las profesiones, que se vea que todos somos iguales ante la ley. Si puede delinquir un diputado, con la vida resuelta y un sueldazo cada mes, con más motivo puede hacerlo el lechero, el cartero, el policía, el sepulturero y todo hijo de vecino.

Iceta, que se ha tomado en serio lo de ejercer de puente, o quizás esté ejerciendo simplemente de poli bueno, ha invitado al Vivales y a los políticos catalanes que siguen huidos de la justicia pero a los cuales ni siquiera nombra —como el resto de los catalanes, se contenta con un abstracto «los demás», quién sabe si hay algún otro, ya nadie se acuerda— a regresar a España, «y después ya seremos capaces entre todos de encontrar soluciones

felices». Es enternecedor ver a un ministro proponiendo una solución feliz, es decir, un final feliz, como si en lugar de un ministerio regentara una peluquería china. Antaño, los ministros se limitaban a proponer soluciones sensatas, o prácticas, o legales, o de compromiso. Hoy, un ministro le promete al Vivales un final feliz en caso de regresar, que lleva muchos años en Waterloo con la misma compañía de Comín y Valtònyc, más las esporádicas visitas de Matamala.

Lo que parecía una *boutade* de Iceta ha provocado movimientos entre los prófugos, y a las pocas semanas de conocerse la posibilidad de un final feliz, no solo el Vivales, también la siempre llorica Marta Rovira —he aquí otra fugada de esas de las que ya nadie recuerda ni el nombre ni la cara ni el porqué de su fuga— ha dado muestras de querer regresar. No habrá sido solamente la promesa de un final feliz —aunque habrá pesado lo suyo, la carne es débil—, habrá sido clave también la certeza de que los que se fueron van cayendo inevitablemente en el olvido, y eso no se digiere fácil. De regresar ahora, tal vez alguien recuerde aún quiénes fueron —estoy pensando en familiares directos y amigos íntimos, y no todos— y algún homenaje puede caerles en pueblecitos de la Cataluña profunda, quizás una charla en el hogar del jubilado, tal vez alguna entrevista en un periódico comarcal, pero en poco tiempo ya no serían nadie, más vale aprovechar ahora.

Según algunas filtraciones publicadas en la prensa, el propio Gobierno español se está preparando ya para la posibilidad de este regreso, y es de suponer que también para cumplir con la promesa de Iceta de ofrecerles un final feliz, no van a dejar en la estacada a un ministro que ha empeñado la palabra.

Anna Gabriel y Meritxell Serret, que al parecer eran dos de las que se fueron del país —y recalco «al parecer» porque, como digo, sus nombres y sus caras han quedado difuminados—, ya regresaron y el juez las puso en libertad, qué iba a hacer si no tenía nada contra ellas y se marcharon porque quisieron. No ha trascendido si a su regreso fueron obsequiadas con un final feliz, de hecho el propósito de Iceta en este sentido se hizo público con

posterioridad. Habrá que preguntarle en comparecencia parlamentaria si el final feliz tiene efecto retroactivo.

La gran incógnita es si la promesa de final feliz será suficiente para lograr que el Vivales abandone la buena vida que lleva en Waterloo. No es solo que ha logrado encontrar la forma de vivir —y muy bien— sin trabajar, es que hay todavía algunos feligreses que ven en él al sumo sacerdote de la republiqueta y acuden a la mansión de Waterloo a agasajarle con su presencia. Agasajarle es la expresión correcta, puesto que a los megalómanos como el Vivales les basta con que alguien les visite y les trate con deferencia, para seguir creyendo que son alguien y sentirse agasajados. ¿Abandonará esta plácida existencia que tanto engorda su ego a cambio de la promesa abstracta de un final feliz? Habrá que verlo. Tentaciones tendrá sin duda porque, aunque se creía inmune al olvido, ya son muchos los catalanes que le han borrado de su memoria, como a todo el *procés* en general.

Antes de tomar una decisión deberán establecerse negociaciones discretas —enviados de cada bando citándose clandestinamente en algún hotel centroeuropeo, en Viena a poder ser— en las que se concrete el tipo de final feliz al que se refiere Iceta. Cualquier usuario de peluquerías chinas sabe que existen muy diversos tipos del mismo.

El Palace de Raül Romeva y Duran i Lleida

El botifler ha captado a la primera que el catalán que va a Madrid por cuestiones de trabajo debe regalarse algunos lujos. Un catalán no ejerce de auténtico catalán si no gasta en caprichos, el tópico del catalán tacaño es solo en relación con los demás, pero lo que no suelta para que se aprovechen otros se lo guarda para el propio disfrute. En el resto de España nunca han entendido cosa tan sencilla, y siguen creyendo que un catalán ahorra hasta el último euro. Falso: lo ahorra de lo que podría donar a los demás, para gastárselo en sí mismo.

Lo sabía bien Duran i Lleida, dirigente nacionalista que durante años fue ejemplo para todos los catalanes, alojándose en el hotel Palace, cinco estrellas, en lugar de en algún hotelucho o pensión de los que tanto abundan en Madrid. Duran, además, ni siquiera pagaba él las facturas, sino que las mandaba al partido, supongo que a Convergència i Unió, él era el líder de Unió, pero para qué sirven las coaliciones políticas si no es para repartirse a escote los gastos de sus dirigentes.

Recientemente he tenido ocasión de conversar con un diputado socialista de mi circunscripción, Girona, y me aseguró que los días que pernocta en Madrid lo hace en un hotelito de una estrella, casi una pensión. Incluso llegó a darme el nombre del establecimiento, por si me apetecía alojarme allí. No sé por quién me habrá tomado este diputado, le perdono la ofensa porque es joven y todavía no sabe que a Madrid se va a gastar, y más en su caso, que paga el partido. Uno no se presenta a unas elecciones generales para acabar viajando como un representante comercial. Ya aprenderá. Le di las gracias y simulé que tomaba buena nota de su hotelito. Todo mentira.

—Diles que vas de mi parte, que te van a tratar muy bien.

—Así lo haré —mentí, mientras pensaba «¡Anda ya!».

Mi ejemplo será siempre Duran i Lleida, que no solamente no se avergonzaba de residir en un hotel de cinco estrellas a cuenta de los presupuestos —todos los partidos políticos viven de los presupuestos generales—, sino que, con ocasión de un reportaje en la prensa, se dejó fotografiar en su *suite* —puesto que no se conformaba con una habitación, tenía que vivir en una *suite*—, como diciendo «ahí me las den todas». La imagen de Duran i Lleida leyendo la prensa como un marqués, a la hora del desayuno, en una *suite* del Palace fue la comidilla durante meses. Le faltó solo salir en batín de seda con las iniciales del partido en la pechera.

—¿Has visto las fotos de Duran? Vaya jeta tiene el tío. —Era el comienzo de toda conversación en aquellos tiempos.

Que nadie crea que a él le importó un mísero bledo lo que pudieran pensar o comentar sus electores, todo lo contrario, solicitaría al servicio de habitaciones una botella de champán para celebrarlo. Realizó unas declaraciones en las que, por arte de birlibirloque, venía a demostrar que le salía más a cuenta alojarse en el Palace que ir y venir cada día de Barcelona a Madrid y viceversa. O sea, que encima ahorraba. Lo de alojarse en un hotelito modesto, por supuesto, ni siquiera se le pasó por la cabeza, uno no se mete a político para ahorrar, para eso se hace uno representante de hilaturas. Como asegura alguien en algún momento de *Los tres días del cóndor*, el dinero que no es de nadie es de todos. Así que toca aprovecharlo, y algunos, como Duran, tienen especial destreza en ello.

No fue el primero Duran en descubrir las comodidades del Palace madrileño. El escritor y periodista gallego Julio Camba estuvo viviendo en una de sus habitaciones durante los últimos trece años de su vida. De gorra, además. Cuentan que le pagaba las facturas Juan March, financiero, entre otras cosas, del golpe de Estado de Francisco Franco. Si sería hombre precavido Julio Camba que murió poco después de que lo hiciera su mecenas, March, como diciendo «ya que a partir de ahora no tengo quien me financie aquí la estancia, me largo al otro mundo con quien me la pagaba». A saber si en el cielo le sigue sacando los cuartos al

banquero, capaz es.

Voy al Palace con esos antecedentes bien presentes. Entrar en ese hotel es como cruzar el túnel del tiempo. Moqueta, hilo musical con música clásica, una enorme araña colgando del techo y camareros que atienden en susurros. El bar principal, denominado La Rotonda, es eso, una rotonda, aunque no como las de las carreteras de mi provincia, la mayoría de las cuales gozan a su vera de una señorita con poca ropa, sentada en una silla plegable. Sobra decir que aquí no las hay.

Son las diez de la noche, apenas unas mesas ocupadas, intuyo que de clientes del hotel. Se me dirige un camarero de chaqueta blanca almidonada, de los de antes, de cuando inauguraron el hotel, hará más de un siglo. Levanto la vista para hablarle y casi caigo del butacón, impide el accidente que el asiento sea de los que hunden a uno en ellos hasta la rabadilla: el camarero es Raül Romeva, o alguien que se le parece como una gota de agua a otra. No sabía yo que las cosas estuvieran económicamente tan mal para quienes lideraron el *procés*. Uno ya suponía que, una vez inhabilitados, esas gentes tendrían que ganarse buenamente la vida, pero no hasta el punto de terminar sirviendo en un hotel al lado del Congreso. Tal vez el pobre añora sus días de diputado y está aquí mientras no sale una plaza en el bar del propio Congreso. O quizás no es el Romeva auténtico, sino alguien que guarda con este un parecido asombroso. Podría bien serlo, estamos en Madrid y Romeva era madrileño, uno de esos madrileños que pensaron que el *procés* iba en serio, es lo que le sucede al que llega de fuera, que no acaba de entender que el carácter catalán no está hecho para revoluciones de ningún tipo, que todo es de boquilla. Pobre Romeva, sea o no sea él.

—¿Qué va a tomar el señor? —me interroga educadamente el Romeva fámulo.

Le preguntaría que si ha venido a trabajar en bicicleta como buen ecologista, que si ya ha asumido que le engañaron vilmente o sigue en la inopia, que si aprendió algo sobre democracia en la cárcel, que si ahora nucleares sí o todavía no, gracias, que cada cuándo se afeita la cabeza, en fin, las cosas que a uno le interesan

de Romeva. Reprimo mi curiosidad.

Me tomaría una caña, he venido con ganas de refrescar el gaznate, hay que ver el calor que hace en la noche veraniega de Madrid. Por otra parte, uno no se sienta en el bar del Palace para tomarse una caña, el espíritu de Julio Camba descendería para abofetearme. No así el de Duran i Lleida, al cual le daría pereza bajar desde la *suite*, en todo caso mandaría a un sirviente.

—Tráigame una copa de vino —respondo con toda firmeza. Eso es lo que en las películas toma la gente de mundo que recala en hoteles de categoría. En las películas españolas, porque en las americanas piden un whisky.

—¿Un rioja o un ribera del Duero?

Romeva se ha propuesto no dejarme en paz, yo qué sé, lo primero que pille, no los distingo.

—Un ribera, por supuesto. —Otra vez con total seguridad.

Inclinación de cerviz al marcharse, como mandan los cánones de la servidumbre. Empiezo a entender a Duran i Lleida. Uno viene al Palace a tomar una copa de vino y le entran ganas de quedarse a vivir para siempre, lo que daría yo por conseguir mi propio Juan March.

Regresa Romeva con el vino, vierte un poco en la copa, espera mi asentimiento, no hace mucho he visto por televisión un reportaje en el que Pitu Roca, el sumiller de los tres hermanos Roca, muestra que para catar un vino lo primero es remover la copa y meter en ella toda la nariz para captar los aromas. Así lo hago, lo que me vale la sonrisa cómplice de Romeva, satisfecho de encontrarse ante un experto. Me lo acerco después a los labios —al vino, no al camarero— y asiento con la cabeza, un leve gesto es suficiente entre entendidos.

Copa de ribera del Duero, unos canapés cortesía de la casa, y sonando *Las cuatro estaciones,* de Vivaldi, como música ambiental, diría que *La primavera*, no lo podría jurar, entiendo tanto de música clásica como de vinos y de camareros. No sé todavía seguro si se trata del auténtico Romeva, el mismo que se cambió el nombre para ponerle la diéresis catalana, Raül, con la vana esperanza de ser aceptado como catalán, qué poco los conoce. El

vino está exquisito, Duran sabía lo que se llevaba entre manos, no digamos Camba, que encima no pagaba.

Le pido la cuenta a Romeva. Nueve euros la copa, y yo no tengo todavía un March a mi disposición. Aun así, tal es la tranquilidad de espíritu que reina en este salón que —sin palabras, solo con un gesto, leve como el vuelo de una mariposa— le indico al camarero que me sirva otra copa. Voy a gastarme 18 euros pero tengo la sensación de estar en paz con el mundo. Sigue Vivaldi sonando, igual es Chopin, yo qué sé, el vino está bueno.

Salgo del Palace con bastante menos dinero y sin embargo habiendo decidido regresar cada noche a él mientras dure mi estancia en Madrid. Si hay que ahorrar, decido eufórico una vez en la calle, dejo de comer durante el día, pero la copa nocturna no me la quita nadie.

Dos días después de mi debut, regreso al sitio de autos. Entro ya con la seguridad de quien se sabe en un lugar que es ya un poco suyo. Me siento, se acerca el mismo camarero, el indómito Romeva. Antes de que yo pueda siquiera abrir la boca, se adelanta.

—¿El señor va a tomar un ribera, como el otro día?

Un camarero profesional es el que recuerda lo que tomó el pelagatos que entró aquí por primera vez hace un par de días. No salgo de mi asombro, me cuesta esfuerzo incluso asentir.

—Sí, lo mismo.

De nuevo remuevo la copa, introduzco la nariz en su interior, me mojo los labios y asiento. Blup, blup, blup, cae el néctar. Canapés de regalo. Suena Beethoven, o Liszt, yo qué sé. No hay ruido de niños alrededor, la gente susurra más que habla y se mueve al ralentí, como si estuviera bajo el agua, como debe de moverse un lord en su club de toda la vida. Por ahí anda Romeva, sirviendo otras mesas, obsequiando con canapés de pepino a quien toma una copa, deslizándose más que andando, esperando que haya de una vez plaza libre en el bar del Congreso, el pobre.

—Con lo que yo he sido, caballero, si yo le contara —sueño que me confiesa, tras mi tercera copa de ribera del Duero.

Al inicio de las escaleras que conducen a las habitaciones del Palace, hay una silla limpiabotas. Allí se sienta el cliente, pone el

pie sobre la plataforma en forma de zapato, y el humilde trabajador se esmera en sacarle brillo al calzado. No sé si la silla se utiliza todavía o es solo recuerdo de un tiempo pasado, de cuando los señores leían el periódico mientras el limpia frota que frotarás. Pocas sensaciones debe haber en la que alguien se sienta superior al resto de la humanidad como la de estar leyendo un periódico mientras un empleado le abrillanta los zapatos, no es extraño que algunos limpiabotas empezaran a limpiar soltando un escupitajo al zapato. En aquel escupitajo viajaban, más que las ganas de que el zapato acabara brillante, años de humillaciones, de arrodillarse ante un tipo que ni siquiera te mira y tener entre tus manos un zapato que cuesta más que un mes de tus ganancias. Pues escupitajo. Hace años salió en la prensa que Javier Arenas —quien fue en tiempos secretario general del PP— hacía uso del servicio de limpiabotas, creo que del mismo Palace, no debe de haber muchos en Madrid. La foto que le tomaron mientras tenía a un pobre hombre a sus pies sacándole brillo a los mocasines fue usada ampliamente por el PSOE para mostrarlo como un señorito andaluz. Hay sillas de limpiabotas más peligrosas que una silla eléctrica; quizás ya la única utilidad que tiene la del Palace —por eso permanece aquí, en las escaleras— es la de recordarle a todo el mundo que más dura será la caída.

Con el tiempo, el arquetipo de señorito andaluz ha cambiado de bando, y ahora tal honor le corresponde a un orondo Felipe González en bañador encima de su yate, luciendo tripa, mientras se fuma un cigarro, presumo que Cohiba. Ya que en el yate va descalzo —las buenas embarcaciones están fabricadas con materiales delicados y hay que cuidarlas—, se ahorra tener a alguien limpiándole los zapatos, así que siempre puede decir que los señoritos son los demás, que él es socialista. Y lo más probable es que sí, que lo diga. No es casual que Felipe González, con el paso del tiempo, se vaya pareciendo cada vez más al orangután Louie, el rey de los monos en *El libro de la selva*, la película de Disney, que estaba obsesionado con saber hacer fuego. Cuando González busca fuego, es para encenderse un Cohiba. Si se metiera en la boca un plátano en lugar de un cigarro puro, la semejanza

con Louie sería absoluta.

Llevo calzado deportivo y no puedo albergar ni siquiera tentaciones de hacer uso del servicio del limpia, cosa que me ahorra un sobresalto: a la vista de cómo el Palace se esfuerza en conceder sustento a los líderes del *procés*, tal vez el sufrido trabajador fuera Oriol Junqueras; no soportaría verle llegar trajinando su corpachón al tiempo que el betún, los cepillos y el resto de los aperos de limpieza.

Una puerta comunica La Rotonda con el bar histórico del Palace, más pequeño, de aire retro, con una barra de roble en la que se han apoyado millones de codos para pedir una copa. Adornan las paredes fotos del hotel en otros tiempos, en una de ellas, abrazados, sonríen dos de los gerundenses más internacionales que jamás han coincidido en Madrid: Pla y Dalí. No falta en la foto más que el tercero de mis paisanos mundialmente triunfantes: Xavier Cugat, quien en aquellos días estaría en Hollywood o en Miami o en Los Ángeles o en Nueva York o en Las Vegas, dirigiendo una orquesta o casándose, que esas eran sus dos actividades preferidas. Uno piensa en este trío y le dan ganas de predicar a los cuatro vientos que es coterráneo de todos ellos, pero después piensa que más recientemente Girona ha exportado al mundo —es un decir, ya que el mundo no se ha enterado— personajes de la talla del Vivales, de Presidentorra y de Lluís Llach —más otros adoptivos como Pilar Rahola, con segunda residencia en la Costa Brava—, y opta por callar. Antaño los catalanes íbamos por el mundo con merecido orgullo, ahora nos avergonzamos de nuestro origen.

Tomo asiento justo bajo la foto de Dalí y Pla, así me siento acompañado. Los dos poseían esa característica tan catalana —y de entre los catalanes, los gerundenses fueron siempre quienes con más éxito la cultivaron— de disimular su inmenso talento bajo una pátina de personaje corriente, a veces hasta estrafalario. Salvador Dalí eligió la máscara de hombre esperpéntico y extravagante, casi de un loco, aunque los testigos aseguran que el personaje Dalí aparecía solamente cuando la prensa estaba cerca. La realidad es que fue un precoz genio de la pintura, trabajador incansable, con

dominio exquisito de la técnica. Josep Pla se decantó por la máscara —más bien la boina— de payés del Empordà, de lugareño con el pitillo —liado a mano— siempre en los labios y un vaso de vino al alcance de la mano, un tipo corriente de los que en aquellos tiempos había a centenares en cada población. En realidad era cosmopolita, culto, políglota y probablemente el mejor prosista catalán del siglo XX, cuando no de la historia. El ausente Xavier Cugat, por su parte, eligió el disfraz de *bon vivant*, y a fe que se le dio bien, pero en verdad fue un niño prodigio del violín que con el tiempo entendió que para tener una mansión con piscina, alrededor de la cual tomaran el sol en bikini las más bellas y promiscuas señoritas de la zona, era mucho más útil el mambo que Beethoven. Como sus dos paisanos, fue un trabajador estajanovista y lo disimulaba de forma magnífica, parecía que estuviera siempre de fiesta. Justo al contrario que los catalanes de hoy, en especial los que se han dedicado al *procés*, que son una panda de vagos e inútiles que pretenden dar la sensación de trabajar por el bien común, más aún, de ser unos genios en lo suyo. Genios fueron Pla, Dalí y Cugat, y bien que se esforzaron en disimularlo. Los de hoy son unos patanes y no hay manera de que lo disimulen.

Hay más fotos en las paredes del bar, algunas con la primera plantilla del hotel posando para el fotógrafo, año 1912, mirando a cámara están camareros, botones, cocineros, ayudantes y *maîtres*. Otras muestran las primeras habitaciones al poco de ser terminadas, todo un lujo en la época, incluso —se destacaba en la publicidad— con baño propio. Para los potentados de principios del siglo XX, poder ir de cuerpo sin tener que salir de la propia habitación era el colmo de lo sofisticado, no faltarían quienes comieran a propósito alimentos con poderes laxantes, léase ciruelas, para aprovechar al máximo aquella increíble comodidad, y poder contarla con detalle al regresar a casa. «Hoy las ciencias adelantan, que es una barbaridad», cantarían alegres la zarzuela, sentados en la taza del excusado.

Otra imagen muestra la visita de Alfonso XIII al edificio en construcción, al parecer fue el rey quien encargó el hotel, ignoro si para ir de cuerpo en paz o para tener un lugar de postín al que

llevar a sus amantes, no olvidemos que era un Borbón y que si en algo se gasta esa gente el dinero es en tener contentas a las señoras, no a la suya propia sino a las demás. El bisabuelo del actual rey aparece en lo que debió de ser una visita de obras, con sombrero y bastón en lugar de casco y pico, no fuera nadie a pensar que se había acercado hasta ahí a trabajar, eso sería una vergüenza para la dinastía.

—Entonces ¿cuándo calculan que podré tener una habitación a mi disposición? —parece interrogar a los pobres obreros que le reciben.

Me entretengo en leer los nombres que constan en un antiguo libro de registro de 1920 que se muestra al público tras una vitrina. Es simple curiosidad, no espero leer allí que Alfonso XIII pasó la noche en compañía de una ancestra de Corinna zu Sayn-Wittgenstein, esas cosas se llevan con discreción. La curiosidad da sus frutos: se registró en el hotel un tal Pablo Ruiz Picasso, pintor que en aquel entonces ya se había hecho con un nombre en París, a donde había emigrado años atrás. Junto al nombre de Picasso, en el registro del hotel, aparece el de Serguéi Diáguilev, con quien había empezado un año antes unos proyectos de colaboración con los Ballets Rusos. Imagino que la presencia de ambos en el Palace sería para un tema relacionado con esos ballets, y no para limpiarse los zapatos como Javier Arenas.

Echo de menos alguna referencia a Julio Camba, llámenme mitómano. Le pregunto a un camarero —no a Romeva, parece que hoy libra— si se conserva la habitación donde el periodista gallego residió durante años. Me responde que no, que hubo uno reforma que se la llevó por delante. Supongo que la de Duran i Lleida sí se conserva, porque su estancia fue más reciente, pero eso no se lo pregunto. Amable como solo son los camareros profesionales, me informa de que, en cambio, existe un Salón Julio Camba y se ofrece a mostrármelo. Así de entusiasmado debe haberme visto.

El Salón Julio Camba es un comedor privado con capacidad para unas decenas de personas, cuyas paredes están adornadas con frases del escritor de Vilanova de Arousa. No es mal homenaje para alguien que jamás pagó la cuenta pero, sobre todo, para alguien

que tuvo en la comida y en la bebida uno de los grandes placeres de su vida. Qué menos que dedicarle un comedor privado, más si tenemos en cuenta que esos placeres los compartió con sus lectores. Leer *La casa de Lúculo o el arte de comer* es, un siglo después de su publicación, garantía de diversión y de aprender sobre el comer y el beber, actividades tan básicas que las sabemos llevar a cabo desde que nacemos, y sin embargo tan complicadas que no dejamos de aprenderlas durante toda la vida. Si nos molesta morir, es por lo que nos queda todavía por saber sobre comida y bebida. Y porque, como dijo acertadamente Woody Allen, no sabemos si en el más allá nos van a servir un buen filete.

El Salón Julio Camba se antoja ideal para celebrar ágapes sin prisa pero sin pausa, de los de tertulia infinita, que eran los que gustaban al gallego. En las paredes, en letras doradas sobre fondo rojo, uno puede leer versiones del descubrimiento que no venían en los libros del colegio: «Y así fue cómo surgió América ante los ojos de Europa: no por la necesidad de comer bien sino por el deseo de comer bien, esto es, no por los alimentos sino por los condimentos». U otras desmitificando el origen de determinados platos: «El primer francés que se comió un caracol no era, ciertamente, un epicúreo, sino un hambriento».

Si tuviera que añadir algo de mi cosecha, sería que los ricos nunca tienen hambre, eso advierto mirando a mi alrededor, donde casi nadie prueba las exquisiteces que el Palace ofrece —nada de boquerones o chicharrones— al tomar una copa, obvian los canapés, parecen no advertir su presencia. Los que me traen a mí acompañando cada copa de vino, en cambio, no tienen tiempo de tocar la mesa antes de ser engullidos.

Alguien podría preguntarse cómo puedo afirmar tan taxativamente que los de mi alrededor son ricos, y la respuesta sería sencilla: por la forma de sentarse en los butacones. La situación económica de un hombre es tanto más boyante cuanto más desenfadadamente toma asiento en los lugares de lujo, valga como ejemplo el tipo que calza mocasines y viste pantalón blanco, que se halla ahora mismo a mi derecha acompañando a una dama: su forma de desparramarse en la butaca indica unos ingresos de no

menos de 100.000 euros anuales. En cambio, el del fondo, ese que parece ser la voz cantante de un grupo de dos parejas, no sale de casa por menos de trescientos mil al año, de ahí que, más que sentado, parezca estar tumbado. Para calcular la fortuna de alguien, más vale basarse en su postura que en su bebida, eso está claro: acabo de ver a dos parejas bebiendo ron Barceló con Pepsi Cola, eso no lo hace ni el detective majareta adicto a la Pepsi protagonista de las novelas de Eduardo Mendoza.

Antes de ir a mi hotel, cuando ya he pagado la cuenta y me dirijo a la salida esmerándome en no tropezar con ninguno de los afortunados que, más que estar sentados, yacen en las butacas, el camarero, que se conoce que me ha tomado confianza, me llama discretamente. Pareciera que se dispone a ofrecerme alguna sustancia ilegal o los servicios de alguna señorita limpia y de confianza.

—Pst, mañana es domingo, quizás le interese saber que en La Rotonda tiene lugar, a partir de las doce del mediodía, un *brunch* amenizado por un pianista y una cantante de ópera.

—¿Un qué?

—Un *brunch* —repite, imperturbable.

Apenas doblo la primera esquina del Madrid nocturno, teléfono móvil mediante, busco en el diccionario lo que es un *brunch*, uno no habría pensado nunca que para entenderse con los madrileños se requiriera saber idiomas. *Brunch*: comida que se toma a media mañana en sustitución del desayuno y de la comida de mediodía. O sea, lo que vendría a ser el almuerzo de toda la vida, y supongo que lo sigue siendo en lugares menos refinados.

Al día siguiente, justo después de la misa de once a la que no he asistido, me planto en el Palace, menudo soy yo para saltarme un *brunch*. Apenas subo la escalinata de la entrada, oigo ya los gorgoritos de la soprano, cual cantos de sirena que me incitan a seguirlos en dirección a La Rotonda. A la entrada, un camarero debe ver algo en mí —¿alguna noche habrá observado que me siento sin rozar el suelo con el culo, signo de proletariez?— y se ve en la obligación de advertirme.

—Hoy tenemos *brunch*.

—Bien que lo sé —respondo, y aun añado para demostrar que soy hombre de mundo—, hoy podemos disfrutar de una comida que se toma a media mañana en sustitución del desayuno y de la comida de mediodía. Toma su nombre de una mezcla de los vocablos ingleses *breakfast* y *lunch*, amigo mío.

Eso último lo he aprendido esta misma mañana, en internet, cosa que me guardo de revelar al buen mesero.

—Ya. Sepa también que son ochenta y siete euros.

Glups.

Le doy las gracias por la información, hago como que acabo de acordarme de que he olvidado algo, llevo a cabo un sutil cambio de dirección dentro del mismo Palace y me meto en el bar histórico. Allí me esperan Pla y Dalí, sin gorgoritos de soprano y sin *brunch*. Ni falta que me hace. Ahí viene Romeva, hoy no libra.

—¿El señor va a tomar hoy también una copa de ribera del Duero?

—Por favor. Con unos canapés, si es tan amable.

Usera, el otro Madrid

El botifler se aloja en un hotel de la calle Atocha, delante del cual, dentro de escasamente un mes, van a asesinar a machetazos, en plena vía, a un chaval de quince años. Tan cerca ocurrirá el homicidio que los sanitarios van a usar el desfibrilador del propio hotel para intentar reanimar al chico. En balde.

Eso va a suceder dentro de unas semanas, cuando yo ya no resida en el hotel Paseo del Arte. Esta mañana, después del desayuno, decido subir al bus. Me siento en la parada situada frente al hotel, sin preguntar qué líneas paran aquí ni a dónde conducen. Monto en el primer bus. Los aventureros de antaño iban al puerto y embarcaban en un carguero de incierto destino, pero en Madrid no hay mar y esto es lo más semejante que he encontrado.

Me he traído a Madrid un libro que tenía a medio leer, *Todo el odio que tenía dentro*, de Servando Rocha, una crónica extraordinaria de las bandas que proliferaron en Madrid a partir de los años sesenta, con especial atención a la de los Ojos Negros, de la que formaba parte Dum Dum Pacheco, que de delincuente juvenil y legionario —con paso por la cárcel incluido— se convertiría en uno de los boxeadores más famosos. A algunos combates llegó conducido por los agentes, directamente desde Carabanchel, como si Junqueras se hubiera dedicado al sumo y hubiera acudido al cuadrilátero desde prisión. Sus ídolos, según confesó más de una vez, eran Hernán Cortés, Franco y Elvis Presley, lo que da idea del batiburrillo que habitaba en su cabeza, a ver quién es capaz de encontrar una relación entre los tres. Buena parte de la acción, ya que de allí procedían muchos de los que formaron las bandas, transcurre en Usera y Orcasitas. Será cosa del destino o del azar, pero a Usera y Orcasitas conduce el autobús en el que me acabo de montar, y estoy de suerte, porque

hace unos años el transporte público no quería llegar hasta allí.

Esos dos barrios, como otros, fueron construidos durante el franquismo para alojar a los miles de chabolistas que malvivían en las afueras de Madrid, gente venida de toda España que no tenía otro techo que el que era capaz de construir con sus propias manos en los descampados donde se hacinaban, sin electricidad, ni agua, ni calles asfaltadas, ni alcantarillas. En Cataluña se los llamó «charnegos» y hoy se les considera colonos, constituyendo así el único caso en la historia de la humanidad donde los colonizados eran ricos y los colonos miserables.

Me apeo frente al bar Xallas, entro a tomarme una caña. Caigo de lleno en mitad de la discusión que unos cuantos —a todas luces— asiduos sostienen sobre el aumento del número de robos en la zona. Parecen partidarios de soluciones drásticas.

—Mira en Dubái como no roban.

La lucha contra el crimen abarca solo una pequeña parte de la conversación, que versa esencialmente sobre Andalucía —presumo que de allí son originarios los tertulianos— y sus valores. También en eso, quien lleva la voz cantante tiene las cosas más que claras.

—Andalucía es solo Córdoba y Sevilla. ¿*Graná*? *Graná* es la Alhambra y *na* más.

Se me quedan mirando, como esperando confirmación a tan concisa promoción turística andaluza. Les confieso que no conozco mucho Andalucía, que no sabría yo decirles, pero que bien podría ser tal como aseveran. Con eso basta, se muestran satisfechos. Evito informarles de que, de donde yo vengo, lo único que muchos creen conocer de Andalucía es que son todos unos vagos que viven a costa de los catalanes, venga vinitos en la tasca y venga siestas.

Tras la breve parada, como la de un viajero de diligencia en el *saloon* de un pueblo a medio camino de su destino, tomo el siguiente bus para seguir hasta Orcasitas. Usera y Orcasitas, observo, es para muchos madrileños lo que Vila-Roja y Font de la Pólvora para la mayoría de los gerundenses: un lugar al que se evita ir. La gente bien, en eso Madrid y Cataluña no se diferencian, no pisa los barrios obreros, la excusa puertas afuera es el miedo a la delincuencia, que al parecer abunda en ellos, la realidad es que

los pobres dan asco y además, quién sabe, quizás la pobreza se contagia. En Vila-Roja se suma al hecho de ser charnegos el de ser un foco de resistencia contra el *procés*, como indica la pancarta que da la bienvenida al barrio: «Bienvenidos a España. Som espanyols. Somos catalanes», que ni el mismo Ayuntamiento de Girona, de Junts per Catalunya, se atreve a retirar. En cambio, en otro barrio que, animado por la idea, quiso izar una pancarta similar, esta no duró ni un par de horas. Banderas españolas colgadas de las farolas de Vila-Roja dan a entender que el lacismo no tiene mucho predicamento, el referéndum del 1-O terminó allí a los pocos minutos de empezar, con las urnas en el fondo de un barranco. En los barrios donde los vecinos se levantan a las seis de la mañana para ir a trabajar, las revoluciones de la pijería están destinadas a eso, a acabar en el fondo de un barranco. «Si nos habéis tenido siempre olvidados, no esperéis que nos sumemos a vuestras payasadas», parecen gritarle los vecinos al lacismo.

Si no admiten payasadas, no las admiten de ningún tipo. Me encontraba en la terraza del bar Cuéllar tomando unas cañas el día que llegó un grupo de *motards* de Vox con aspecto de Ángeles del Infierno, que, nada más bajarse de la moto, desplegaron un par de banderas españolas con el águila franquista. Ángeles del Infierno o no, quedaron reducidos al tamaño de un Madelman en cuanto el dueño del bar y unos cuantos parroquianos salieron a ponerles en su sitio. Recogieron las banderas mientras musitaban disculpas una y otra vez, y humillados pidieron permiso para, por lo menos, entrar a tomar una cerveza. Se les concedió tal gracia.

—Esos se creen que porque aquí somos españoles, somos fachas —razonaba rato después Antonio, el dueño del bar.

En Usera, observo desde el autobús que me lleva hasta Orcasitas que en lugar de banderas españolas hay rótulos en chino. El barrio —o por lo menos unas cuantas calles del mismo— ya es conocido como Chinatown. Si durante la cumbre de la OTAN celebrada en Madrid, Joe Biden hubiera venido de visita hasta estas calles —cosa harto improbable, a no ser que se extraviara, lo que ya es más probable a tenor de los despistes que suele padecer — hubiera sido recibido por los vecinos a la manera de un lacista

en Vila-Roja, no están los chinos para americanos. Quizás hubiera terminado también en el fondo de un barranco, aunque, como los chinos son más meticulosos, tal vez donde hubiera acabado sería en la bandeja de un restaurante chino, servido a los clientes como pato laqueado.

El autobús va lleno hasta los topes. Mujeres que vienen del mercado, obreros semidormidos que regresan a casa tras trabajar en el turno de noche, mucho inmigrante latino y un bebé que llora en su cochecito. «Es que tiene hambre», se excusa a nadie en particular la madre, a quien imagino cocinando con una mano, limpiando con la otra y robando tiempo al tiempo para pillar el bus e ir a la compra, arrastrando al niño. En la pantalla del vehículo, entre anuncios de las próximas paradas del barrio de Orcasitas, nos van pasando consejos para la práctica de deportes de nieve. El responsable del transporte urbano de Madrid goza de un sentido del humor asaz peculiar, o bien es un sádico.

Tan lleno va el bus que la señora del niño hambriento no tiene tiempo de bajar en su parada, el chófer arranca antes de que pueda descender. Gritos de todos los pasajeros, hasta que el conductor se da cuenta y frena. Unos cuantos ayudan a la pobre mujer a bajar el cochecito a la acera. Ya John Steinbeck en *Las uvas de la ira* nos advertía de que hay que buscar la solidaridad siempre entre los pobres, jamás entre los ricos.

A Orcasitas vino Juan Pablo II a celebrar misa en su visita a España en 1982. La celebró en un campo de rugby, de tierra, junto a la parroquia de San Bartolomé, y ya entonces las crónicas hablaban de un público compuesto sobre todo de obreros e inmigrantes. Quién iba a acercarse sino hasta aquí, por más papa que hubiera. La gente con posibles, cuando quiere ver al papa le pide una audiencia en el Vaticano, como se ha hecho toda la vida. No vamos a comparar ver al pontífice rodeado de obras de arte con verlo rodeado de sudacas.

Aprovechando que buena parte de los pasajeros se ha apeado antes de llegar a Orcasitas, tomo asiento al lado de un viejo. No tardamos en entablar conversación, noventa y un años tiene. Le pilló la guerra civil con seis años, y dice que no ha olvidado

todavía los cadáveres por las calles. Casi un siglo después, se le nubla la mirada cuando lo cuenta. En Madrid, la tercera edad no dispone de un *procés* como en Cataluña, con el que entretenerse diariamente colgando lacitos amarillos, cortando calles o preparando la manifestación anual del 11-S. Hay que reconocer que, ya que no para otra cosa, el *procés* ha servido para proporcionarnos a todos momentos cómicos inolvidables, y, a la tercera edad en particular, la sensación de sentirse útiles e incluso transgresores, sensación falsa en ambos aspectos, pero a los abuelos tanto les da. Como mi vecino de autobús no dispone de tales pasatiempos, y no parece hombre de petanca ni de supervisión de obras, me cuenta que coge cada día el transporte y se va a dar una vuelta por el centro de Madrid. A sus noventa y un años. Sin nadie que lo acompañe.

—Verá, joven, en Usera y en Orcasitas vive un montón de gente que no conoce más que su barrio, el trabajo, y el trayecto entre ambos. Mueren sin haber conocido nada más. Yo, mientras tenga salud, voy a seguir yendo cada día a pasear por el centro de Madrid.

Alguien escribió que el auténtico Madrid debe ir a buscarse en los barrios bajos, en las sórdidas casas de vecinos y en las tascas de trágico ambiente. De trágico ambiente o de trágica ortografía, que viene a ser lo mismo: «He cerrado un momento para ir a un *recao*» (sic), luce escrito en rotulador a la entrada de un bar, situado en los bajos de uno de esos bloques que se encuentran en todas las ciudades del mundo. Y en el interior de todos ellos habitan las mismas preocupaciones, los mismos problemas, las mismas inquietudes. Por eso Pérez Andújar acuñó en *Paseos con mi madre* el término «*La Internacional* de los bloques», una *Internacional* mucho más sólida que la socialista, sobre todo en los tiempos que corren. Uno mira al cielo en Orcasitas, es decir, mira al pedazo de cielo que asoma a duras penas entre las cúpulas de los bloques de pisos, y es el mismo cielo que asoma entre los bloques de Badía del Vallès, Cornellà de Llobregat, Salt o L'Hospitalet. En Orcasitas no se ven banderas españolas en los balcones por la misma razón que no se ven *estelades* en los barrios catalanes de trabajadores: porque

el nacionalismo es un privilegio de clase.

La OTAN, o en manos de quién estamos

De buena mañana, el botifler se encuentra Madrid tomado por la policía. Sale temprano del hotel y no ve más que calles por las que no se puede circular en automóvil, otras a las que no se puede acceder ni siquiera a pie, helicópteros surcando el cielo, patrullas policiales que escrutan a los viandantes con cara de circulen, circulen. ¿Es la guerra? Casi. Es la cumbre de los señores de la guerra. La OTAN se reúne en Madrid.

Lo mejor de estas cumbres es comprobar que quienes nos tienen en sus manos son idiotas. A partir de que uno es consciente de eso, ya no tiene nada de lo que preocuparse, lo que tenga que ser será, aunque sea en forma de holocausto nuclear, y más vale vivir la vida loca. Debería haber una cumbre de la OTAN cada año, en cada país, para que toda la gente del mundo pudiera ver en directo que, si sigue viva, es por puro azar. A vivir, por tanto. A partir de que los españoles vean de cerca quiénes son los que tienen el poder de terminar con el mundo apretando un simple botón, dejarán de estar pendientes de minucias como el *procés*, la memoria histórica, el ascenso de Vox y la sequía, y no añado al Vivales a la lista porque ya apenas nadie le recuerda. ¿Para qué, si en cualquier momento esta banda va a terminar con todo?

Parece un detalle nimio, pero el hecho de que en el menú de Ifema que se sirve a participantes en la cumbre de la OTAN y periodistas que la cubren, la tan española ensaladilla rusa cambie el nombre a ensaladilla tradicional, para no ofender a tan ilustres visitantes, solo puede significar tres cosas: o son idiotas los miembros de la OTAN o lo son los españoles que les ejercen de anfitriones. He dejado para el final la tercera por ser la más probable: son todos idiotas. Que dirigentes aparentemente sin problemas psiquiátricos no puedan soportar el nombre «ensaladilla

rusa» porque Rusia está en guerra con Ucrania, debería llevarnos a pensar si vale la pena mantener una estructura como la OTAN. Si lo que son capaces de llevar a cabo para mantener la paz es abolir la ensaladilla rusa, nos basta con un congreso de camareros, que aquí en Madrid los hay, y muy buenos según tengo comprobado.

Los jerarcas otaneros han venido con cónyuges pero sin hijos, de forma que se ahorran el susto de ver que en el parque de atracciones mantenemos la montaña rusa, he dicho rusa, eso hubiera provocado más de un soponcio. A menos que desde el Gobierno español, siempre atentos a lamer los pies a los estadistas que nos visitan, le hayan cambiado el nombre por el de montaña andina, por mencionar a una lo suficientemente alta; pirenaica sería más española pero le falta empaque. A Dios gracias los filetes rusos no constaban en el menú que se ofrecía a tan sensibles visitantes, o hubiesen cambiado también de nomenclatura.

—Y después de la ensaladilla tradicional, de segundo les ofrecemos este pedazo de carne picada que lleva el curioso nombre de «pedazo de carne picada». Esperamos que sea de su agrado.

Las reuniones entre dirigentes políticos internacionales no han de ser fáciles actualmente, ya que existen expresiones, hasta ahora corrientes, que han quedado postergadas. Cuando un problema oculte otro, y este a su vez contenga otro, y así sucesivamente, se comparará a «una muñeca tragona que se come a las demás», nunca será una muñeca rusa. Cuando una situación sea tan desesperada que dependa del azar salir con bien de ella, diremos que estamos ante «una ruleta china», jamás rusa. La Bisbal, un pequeño pueblo de mi provincia, tenía hasta ahora como dulce típico el *rus* (ruso, en castellano), aunque supongo que debido a la cumbre de la OTAN habrán recibido órdenes estrictas de cambiarle la nacionalidad, a saber cómo habrá pasado a llamarse. Por fortuna el suizo —otro postre— no corre peligro gracias a la histórica neutralidad del país. Lo que haga falta, para contentar a los señores de las armas.

A los catalanes, estas cosas no nos vienen de nuevo. Más allá de cuestiones gastronómicas —nunca la tortilla española se llama así, es siempre tortilla de patatas—, en unos cuantos pueblos se ha

cambiado el nombre de plaza de la Constitució por el de plaza U d'Octubre, lo cual es un acierto, ya que de esta forma las generaciones venideras recordarán el día en que los catalanes fueron engañados por sus dirigentes. Cuando, dentro de un siglo, algún otro líder lunático le pida al pueblo que se eche a la calle en nombre de una utopía para la cual no tiene nada preparado, bastará echar un vistazo a tantas plazas U d'Octubre para recordar pretéritos embustes y mandarlo a tomar viento.

La idiotez de estos cambios nominativos llega a tal punto que vi con mis propios ojos cómo en una de esas aldeas de la Cataluña profunda, el populacho derribaba una piedra centenaria que conmemoraba la Constitución... de 1837, igual pensaban que la había redactado Franco, o que aquel texto tenía un artículo 155 con el cual poner firmes al Vivales, Junqueras y compañía. En la misma Barcelona, antaño capital moderna y cosmopolita, un concejal lacista aprovechó el fallecimiento de la cantante Núria Feliu, con el cadáver de la artista todavía caliente, para pedir que se le diera ese nombre a la actual plaza d'Espanya. Si hasta de los muertos se aprovechan para sus intereses partidistas, cómo no van a sacar cuanto puedan de los vivos, sea mediante cajas de resistencia, sea mediante la expedición de un carnet de la República cuya única utilidad conocida es que los 20 euros que cuesta van a parar a la corte de Waterloo. En ocasiones, la línea que separa el pedir del robar es muy difusa.

Al final, la gente de la OTAN no comió ensaladilla rusa, lo que supuso todo un éxito de la diplomacia española, comparable solo a las universidades que cancelaron cursos sobre Dostoyevski o a los festivales que sacaron de su programación los conciertos previstos de Chaikovski o Stravinski. Les está a todos ellos bien empleado, por rusos, como la ensaladilla. Con la seguridad y la cultura en manos de esas élites, la vieja Europa puede respirar tranquila.

De España no nos va a extrañar nada a estas alturas. Su papel en esta cumbre es el de la criada a quien la señora honra un día con visitar su casa. La pobre mujer, nerviosa como nunca, hace todo lo que esté en su mano para que la patrona se encuentre a

gusto. Si tiene que quedar como una idiota para que la señora no aprecie su propia idiotez, como una idiota quedará, y cambiar el nombre de un plato es un método infalible para ello. Faltó solamente agasajar a tan belicosos visitantes con una ración de carabineros y otra de soldaditos de Pavía, entonces sí que se habrían sentido como en casa, es decir, como en el campo de batalla. Más otras *delicatessen* típicas, por supuesto.

—*Mister* Sánchez, ¿qué ser esas patatas esféricas, rellenas de carne y con cierto gusto picante, todo rebozado?

—Se llaman bombas, *mister* Biden.

—¡Bombas! *I like it*. España grande país, grande gastronomía. ¡Bombas! No ensaladilla rusa, sí bombas, bum, bum.

Ya que los señores y señoras de la OTAN no solo vienen a comer bombas y ensaladilla sino que quieren tomarse fotos como los demás turistas, se les lleva también al Museo Reina Sofía para que puedan posar frente al *Guernica*. Es decir, se lleva a los consortes, porque supongo que, mientras, los ministros y jefes de Estado estarían debatiendo temas tan espinosos como si se debe cambiar el nombre de «flan chino» en los menús, en el caso de que la China invada Taiwán. Cosas así más vale prevenirlas con tiempo para que en una próxima cumbre no haya que improvisar, y además sirven de advertencia al gigante asiático para que sepa que con la OTAN no se juega, que estamos dispuestos a todo, que la ensaladilla ya no es rusa y el mismo futuro le acecha al flan.

Las y los consortes de la OTAN haciéndose fotografiar frente a una pintura que denuesta las guerras, mejor dicho, frente a LA pintura que denuesta todas las guerras, es el perfecto símbolo de la decadencia de Occidente, que ha sustituido sus valores por fotos de cara a la galería. Si en el momento de la foto Picasso no hubiera estado persiguiendo señoras y señoritas en el más allá, habría bajado a la tierra armado con una cerilla y un bidón de gasolina, para pegarle fuego a su obra. Y de paso, a alguna consorte.

Museos de aquí y de allí

El botifler no va a ser menos que los consortes de la OTAN y también va de museos. Animado porque pudo entrar en el vecino Jardín Botánico simplemente mostrando el carnet de prensa, pregunta en las taquillas del Museo del Prado si hay también ahí algún descuento para plumillas.

—Por supuesto, si me muestra el carnet de su medio de comunicación, puede entrar gratuitamente —me informa la sonriente taquillera.

Dicho y hecho. Ninguna pregunta, ningún proceso burocrático, ningún impedimento: aquí tiene su entrada, que disfrute de su visita. He aquí un museo, uno de los más importantes del mundo, que se pone de forma gratuita a mi entera disposición, casi en solitario además, ya que estamos en plena pandemia y el acceso está restringido. Somos no más de cincuenta personas en su interior. Todo un lujo. Según me contarán, además de los periodistas, entran también gratis en el Prado los menores de dieciocho años, los estudiantes de hasta veinticinco años y las personas con discapacidad. También los desempleados y los miembros de familia numerosa. Además, la entrada es gratuita para todo el mundo, cada día, dos horas antes del cierre de las instalaciones.

En el Museo Naval, cercano al Prado, ni siquiera hay que pagar entrada, le piden al visitante la «voluntad», como se hacía antes en las casas de misericordia, en mi vida he visto tantas reproducciones de barcos. Preside una de las salas un retrato de Julio Guillén Tato, que dirigió cuarenta años esta institución, jamás se podrá decir del Museo Naval que no ha ido ni el Tato. Recorrer sus muchas salas es recorrer el auge y la decadencia de la marina española, casi a la misma velocidad en que se produjo, en

un plis plas. A la salida me compro una camiseta con la frase «Hoy no es día de mojar la pólvora», que aunque pronunciada en sentido literal por el marino Barcáiztegui en el siglo XIX, hoy adquiere connotaciones de todo tipo, sexuales incluso.

No hace mucho visité el Museu d'Història de Catalunya, en Barcelona, en este caso para escribir un artículo sobre una exposición, no era una visita de placer, como en el caso del Prado. Uno y otro museo se parecen solo en eso, en que se llaman museo. Mientras el Prado muestra al visitante algunas de las más grandes obras pictóricas de la historia, el Museu d'Història de Catalunya muestra una serie de monigotes que —al parecer— pretenden escenificar algunas de las luchas heroicas del pueblo catalán. Se trata de unos montajes que no entretienen ni a los niños de primaria, pero ahí están, con su inefable acento épico, los hechos de 1714, los de la guerra civil o los de cualquier otra batallita, no recuerdo si los almogávares andaban también por allí, la verdad es que al salir ya no recordaba nada de lo que vi, aquello es un verdadero esperpento, un lugar que rezuma nacionalismo por los cuatro costados. Lo contrario, por tanto, del rigor histórico.

Tal sarta de idioteces supone una gran ventaja: prepara al visitante para la idiotez final. Ahí se muestra, para que se postre de hinojos quien así lo desee, la estilográfica de tinta azul, con ribetes plateados y el escudo de la Generalitat, que Presidentmàs utilizó una sola vez en su día, cuando firmó la convocatoria de la consulta soberanista del 2014. No solo eso. Si el visitante sobrevive a tal visión sin caer de rodillas como pastorcita ante la aparición de la Virgen, allá, al lado de la estilográfica, se yergue la pancarta que Presidentorra mantuvo la friolera de dos días colgada del balcón de la Generalitat a pesar de las advertencias de la Junta Electoral Central —estábamos en plena campaña—, en un gesto de heroicidad que merecía ser recordado en un museo de historia. «Llibertat presos polítics», reza el pedazo de sábana que para los lacistas tiene el mismo valor que la sábana santa de Turín tiene para un cristiano.

Ambos fetiches, estilográfica y pancarta, fueron donados por sus respectivos dueños antes de ser ambos inhabilitados, es decir,

antes de convertirse en delincuentes a efectos legales. Se echa de menos, en un museo como ese, alguna reliquia del Vivales, no en vano ejerció de presidente entre los dos anteriores, el de la pluma y el de la sábana. Ya el historiador Joaquim Coll sugería que el maletero del coche en el que huyó como una gallina dejando atrás a todo el Governet catalán y a todos los ciudadanos que habían confiado en él, allá se las compongan, sería digno de exponerse en el Museu d'Història. Bueno sería que generaciones venideras supieran mediante la mera visión de tres objetos, pluma, maletero y sábana, por qué Catalunya entró en barrena. Jamás tres simples y aparentemente nimios objetos dirían tanto de sus donantes: fueron los tres unos gilipollas.

Quien crea que es una exageración lo de exponer el maletero en el museo, es que no conoce bien el carácter religioso del lacismo. Poco después de la vergonzosa huida del Vivales, se expuso en mi ciudad, Girona, el atril en el que este había leído la declaración de independencia jamás consumada. Fue presentado como un objeto histórico, más todavía, místico, y no faltó quien lo fotografiara ni, supongo, quien llorara ante la sola contemplación de la reliquia. Como los cristianos de la Edad Media ante los restos de la Vera Cruz, los lacistas tocaban aquel atril con veneración, y hubieran guardado en su hogar un trozo del santo prepucio del Vivales si este hubiera tenido a bien cortárselo y sortearlo —puesto que no habría para todos— entre sus seguidores. Raro es que, con la inventiva que el prófugo ha demostrado tener a la hora de sacarles dinero a los lacistas de a pie, no haya pensado en ello. Apuntada queda la posibilidad. Sea un maletero, un atril o un cacho de prepucio, está claro que el Museu d'Història de Catalunya, en su sala «Botarates que han presidido Catalunya», no está completo.

Todo el Museu d'Història de Catalunya, con sus monigotes y sus batallitas, está encaminado a tratar al visitante como a un deficiente mental, de manera que no le parezca tan ridículo el final del recorrido, con su estilográfica y su pancarta, más —supongo— una peana esperando lo que sea que done el Vivales. Tras ver los monigotes en formación de batalla y escuchar el «bum» de las

bombas, cualquier excremento que venga a continuación tendrá carácter histórico. No está mal pensado.

El día que me presenté en sus taquillas, con el carnet de prensa, y le expuse a la empleada el motivo de mi visita, pensé, iluso de mí, que todo se resolvería con un «pase, pase, está usted en su casa». Nada de eso. La taquillera me mandó a las oficinas de la planta superior, donde me recibió una encargada, o lo que fuera. Le mostré de nuevo mis credenciales y expuse otra vez el sentido de mi presencia allí. No quedó muy convencida, pero generosamente me ofreció la posibilidad de rellenar unos impresos farragosos hasta decir basta. Así lo hice, y una vez estudiado y revisado el papeleo, accedieron a hacerme una rebaja en el precio de la entrada. Tal vez pensaron que era alguien que quería colarse sin pagar en el museo, porque había llegado a mis oídos que allí se exponía ni más ni menos que la pancarta que Presidentorra había mantenido dos días colgada en un balcón. Y pensarían también que la posibilidad de su contemplación en religioso silencio es motivo más que suficiente para colarse de gorra donde sea.

Entrar en un museo que no es más que un parque temático del nacionalismo, para más inri dirigido a niños prácticamente de teta, se convierte en una odisea incluso cuando uno va allí a trabajar. Por contraste, el Prado pone la cultura al alcance de cuanta más gente mejor, con el máximo de facilidades. La explicación de tal diferencia debe ser que en el Prado uno ha de conformarse con contemplar pinturas de Goya, de Velázquez, del Greco, de Sorolla, de Brueghel o de Rembrandt. En cambio, no hay expuesta en todo el museo reliquia alguna, ni siquiera el bolígrafo con el que Rajoy firmó la aplicación en Cataluña del artículo 155 de la Constitución. Y por supuesto, ni rastro del botijo del cual bebió un día Presidentorra, derramándose el agua por la pechera a causa de la complejidad del mecanismo de tal instrumento. No es extraño que en el Prado tanta gente pueda entrar gratis, si lo más interesante está en el Museu d'Història de Catalunya.

Feria del libro

Al botifler lo invitan a firmar en una caseta de la Feria del Libro, que tiene lugar en el parque del Retiro. La Feria del Libro de Madrid es como un Sant Jordi de tres semanas, pero sin *estelades*, sin que nadie te diga en qué lengua tiene que estar escrito el libro que quieres comprar y sin señoras que pregunten qué libro comprarle a un marido que no lee. Es la diferencia entre un día dedicado a vender libros porque sí, porque toca, y tres semanas dedicadas a literatura. A la Feria del Libro acude gente a la que le gusta leer, y a Sant Jordi van quienes quieren comprar un libro porque eso «hace país» —expresión acuñada por Jordi Pujol mientras transportaba sus dineros a un banco andorrano—, da igual leerlo o no.

A la Feria del Libro de Madrid, que se celebra en el Retiro, ante la mirada indiferente de los patos, va gente interesada en la lectura, mientras que a las casetas Sant Jordi, jornada que también alguna vez fue el día del libro en Cataluña, va gente que quiere regalar el último libro que ha escrito un famoso de los que salen en TV3. Cultura literaria contra cultura de escaparate. Lo único que interesa de Sant Jordi es conseguir al final de la jornada la lista de los libros más vendidos, como si de una competición se tratara. Mejor dicho, se trata de una competición. Para igualar un poco los combates, como si de categorías de boxeo fuera la cosa, el gremio de libreros de Cataluña tiene la costumbre inveterada de establecer distintas clasificaciones, no solo por lenguas (los más vendidos en catalán y los más vendidos en castellano, estos últimos comprados exclusivamente por botiflers que no hacen país), sino que distingue también entre autores a secas y autores mediáticos, expresión esta última que equivale a decir «autores que venden libros gracias a salir en televisión y a la publicidad que se ha hecho de ellos, que si

no, a buenas horas». Las propias editoriales tienen equipos de redactores que les escriben sus libros a los mediáticos, muchos de los cuales —participantes en programas de Tele 5, cocineros, deportistas, actores y actrices o amantes de cualesquiera de los anteriores que han sabido a quién amar en el momento oportuno para poder vivir de ello— son incapaces de hacer una o con un canuto, les basta con poner su cara en la contraportada. Siempre hay quien pica, digo quien compra. En el caso catalán, a esa cohorte de mediáticos se les suman los que purgaron penas de cárcel a resultas del *procés*, los que huyeron por miedo a la justicia e incluso los familiares y amigos de todos ellos, que años después siguen publicando lo que ya se conoce como «literatura del *procés*», valga el oxímoron, que constituye un género en sí mismo. Se espera que en próximas ediciones de Sant Jordi, además de «autores mediáticos» haya una clasificación de «autores lacistas».

Pilar Rahola pilló un año un rebote de órdago porque en las listas de los más vendidos la habían incluido entre los «autores mediáticos», ella aspiraba a ser «vendida» a secas, y no le falta razón porque, a vendida, pocos le ganan. La buena mujer cree que si vende algún libro es por la calidad de su prosa, no por salir cada día a berrear en los medios de comunicación, así que se mostró terriblemente ofendida porque incluirla entre los mediáticos insinuaba lo contrario. Lo bueno del caso es que estaba realmente ofendida, no era una pose, es decir, está convencida de que es escritora. Y encima, de calidad. Líbreme Dios de insinuar que Pilar Rahola sea de las que no escriben lo que publican, sostener que sus libros los escriben los antes mencionados equipos de redactores de las editoriales sería una ofensa a para estos. Los tengo por excelentes profesionales, incapaces de pergeñar un libro de Pilar Rahola. Después de hojear —jamás leerla por completo, eso no hay humano que lo consiga— alguna de sus obras, uno puede jurar que es ella y nadie más que ella quien escribe una y otra vez la misma historia de una mujer que se sobrepone a todas las dificultades que la vida, siempre cruel, le pone en el camino, y finalmente acaba triunfando, empoderándose, sororizándose y todo lo que haga falta y esté de moda, si es necesario cambiando de sexo. Una historia

que podría contarse en cinco líneas, pero que Pilar Rahola está convencida de que merecemos leerla en quinientas páginas, así de poco nos quiere. Que nadie la insulte llamándola mediática. Salir unas cuantas horas semanales gritando en TV3, Cuatro, Catalunya Ràdio y RAC1 es casual.

También hay morralla en la Feria del Libro de Madrid, como la hay en todas las ferias del libro del mundo. La diferencia es que aquí, la televisión autonómica deja tranquilos a los ciudadanos, no está —como TV3— desde hace una semana recomendando diariamente libros, la mayoría de los cuales no vale ni el papel en que han sido impresos. He llegado a ver en TV3 auténticos publirreportajes de autores lacistas, disimulados en la sección de cultura del *Telenotícies*. Lo cual tiene su lógica: si en Cataluña ser lacista ayuda a promocionarse laboralmente, bien han de beneficiarse también de ello los escritores. A la republiqueta no van a llegar jamás, pero que les quiten lo birlado.

Igual que en Cataluña, veo en Madrid —más de doscientas casetas nos contemplan, y eso que estamos en plena pandemia y se ha restringido la superficie y el acceso— colas inmensas para conseguir la firma de un autor, será que el libro adquiere más valor si está autografiado y ya piensan en sacarle un beneficio vendiéndolo en Wallapop. A mí, sobra decirlo, no se me acerca más que una docena de lectores durante la hora larga que estoy en mi puesto, lo que me permite conversar con ellos un rato antes de estamparles la dedicatoria y desearles suerte en Wallapop. Ello no me impide sentir envidia totalmente insana hacia quien sea que firma en la caseta de ahí enfrente, que lleva toda la hora con centenares de personas haciendo cola, libro en mano, pero sin que yo acierte desde mi puesto a leer el título. No creo que sea Pérez-Reverte, que a esta hora debe de estar peleándose con alguien. Ni Santiago Posteguillo, que andará disfrazado de romano por algún lugar remoto. Ni tampoco Pedro Sánchez, a ese no le hace falta venir a la feria, su *Manual de resistencia* ha de comprarlo todo socialista que quiera prosperar. Será Belén Esteban.

Llega un notario que había trabajado en mi ciudad, me ha oído en la COPE esta mañana y se ha plantado en la feria. También

un par de lectores que se han enterado de mi presencia gracias a las redes sociales. Una gerundense funcionaria del Ministerio de Medio Ambiente, que al final resulta ser hija de la ferretería que está frente a la casa de mis padres. Más algún despistado que aprovecha que aquí hay poca cola e igual cree que soy un autor de culto, de esos tan importantes que son desconocidos.

—¿Es usted el de este libro, *Barretinas y estrellas*? Lo he hojeado y quizás me gusta, nunca se sabe. Écheme una firmita, haga el favor —me pide un castizo madrileño tras mirarme detenidamente y asegurarse de que soy el mismo que sale en la foto de la contraportada, que aquí hay mucho farsante.

Poco va a sacar por mí en Wallapop, pienso mientras escribo la dedicatoria.

Madrid es también un Sant Jordi sin rosas, eso sí que se agradece. Vivir una Feria del Libro sin la sobredosis de azúcar que suponen las parejitas paseando con la insoslayable rosa en la mano es un placer. La obligación de comprar rosas y libros —las dos cosas indefectiblemente— el 23 de abril está tan arraigada en Cataluña que floristas y libreros se han convertido en un par de *lobbies* capaces de presionar a la administración para que repita el Sant Jordi en otra fecha si alguna circunstancia —pandemia, lluvia, guerra, hambruna, independencia...— lo ha mandado al traste. El libro debe ser obligatoriamente en catalán y la rosa debe ir ornada con una *senyera* —e ir acompañada de una espiga, detalle misterioso donde los haya del que desconozco el significado ¿tal vez una referencia a «Els Segadors»?—, salvo que sea usted un botifler, como quien esto escribe. Con qué placer, alguna vez que estuve atendiendo en un puesto por Sant Jordi, al preguntarme alguna señora qué regalarle a un marido al que «no le gusta leer», en lugar de recomendarle que se lo llevara al cine, o mejor a la cama, que le hiciera disfrutar y dejara en paz a los libros, le terminaba endosando un Joyce, un Proust o un Faulkner.

En Madrid no hay rosas, y si las hay, no es obligatorio regalarlas, así que quien lo hace, lo hace de corazón. En lugar de rosas hay bocatas de calamares, que huelen mucho mejor y además no tienen espinas. Y lo más importante: nadie te adorna un bocata

de calamares con una bandera.

Una jornada particular

El botifler se lleva a la familia a Madrid. Ya que las fiestas nacionales, así en general y al igual que a Brassens, nunca han logrado levantarme de la cama, aprovecho la catalana del 11 de Septiembre para llevármelos a todos —cuatro hijos y señora— a la capital. Dos de mis hijos son independentistas —cosas de la edad, espero— aunque incluso ellos han terminado por ver que han sido utilizados por unos políticos mediocres y atolondrados. No solo políticos, también asociaciones como Òmnium y la Assemblea Nacional Catalana han estado jugando con la idea inviable de una independencia, hasta el punto de que esta última ha convertido la manifestación del 11-S, en tiempos una movilización alegremente nacionalista, en algo discriminatorio hacia los no lacistas, el nacionalismo acaba siempre mostrando su cara verdadera.

No nos engañemos, la razón más poderosa para viajar a la capital española es que, según tengo entendido, al contrario que en Cataluña —donde la autoridad vela por nosotros y nos dicta a qué hora debemos estar en casita— no hay toque de queda, así que imagino que en Madrid debe de estar todo el mundo muerto, o no se entendería que a los catalanes nos encerraran y a los madrileños no. Con tal mortandad, aprovecharemos para ir al Reina Sofía en soledad, para ir de tapas sin nadie alrededor, para pasear por el Retiro con la sola compañía de los árboles y los pajaritos, y para irnos a dormir a la hora que nos dé la gana, que ya estamos hartos de vivir en régimen de toque de queda: si, como aseguran algunos, en Madrid la libertad son unas cañas, la idea es llenarnos de libertad hasta caer redondos.

Al poco de llegar, nuestro gozo cae hasta el fondo de un pozo. Los madrileños siguen con vida, o así lo parece por la gente que se ve en las calles, aunque igual son turistas como nosotros, que han

llegado atraídos por unas medidas antipandemia que sin duda habrán sembrado de cadáveres la ciudad. O eso esperamos.

—Perdone, ¿es usted de Madrid? —interrogo a una señora con un carrito de la compra.

—Sí, señor. ¿Qué desea? —responde mientras detiene el paso, pensando que le voy a preguntar por algún monumento o calle, quizás por el tanatorio.

—No, nada, es solo por saberlo.

Me mira como si estuviera ante un beodo, sacude la cabeza y reemprende el paso sin decir nada más. Por mi parte, la sorpresa al descubrir que los madrileños no han muerto me ha impedido también agradecerle la preciosa información. Me entero más tarde de que sí, que han muerto bastantes a causa del covid, pero en un porcentaje similar al de Cataluña. La diferencia es que aquí han seguido con su vida habitual, sin toque de queda y con los restaurantes y bares abiertos. O los madrileños son inmunes, o las medidas que nos hemos tragado en Cataluña son inútiles.

No tardamos en darnos cuenta de que si tuviéramos que definir Madrid, sería con la expresión «alegría de vivir». La gente sale de bares, ríe, pasea por sus calles y por el Retiro (cómo echo de menos en mi ciudad un parque tan bien cuidado y tan utilizado por los ciudadanos, supongo que eso es consecuencia de aquello), es amable y simpática. Al oírnos hablar, nos reconocen como catalanes y redoblan su simpatía, no tienen más que buenas palabras hacia Cataluña. El primer cortado que tomo en Madrid da buena cuenta del carácter de esta ciudad.

—Un cortado, pero que sea corto de leche, por favor —indico a la camarera, acostumbrado como estoy a que cada vez que pido cortados, me sirvan un café con leche en miniatura.

Tengo comprobado que de nada sirve recalcar en cualquier cafetería catalana, una y otra vez, en un intento de conseguir cortados de verdad un «con muy poca leche, por favor». El camarero asiente siempre, me dice que no me preocupe, y me trae el habitual cortado a la catalana, esto es, con poco café. Eso, cuando no sucede que me lo sirven —me ha ocurrido muchas veces — más corto de café todavía, un vasito de leche caliente levemente

teñido de café, y al hacérselo notar, se disculpa con un «uy, perdone, es que lo he entendido al revés». Al revés. ¡Por Dios, quién entiende al revés una cosa tan sencilla! ¿Acaso vuelcan el bote de la sal en el plato del hipertenso que pide la comida sin sal?

—No se preocupe, en Madrid los cortados son todos así, con unas gotitas de leche —me responde sonriente.

Tal vez ha adivinado de dónde soy, o bien por el acento —y eso que uno intenta disimularlo, hasta ese punto de vergüenza nos han llevado los políticos lacistas— o por haber precisado lo de la poca leche. Efectivamente, lo ha adivinado, como me demuestra una vez he pagado la consumición y me dispongo a irme.

—*Que passi un bon dia a Madrid* —me despide en un catalán con curioso acento madrileño.

Visitando el imponente antiguo edificio de correos en Cibeles, reconvertido ahora en terraza y sala de exposiciones, tomando un aperitivo en los bares o simplemente observando a los viandantes desde la terraza en la que tomamos un café, el contraste con lo que hemos dejado atrás es abrumador. Las preguntas llegan solas a la mente: ¿cuándo empezó Cataluña a ser un pueblo amargado? ¿No será que en Madrid nadie les ha puesto en la cabeza que deben considerarse oprimidos?

Tener que comportarse a todas horas como un pueblo oprimido debe de habernos pasado factura a los catalanes, la obligación de parecer siempre al borde de las lágrimas por culpa del pérfido Estado español no es fácil de sobrellevar. Cuando uno está verdaderamente sojuzgado por una fuerza más poderosa, eso es pan comido, no cuesta nada parecer un miserable cuando lo eres realmente. Los catalanes, en cambio, nos hemos visto obligados a simularlo a través del método Stanislavski, y hemos entrado tanto en nuestro papel que ya no hay quien nos libere del gruñón que llevamos metido dentro. Nadie puede negarles el mérito a todos esos que se declaran oprimidos desde su segunda residencia en la Costa Brava o en la Cerdaña, o desde algunos de los muchos restaurantes de alta categoría que pueblan Cataluña. Ni a tantos políticos lacistas que se embolsan estratosféricos sueldos con el simple método de declararse atormentados precisamente por quien

se los paga. Al contrario, unos y otros demuestran un empaque y una serenidad dignos de encomio, no todo el mundo está capacitado para hacer eso sin que se le escape la risa y, por si fuera poco, consiguiendo que miles de catalanes se crean también oprimidos. No todos, claro, los que tienen preocupaciones como buscar trabajo o llevar un jornal a casa no tienen tiempo de sentirse oprimidos, pero esos no son catalanes auténticos.

El problema es que, al final, eso se nos ha vuelto en contra, y andar por Cataluña es hacerlo entre amargados, tan a fondo se han creído el papel. Uno solo está a salvo de esa tristeza endémica en los barrios de trabajadores, donde nadie ha advertido a los vecinos de que están oprimidos. Al no haberse enterado, siguen con su vida como siempre.

Otra opción es salir de Cataluña, como es el caso. De ser la región española a donde todos querían ir, a ser la región de la que todos quieren marcharse. A todo eso, pienso mientras sigo paseando con la familia, seguimos sin rastro del tan cacareado desprecio con el que los catalanes somos tratados en Madrid.

—¿Son ustedes catalanes? Que pasen un feliz 11 de Septiembre —nos desea la encargada de una tienda de *souvenirs* donde he comprado la camiseta con la leyenda impresa «Madrid is the new bitch».

La nueva puta, la nueva perra o la nueva bruja, tanto da. Los madrileños no se toman en serio ni a sí mismos, mientras, seiscientos kilómetros más al este, los catalanes se creen el obligo del mundo. O se lo creyeron, supongo que ya se habrán dado cuenta de que el mundo tiene preocupaciones más acuciantes.

No es extraño que, tal como me cuenta un trabajador de Renfe, cada fin de semana centenares de jóvenes catalanes tomen el AVE Barcelona-Madrid el sábado por la mañana, disfruten del día en la capital, salgan de noche en Madrid, donde la juventud tiene por norma divertirse con total libertad, y regresen, sin haber dormido, en el primer AVE Madrid-Barcelona del domingo por la mañana. Madrid es el opio del pueblo. Del pueblo catalán que está harto de Cataluña.

—Póngame una caña, por favor.

Y encima, las cañas tienen siempre sus dos deditos de espuma.

Teatro

El botifler va al teatro. En Madrid el teatro no es cuestión nacional, lo cual es de agradecer. Hace años la prensa catalana lanzó una campaña —por fortuna no existían entonces las redes sociales, tan proclives a maniobras de este tipo y hubo de limitarse a la prensa — contra la representación de una obra de Lope de Vega en el Teatre Nacional de Catalunya, tal vez en la puesta de largo del mismo. En otros lugares, ponerle el apellido «nacional» a cualquier cosa no supondría problema alguno; en Cataluña, se llame así un teatro, un museo, un archivo o una radio («Catalunya Ràdio, la ràdio nacional de Catalunya», reza desde su inicio la publicidad de la cadena pública), significa que debe estar supeditado al nacionalismo más rancio. Cosa aparte es el Front Nacional de Catalunya, un seudopartido político que además de nacionalista se muestra abiertamente contrario a la inmigración, unos angelitos comparables a la ultraderecha europea de toda la vida, especialmente a la de los años treinta del siglo pasado.

Lope de Vega era poco dramaturgo para todo un Teatre Nacional de Catalunya, o tal vez fuera que un equipamiento cultural llamado nacional no podía acoger obra alguna que no hubiera sido escrita por un catalán. Y en catalán. En todo caso, hicieron mal en nombrar primer director del TNC a Josep Maria Flotats, alguien que de nacional tenía poco, ya que no tenía otra patria que el buen teatro. A Flotats le producía repelús el nacionalismo, algo tendría que ver en ello el haber residido durante años en el extranjero. Por si fuera poco, no rehuía la polémica y le encantaba enfrentarse al poder. Por eso Lope se representó y Flotats duró menos de un año en el cargo, se largó en 1998 a Madrid, a dónde si no, a seguir haciendo teatro, que era lo suyo. Lope de Vega, por su parte, indiferente a la polémica, siguió

también a lo suyo, que es maravillar con sus versos, aun siglos después de muerto. De haber podido, el fénix de los ingenios hubiera dedicado con cariño a los instigadores de la campaña y a todos los nacionalistas en general sus versos:

Sois estólido y mastuerzo,
sois camueso y mameluco,
sois más tonto que Pichote,
sois sandio, porro y tantucio,
sois babieca y papanatas,
sois beocio y zamacuco,
sois tonto de capirote,
zampatortas, tuturuto,
sansirolé, mamacallos,
cipote, tolondro y zurdo,
sois el que asó la manteca;
y sois, en fin, lo que sois,
porque sois tonto del culo.

Para hacer teatro en Cataluña hay que pasar por el aro, y si no, que le pregunten a Lluís Pasqual, fundador del Teatre Lliure y uno de los directores más destacados de la escena europea, que tuvo que dimitir en el año 2018 después de ser acusado de seguir «prácticas abusivas contrarias a los derechos laborales». Una actriz desconocida fue quien le acusó y se subieron al carro otros tantos don nadie, acusando a Pasqual de actuar de manera «despótica» y con «malos tratos» hacia los trabajadores. Es decir, Pasqual ejercía de director teatral y no de amiguete de los actores, señalándoles sus errores, y supongo, gritándoles cuando consideraba que debía hacerlo, mala cosa en la era de los ofendiditos. Lo que tenía que hacer Pasqual cuando una actriz o un actor de medio pelo era incapaz de recitar un texto de dos palabras, después de haberlo intentado en quince ocasiones, era regalarle un ramo de flores, no pasa nada, mañana será otro día. De nada sirvió que los más grandes de la profesión, desde la Espert a la Sardà, desde Banderas a Echanove y desde Flotats a la Sampietro, firmaran en un

manifiesto a favor de Pasqual. Su suerte estaba echada, a nadie se le escapaba que el auténtico pecado del director, y el motivo de que fueran a por él, era no ser lacista. Otro que se fue de Cataluña, en este caso no a Madrid, sino a Málaga.

¿Qué decir de Albert Boadella? Vecino de la población gerundense de Jafre, en la Cataluña profunda, además de soportar pintadas en su casa, tuvo que ver cómo le talaban dos árboles que crecían en su propiedad, como escarmiento. Hace más de diez años que vive y trabaja en Madrid, hastiado del boicot que sus obras padecen en Cataluña. La compañía que fundó, Els Joglars, dirigida por Ramon Fontserè, se las ve y se las desea para que la contraten en teatros catalanes; no ser lacista, ni siquiera nacionalista, pesa mucho.

A Joan Ollé, director teatral, le acusaron falsamente de propasarse con alumnas del Institut del Teatre, le echaron de tal institución y terminó falleciendo de un infarto tiempo después de saberse que todo había sido inventado.

La libertad será tomar unas cañas, pero también no tener en consideración las ideas políticas de los actores, directores y autores. La decadencia de Cataluña no es solo económica a causa de las empresas que se marchan en busca de zonas más tranquilas, también lo es cultural, por todos los artistas que prefieren trabajar donde importe su talento, no sus ideas.

Reservo una entrada para el Nuevo Alcalá, con tal nombre este teatro debe programar zarzuelas a todo trapo y yo me he propuesto no irme de Madrid sin presenciar una obra del género chico. Voy hacia allí tarareando «Por la calle de Alcalá». El nombre que veo anunciado en los plafones de la entrada cuando llego al teatro es *Grease*. No me suena, pero no soy un gran experto en el tema, imagino que será una zarzuela desconocida pero de calidad, una de esas que no conoce el gran público pero que los auténticos aficionados, perseverando y luchando, consiguen que se represente de vez en cuando. Imagino que no va a salir el Pichi a escena, y eso que me gustaría ver al chulo que castiga del Portillo a la Arganzuela. Tal vez sí alguno que se le parezca, aunque sea rebajado, no creo que las autoridades permitan que hoy el Pichi

cante de las mujeres aquello de «pero yo que me administro, cuando alguna se me cuela como no suelte la tela dos *morrás* la suministro, que atizándoles candela yo soy un flagelador». Proxenetismo y maltrato en una misma estrofa. A más de una ministra le daría un sofoco.

Al poco de empezar, percibo que eso de la zarzuela ha cambiado mucho. Sigue siendo lo de siempre, o sea, teatro, música y una historia de amor, pero aquí el Pichi se llama Danny y aunque también va de duro, al final resulta ser un cacho de pan. Un cacho de pan enamorado, que son los cachos de pan más blandengues. Concha, por su parte, se llama Sandy, y la acción no transcurre ni en Lavapiés ni en la Puerta de Toledo, sino en una *high school* de Estados Unidos, comiendo hamburguesas en lugar de barquillos. Tampoco bailan chotis, en su lugar se marcan unas coreografías espectaculares, por suerte ya no actúa Celia Gámez, no la imagino bailando a ese ritmo. Ni mucho menos retozando en un coche con el actor protagonista, que de estar en la platea su novio Millán-Astray sacaba la pistola con la mano buena y volvía a amenazar de muerte a la cultura.

La música, espléndida, los jóvenes actores, magníficos, y como en toda buena zarzuela, no falta una moraleja final. Vince Fontaine, que vendría a ser un Don Hilarión que, en lugar de recordarnos que hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad, nos adiestra sobre el paso del tiempo y la necesidad de aprovechar la vida mientras podamos. Fontaine termina el monólogo que le ha tocado en suerte con una recomendación que todo el mundo debería tatuarse en la frente, o por lo menos pegarla en la puerta de la nevera: «Vivir es un asunto urgente». Dicho de otra forma: no perdamos el tiempo con republiquetas fantasiosas, opresiones imaginarias ni líderes imbéciles, que la vida pasa volando. Mejor salir de cañas por Madrid.

Sigo con las ganas de asistir a una zarzuela tradicional, así que al día siguiente reservo entrada para el Teatro de la Zarzuela, con tal nombre no ha lugar a confusiones. O eso pensaba yo. *Don Gil de Alcalá* resulta no ser zarzuela, y eso que el nombre parecía asegurarlo. Uno ve anunciada *La bohème* y piensa en una ópera,

uno lee *Don Gil de Alcalá* y da por hecho que es una zarzuela. Pues no. Es una opereta de Manuel Penella, gracias a la cual me entero de que ni siquiera lo de considerar «Madrid, tierra maldita de todos los pecados» es un invento catalán contemporáneo, sino que se decía ya hace un siglo y así se canta a toda voz en una de las escenas. De hecho, estoy seguro de que si llega a Cataluña noticia de dicho eslogan, se va a adoptar al instante en lugar del tan trillado «Madrid nos roba». Renovarse o morir. Es mucho mejor acusar a Madrid de todos los pecados que solamente del de robar, no hay ni punto de comparación. El público madrileño acoge esta parte de la opereta con carcajadas, como corresponde a quien sabe reírse de sí mismo. Si una opereta osara proclamar, en un teatro catalán, que Cataluña es la tierra de todos los pecados, sus responsables acabarían en el exilio madrileño, al igual que los comediantes que se vieron obligados a emprender antes el mismo camino.

Por lo que respecta al argumento, más allá del inefable amor que debe de superar obstáculos y que no puede faltar en zarzuela, ópera ni opereta alguna, llama la atención la estratagema del protagonista de simular un ataque para ganarse la admiración del pueblo. El maestro Penella adivinó con un siglo de antelación lo que sería el *procés* catalán. «Porque somos, a fe mía, los pícaros más pícaros, de toda la Picardía», cantan los protagonistas, confirmando que son lacistas *avant la lettre*. No les falta más que largarse corriendo a Waterloo en cuanto surgen en escena las primeras complicaciones, aunque eso no casaría mucho con todo un Don Gil, para un hidalgo la huida no puede ser una opción. Si esos mentirosos no lucen lazo amarillo en la solapa, es solo porque la acción transcurre en una época en la que no existía TV3 para aconsejárselo.

Quién preside la Asamblea de Madrid

Durante su permanencia en la capital, el botifler debe buscar en internet quién preside la Asamblea de Madrid, tal es su ignorancia sobre el tema. Todo lo que uno sabe sobre la Comunidad de Madrid es que la presidenta se llama Isabel Díaz Ayuso, y eso porque bien procura la señora salir a menudo en los medios, a veces directamente, a veces por interposición de su hermano, famoso comisionista de mascarillas. Famoso pero *amateur*, si tenemos en cuenta que en Cataluña hubo una familia que se ganó de una tacada 24 millones de euros con el mismo producto —hay que ver lo que da de sí una pandemia—, y encima fueron felicitados por el Governet, que había pagado 35. Y todo, sin que saliera tanto en los medios como el caso madrileño. Al fin, consigo averiguar que la presidenta de la Asamblea de Madrid es una tal María Eugenia Carballedo, del PP, y digo «una tal» porque en mi vida he oído hablar de ella.

A un catalán le resulta inconcebible que un cargo como ese se viva casi desde el anonimato, no en vano en la presidencia del Parlament nosotros solemos tener auténticas vedetes, algunas de las cuales han terminado imputadas. El sino de los políticos lacistas que presiden el Parlament parece ser el de terminar teniendo el estatus de delincuentes convictos, un cargo precioso para incluir en la tarjeta de visita: «Roger Torrent, delincuente», «Carme Forcadell, expresidiaria». Después de los anteriores, a la siguiente presidenta del Parlament, Laura Borràs, ya la buscamos acusada de serie, así no tendría que trabajar demasiado para conseguir su propia tarjeta de visita. El Parlament eligió para que presidiera la cámara a una señora que no solo estaba siendo investigada por corrupción, sino que los correos electrónicos que la Guardia Civil interceptó no dejaban lugar a dudas, quedaba claro que, mientras dirigía la

Institució de les Lletres Catalanes, favoreció a un amigo. ¿Para qué buscar a una presidenta del Parlament que cometa algún delito mientras ejerce esa función, si podemos colocar en el cargo a una que ya lo cometió con anterioridad? Si al comprar un coche es mejor que traiga de serie todos los accesorios, lo mismo se pensó para Laura Borràs, que por su tamaño bien podría pasar por un automóvil. No por cualquiera, un monovolumen por lo menos. Para un político catalán, ser imputado por la justicia es un accesorio de lujo, así tendrá la posibilidad de aducir que en realidad el Estado está persiguiendo a Cataluña. Podrá entonces hacerse la víctima, que es lo que más rinde. Esa estrategia ya la enseñó Jordi Pujol en tiempos, y no tardó Laura Borràs en adoptarla. Si no le sirvió de nada y fue apartada igualmente del cargo, es porque hasta sus socios (ERC), los más recalcitrantes independentistas (CUP) e incluso —aunque lo ocultaran— no pocos dirigentes de su propio partido (Junts), estaban hartos de una mujerona que era capaz de combinar arrogancia y victimismo como no se veía desde el caso Banca Catalana del *Molt Honorable* Pujol.

Al final no va a entrar en la trena, esos delitos terminan con una reprimenda y una condena de inhabilitación —quizás, además, con una condena a prisión tan mínima que el acusado se libra de cumplirla—, y menos mal, porque si hubiera que confeccionarle un traje a rayas, el Gobierno debería requisar la carpa de algún circo. El tamaño de Laura Borràs roza lo literario, estoy pensando en el Cíclope que puso en apuros a Ulises o en el Pantagruel que creó Rabelais. Moverla de su poltrona parlamentaria costó Dios y ayuda, lo mismo que unos años antes —contó el profesor Llovet, antiguo superior suyo— moverla de la universidad de la cual la echaron cuando ejercía de profesora: fueron necesarios unos cuantos guardias de seguridad para desalojarla de su despacho. E imagino —eso se lo guardó Llovet— que también la grúa municipal, o el desahucio habría resultado imposible.

Nadie sabe quién preside la Asamblea de Madrid, lo mismo que nadie sabe quién preside las de Murcia, Canarias o Galicia, igual que el Parlamento vasco o el asturiano. La que dirige el

Parlament de Cataluña, sí, porque se cree tan importante que no deja de hacer o decir gilipolleces para aparecer en los medios. Aunque tal vez tenga razón, y sea tan importante que, definitivamente, su nombre vaya ligado a la historia de la literatura, de ahí que la enchufaran en la antes mencionada Institució de les Lletres Catalanes. Alguien debió descubrir que el mismísimo William Faulkner se refería a ella, antes incluso de su nacimiento, augurando por tanto su existencia futura, en *La ciudad*, donde describía a una mujer que transmitía la impresión de una densidad e inmovilidad específicas como el plomo o el uranio. El narrador duda de que cinco años atrás, cuando pasó del carromato a la silla donde aún permanece, la moviera una fuerza simplemente humana.

Mover a la Borràs de su poltrona fue también un acto sobrehumano, hay quien dice que había quedado encajonada en la silla de la presidencia, pero bien que los fines de semana conseguía desatacarse para ir a inaugurar, yo qué sé, la Feria de la Avellana de Riudoms, incluso después de ser apartada de sus funciones, como si la legalidad no fuera con ella. Que de hecho, no iba. Acudía a todas las ferias como «segunda autoridad de Cataluña», hay que ver cómo le gustaba usar esa expresión, cosa, si bien se mira, sorprendente, puesto que si en Cataluña la primera autoridad es desde hace años algún inútil puesto ahí quién sabe por qué razón, imaginen lo que debe de ser la segunda. Por más ferias que inaugurara, todo el mundo sabía que se trataba siempre de la Feria de la Vanidad. De la suya, claro.

Todos los catalanes saben quién es Laura Borràs, de ahí que, al viajar, nos sorprendamos del desconocimiento que del cargo homólogo se tiene en otras comunidades. Debe resultar extraño vivir en un lugar donde los cargos políticos se dediquen a trabajar desde el anonimato, igual incluso procuran cumplir la ley, cosas más raras se han visto. Ignoro si en esas otras comunidades, los presidentes de las respectivas asambleas se toman fotos en la propia mesa parlamentaria señalándose los pechos, porque justo allí luce la camiseta un eslogan que ridiculiza a una parte de los diputados, supongo que sí, que eso debe de suceder en todas

partes, tengan pechos o no sus señorías. Como supongo que asimismo lucen todos los presidentes de cámara, siempre, a todas horas, una sonrisa que recuerda sospechosamente a la de los internos de instituciones psiquiátricas. Esa sonrisa debe de ser obligatoria por ley, no quiero pensar que sea una deficiencia padecida solamente por nuestra Laura Borràs.

Mientras escribo este libro, Laura Borràs, ya depuesta de su cargo y a punto de sentarse en el banquillo, sigue presidiendo Junts per Catalunya, partido político que no solo la apoya —cómo no iba a hacerlo, si su fundador es un prófugo de la justicia—, sino que se conjuró en asamblea extraordinaria para no suspender de militancia ni expulsar a los condenados, siempre que lo sean por lo que ellos mismos consideren «guerra jurídica» del Estado español contra los pobrecitos independentistas, aunque se les acuse de cargos que nada tengan que ver con la política, sea simple y llana corrupción, sea agresión sexual o atraco a mano armada, aquí vale todo. Es decir, siempre que le dé la gana al propio partido, que amenaza con convertirse en una Legión Extranjera a la que van a ir a desembocar todos los políticos delincuentes del orbe, y con cambiar —de nuevo— su nombre, en esta ocasión por el de Junts per Hampa.

Hubo un intento de manifiesto en favor de Laura Borràs, y acabaron firmándolo poco más que sus amigos y familiares, puede que también su modista, que con su marcha pierde pedidos de una hectárea de tela por cada nuevo vestido que le confeccionaba. Se desmarcaron de ella incluso dirigentes de su propio partido.

Y en Madrid, en cambio, debo buscar en internet quién es Eugenia Carballedo. Pobrecita.

Barcelona no va de farol

El botifler lleva un as en la manga para demostrar que la decadencia de Cataluña no es tal, que aunque se marchen de allí empresas, intelectuales, artistas, estudiantes, profesionales de primer nivel y demás gente indeseable, en las cosas importantes seguimos estando por delante de Madrid. Según asegura la prensa seria, Barcelona ya es la segunda capital mundial del póker, solo por detrás de Las Vegas. Como integrante del circuito europeo, la capital catalana recibe cada año a unos diez mil profesionales de este juego. Mientras, en Madrid siguen con el mus. Con la jugada del tío Pedrete o guiñando un ojo al compañero no se entra en la modernidad, para eso hace falta como mínimo una escalera de color.

Los jugadores suelen usar gafas oscuras y pañuelos al cuello para ocultar delatadoras alteraciones anómalas en las pupilas y en la arteria carótida, aunque uno diría más bien que lo que sucede es que les gusta disfrazarse de jugadores de póker, igual que a los ciclistas de fin de semana les gusta disfrazarse de ciclistas profesionales a pesar de sus lorzas colgantes. Los participantes en un torneo de póker se pasan casi tres semanas en Barcelona, mucho más de lo que permanecería en la ciudad el competidor en mus.

Probablemente, una de las razones por las que Barcelona se ha convertido en una ciudad destino para los amantes de este juego sea porque a estos les encanta el riesgo, y en la Ciudad Condal, el que gana unas cuantas manos ha de llegar después a su hotel sin ser asaltado por la calle, cosa que tiene tanto mérito como un *full* de damas. Para ganar jugando al póker en Barcelona es necesario ser doblemente afortunado, en la mesa y en la calle, lo cual convierte a esta ciudad en paradigma del riesgo. Y en el riesgo, como saben los jugadores, está el placer.

Entre eso, y los planes —de momento paralizados, pero démosle tiempo al tiempo, en Cataluña las cosas no arrancan hasta que todas las partes están convencidas de sacar tajada— de construir en Tarragona el BCN World, un enorme parque temático dedicado al juego que acogerá media docena de casinos, Cataluña toma por fin el rumbo correcto. Si la propia Clara Ponsatí, la abuelita que fue una de las líderes del *procés* y fugada desde entonces, confesó que todo había sido una enorme jugada de farol, es natural que Cataluña enfoque el futuro hacia esa lúdica dirección. Si, encima, el lacismo ha demostrado ser una operación montada por una banda de trileros sin escrúpulos, ya que junto al que ocultaba la bolita, había unos cuantos haciendo de cebo para pillar al incauto —léase prensa afín al régimen—, no cabe duda de que el juego es nuestro mayor activo. La republiqueta, de haber existido, no sería la Dinamarca del sur que nos habían vendido, sino algo mucho más cercano: un Montecarlo del sur.

Sin republiqueta nos hemos quedado en comunidad autónoma, igual que Madrid, lo que tampoco está mal. Dicho estatus nos permitirá ser la Nevada del este, que aun sin ser estado independiente, acoge a Las Vegas, Reno, Laughlin y Paradise, entre otras urbes pensadas para que los jugadores sean felices, es decir, para que se dejen ahí el dinero. Madrid ha sido siempre ciudad de timbas clandestinas, de hecho en Madrid casi todo el dinero se gana y se pierde clandestinamente, por eso quienes lo ganan se delatan gastándolo a espuertas en caprichos caros, aunque más que caros interesa que sean ostentosos, como relojes y coches —véase el caso de Luis Medina, duque de Feria, y su socio Alberto Luceño, con las mascarillas—, que se entere el todo Madrid de que son ricos: ¿qué sentido tiene hacer dinero si los demás no lo saben?

De esa futura Cataluña podrán disfrutar esencialmente los turistas, más algunos catalanes privilegiados, de esos que lucen lazo amarillo como signo de opresión. No obstante, el resto de los catalanes, en especial los jóvenes, se van a beneficiar también de ese maravilloso porvenir: podrán trabajar de camareros, de friegaplatos o de barrenderos (los platos y las calles deberán estar impecables para dar buena imagen). Incluso las catalanas más

agraciadas por la naturaleza podrán ganarse sus buenos euros en clubes de estriptis, de eso no falta en los lugares de juego, una cosa va aparejada a la otra y de alguna forma habrá que procurar que quienes hayan sido afortunados en las mesas de póker y *black jack* y en las máquinas tragaperras se gasten el dinero en la propia Cataluña. Es en estas ocasiones cuando se presenta en toda su crudeza la falsedad del refrán «afortunado en juego, desgraciado en amores». Los amores, por lo menos los de pago, suelen acompañar a los afortunados en el juego.

Por si fueran pocas las ventajas, esa especie de reconversión industrial que se cierne sobre Cataluña llevará aparejada la tan deseada desjudicialización de la política, deseo compartido por el Gobierno español. Todos los cargos electos catalanes podrán hacer lo que les venga en gana, sea legal o ilegal. Y es que, a semejanza de Las Vegas, lo que pase en Cataluña, se quedará en Cataluña.

Carteles contra la violencia

Al botifler le dan pena las mocitas madrileñas, desamparadas ante la violencia de género. Echo de menos en Madrid, y eso que me he desplazado a poblaciones vecinas para comprobar si no sería una ausencia puntual, esos carteles que tanta tranquilidad aportan y que se encuentran a la entrada de un montón de poblaciones catalanas. Rezan: «Municipio contra la violencia de género», o incluso un mucho más drástico «Este municipio no tolera las agresiones sexistas». Quizás exista algún municipio madrileño que haya puesto también en la entrada ese cartel salvador, no digo que no, en todo caso no lo he visto. De existir, es seguro que lo son en un número menor que los catalanes, que para esas cosas han sido siempre pioneros.

Cuando un municipio deja claro mediante un cartel perfectamente tipografiado y bien a la vista que no tolera las agresiones sexistas, está anunciando explícitamente que va a por todas, que su lucha es hasta el final. Un cartel contra la violencia sexista es la solución definitiva, a partir del mismo momento en que ha sido colocado, cuando ha sonado el último golpe de martillo contra el último clavo que lo sujeta, se ha abolido la violencia sobre las mujeres. Los agresores que vivían en el pueblo huyen despavoridos, y los que tenían la intención de entrar en él para atizarle a una mujer o para tocarle subrepticiamente el culo a otra, se van a buscar otro lugar más tranquilo donde hacerlo, un lugar en donde ningún cartel se lo impida.

Es de suponer que los municipios que no han tenido la precaución de colocar uno de esos carteles están a favor de la violencia de género, los muy desaprensivos. Son poblaciones donde no rige el Código Penal, y donde los maltratadores gozan de carta blanca para darles cera a las señoras, día sí, día también. Si en esos

lugares sin rótulo, un policía despistado quisiera detener a uno de esos hombres porque ha sido pillado *in fraganti* dándole con un martillo a su santa, este lo tendría fácil para exculparse.

—Es que en este pueblo no hay ningún cartel contra la violencia de género, señor agente.

—Caramba, pues tiene usted razón. Siga dándole a su mujer, siga, perdone la interrupción. Que usted lo pegue bien.

En Cataluña, como somos más cívicos y más honrados que en el resto de España y por supuesto muchísimo más que en Madrid, además de los susodichos rótulos contra la violencia de género y las agresiones sexistas, tenemos los de «Municipio adherido a la República catalana», que son igual de eficientes que los anteriores. Por eso ambos carteles conviven a menudo a la entrada de las poblaciones, uno al lado del otro, para que el viajero sepa que está llegando a un lugar donde las cosas se hacen bien, con seriedad, que en ese pueblo no vive gente que guste de hacer brindis al sol, sino lugareños que tocan con los pies en el suelo. De esos que saben que, igual que poniendo un cartel de la República catalana esta pasa a ser un ente real con asiento en la Asamblea General de la ONU, poniendo uno contra la violencia de género se elimina automáticamente esta lacra de la sociedad. Quizás en Madrid se me haya pasado algún cartel contra la violencia sexista, pero me extrañaría que hubiera uno solo adherido a la republiqueta catalana. O sea que, en cuestión de carteles, Cataluña siempre gana.

Es curioso que nadie haya pensado en solución tan sencilla, a la par que efectiva, para evitar otros delitos. Estaría bien que los ayuntamientos prohibieran también —mediante carteles encargados ex profeso a algún amigo o familiar, como suele suceder— que en su término municipal se cometieran asesinatos, robos, estafas, corruptelas, venta de droga y abusos de menores, por mencionar solo los que me vienen en este momento a la mente. Un cartel anunciando que «Este municipio no tolera los robos» sería sin duda mano de santo contra los amigos de lo ajeno, de la misma forma que lo es contra los agresores sexuales. Y así, con todos los demás delitos del Código Penal, procurando que no tapen

unos carteles a los otros, ni especialmente —en los municipios catalanes— el que proclama su pertenencia a la republiqueta. Sé de algunas brigadas que se dedican a arrancar estos últimos con nocturnidad y alevosía, provocando el consiguiente pánico en el pueblo, al descubrir de buena mañana que han dejado de pertenecer a la republiqueta. Se han convertido en españoles mientras dormían.

Mientras eso no suceda, uno puede pensar que los municipios con cartelito se muestran contrarios a un solo tipo de delito y toleran todos los demás. Si condenan solamente un delito, puede inferirse —con toda lógica— que no les importa que se cometa cualquier otro. Esto pondría de nuevo en un brete a los agentes de la ley que —esta vez— pillaran *in fraganti* a un atracador robándole la pensión a un vejete, a punta de navaja.

—Señor policía, es que a la entrada del pueblo dice solamente que no se van a tolerar las agresiones sexistas.

—Ah, pues tiene usted razón. Siga atracando al abuelo, siga, y si se resiste, no dude en pincharle. Buenas tardes y que usted lo atraque bien.

En *Un paraíso inalcanzable*, John Mortimer retrata con su sarcasmo habitual una manifestación antinuclear en la Inglaterra de los años setenta, relatando cómo toda aquella gente, con su aspecto *hippie*, sus pancartas y sus eslóganes, más su resistencia a las cargas policiales, al llegar a casa derrengados y poner la televisión, se sorprendían de que no hubiera ninguna noticia anunciando que las centrales nucleares habían sido desmanteladas. ¿Cómo era posible que siguieran funcionando después de la exitosa manifestación que habían protagonizado? Imagino que los ediles de los «Municipios adheridos a la República catalana» y los de los municipios contra las agresiones sexuales quedarán también sorprendidos al percatarse de que la realidad no suele hacer caso a los carteles. Quizás la realidad no sabe leer.

Subvenciones

El botifler escucha la palabra «subvención» y echa mano a la pistola. Si no la lleva, echa la mano a la cartera, para que no se la roben. Un antiguo director de mi periódico me contaba que fue llamado en una ocasión al despacho de un alto cargo de la Generalitat, de hecho era un alto cargo convergente, pero esa gente no distingue entre el partido y el Governet, todo es el mismo cortijo. El político, uno de los que siempre suenan cuando se descubre algún trapicheo en Cataluña, le soltó sin ambages: «Si el *Diari de Girona* se porta bien con nosotros, nosotros nos portaremos bien con el *Diari de Girona*». No lo dijo como una amenaza, ni siquiera como una advertencia, y eso era lo peor de todo, porque indicaba que era un trato habitual. Las subvenciones y la publicidad institucional son el caramelo con el que el poder consigue que el periodismo deje de serlo.

En Madrid también, claro, aunque es un hecho demostrado que, al lado de los catalanes, aquí son unos aprendices. En Madrid se reparten generosamente los dineros de todos, como en todas partes. En 2021, por ejemplo, el Gobierno español invirtió —el verbo invertir tiene aquí más sentido que nunca, puesto que el objetivo es conseguir beneficios— en publicidad y comunicación institucional en los medios más de 123 millones de euros, a los cuales hay que sumar otros 120 millones de campañas comerciales publicitarias de los diferentes organismos públicos.

—¿Usted qué prefiere, toda una página de publicidad en su periódico sobre la próxima campaña de la declaración de renta, o media página?

—Me gustaría toda una página, señor ministro.

—Pues a mí me gustaría que su periódico dejara de criticar al Gobierno por el incremento del IPC. ¿Qué le parece? ¿Nos

ponemos de acuerdo?

Hablando se entiende la gente.

También se regó el cine español con 70 millones de euros, así como un sinfín de proyectos de nombre tan pomposo —un nombre pomposo asegura de entrada media subvención— como «Programa de capacitación *online* para el fortalecimiento institucional en América», o «Proyecto de dinamización del patrimonio musical tradicional y del patrimonio construido en Uagadugú» (la capital de Burkina Faso), o el proyecto de la ONG Moviment per la Pau llamado «Acompañamiento a víctimas de minas antipersonal y munición sin explotar en Colombia», o a la Asociación Cultural Alas Abiertas para promover la danza en niños y jóvenes con discapacidad; incluir niños con discapacidad es garantía de subvención, uno los imagina danzando pese a su discapacidad y suelta el dinero que sea. Buscando, buscando, encontré incluso —al parecer, el nombre largo, igual que el pomposo, es básico a la hora de conseguir dinero— un «Proyecto integral para mejorar la calidad de la enseñanza primaria y el acceso de los niños a la misma, así como garantizar la formación de profesores docentes y la atención sanitaria básica en la escuela de Fatoma». Fatoma, toma ya, es una comuna en la región maliense de Mopti, y cómo no vamos a destinar todos un poco de dinero a tal lugar, y más si aparece la palabra «niños» en la petición. Los niños sirven para bien pocas cosas, no vamos a engañarnos, pero una para la que son insustituibles es para tocar la fibra, y más importante, la cartera, del prójimo, eso lo sabemos desde que salíamos con la hucha del Domund para que los negritos no se murieran de hambre. Pusieron también el capazo de recoger subvenciones la Asociación Amigos del Cine Experimental, algo llamado Mirada Compartida, la Fundación Red del Teatro Español de América, el Congreso Feminismo Islámico —ahí no puede faltar la imagen de una señora con burka, a poder ser en la playa, mientras su marido luce bañador tipo Meyba—, o la Fundación Wordforge, que al parecer intenta proteger sobre todo las lenguas minoritarias de Asia y África, que es otra causa a la que, si uno tiene corazoncito, no puede negarle unos dineritos. Que no se diga que por ser tacaños

en España, una tribu africana se queda sin hablar su lengua.

Aficionados, son todos unos aficionados. En Cataluña, que es más pequeña, el Governet se gastó «solo» cuarenta millones en financiar medios públicos y privados a través de subvenciones directas o con publicidad institucional. Los más afines al Governet reciben más, y si alguien desconoce esta regla, no tiene más que pasarse por el despacho adecuado, como hizo mi antiguo director, y se la van a explicar.

—¿Prefiere usted toda una página en su periódico de publicidad institucional del Día de Sant Jordi, o un cuarto de página?

—Me gustaría toda una página, *conseller*.

—Pues a mí me gustaría que su periódico dejara de criticar los millones que nos gastamos en embajadas en el extranjero, resaltando que sirven solo para colocar a nuestros amigos. ¿Qué le parece? ¿Llegamos a un acuerdo?

Hablando se entiende la gente.

Òmnium Cultural y Plataforma per la Llengua, que bajo su apariencia cultural no son más que entidades politizadas que reman a favor del independentismo, reciben más de 500.000 y 135.000 euros anuales, respectivamente. Aquí no hace falta inventarse nombres pomposos y largos, ni meter por medio niños discapacitados, ni mujeres atenazadas por el islam, es todo mucho más sencillo, basta con ser lacista.

En un *sketch* de los Monty Python titulado *El Ministerio de los Andares Tontos*, John Cleese —equipado con bombín, paraguas y *The Times* bajo el brazo— se dirige al trabajo andando de forma totalmente estrafalaria. Cleese —vemos más tarde— es funcionario de un ministerio cuya misión es subvencionar los andares tontos, y como trabajador ejemplar, él es un vivo ejemplo de lo que en su oficina promocionan. Cuando llega al ministerio, nos damos cuenta de que ahí no hay nadie que camine con normalidad, ni siquiera la secretaria que sirve el café, que vuelca todo el contenido de la bandeja. El eficiente funcionario recibe en su despacho a *mister* Putey, quien le explica que necesita una subvención para poder desarrollar su andar tonto, ya que —él mismo reconoce esta

carencia— no es suficientemente tonto. Le hace una demostración en el propio despacho, que Cleese observa con atención, incluso corrigiéndole para conseguir que su andar sea aún más imbécil. Con gran pesar, Cleese le informa de que los recortes del Gobierno en el ministerio le obligan a negarle la subvención solicitada. A cambio, le enseña a *mister* Putey un vídeo de andares tontos y le ofrece una subvención para trabajar en el andar tonto anglo-francés llamado *La Marche Futil*.

Uno imagina al presidente de la Plataforma per la Llengua paseando por las calles de Barcelona, con barretina en la cabeza y *El Punt Avui* bajo el brazo, o al revés, qué más da. Hablando en catalán con los inmigrantes recién llegados a Cataluña sin que estos le entiendan una sola palabra, y tomando nota de los bares donde el camarero le atiende con un «¿qué desea el señor?» en lugar de un «*què desitja el senyor?*», para denunciarlos ante la autoridad competente. El hombre de la barretina y *El Punt Avui* es el funcionario encargado de conceder subvenciones a libros, series de televisión o películas que tengan el catalán como lengua. Da igual que su valor artístico sea nulo —así se promocionó el rock catalán— mientras sea en catalán.

—Mmm, no sé, nos han recortado los fondos para poder abrir más embajadas exteriores, hay mucha gente a la que colocar, usted se hará cargo. Además, he revisado este libro que me ha traído y en la página 215 uno de los personajes dice, a ver, lo tengo aquí anotado, sí, exactamente, dice «*hola, carinyo*». «*Carinyo*» es una palabra que no existe en catalán, debería decir «*hola, estimat*».

—Pero es que todo el mundo dice *carinyo*, está totalmente aceptado.

—No por esta *conselleria*, lo siento mucho.

Facilitaría mucho las cosas que en España hubiera un Ministerio de los Andares Tontos, para que todo el mundo accediera a fondos públicos sin tener que buscarse una excusa en forma de proyecto, ONG, fundación o asociación, que bastara con andar como un imbécil. Con su correspondiente *conselleria* en Cataluña, por supuesto, que en esas cosas de repartir dinero hay que traspasar las competencias a las autonomías, de modo que

todo el mundo pueda beneficiarse. Si no lo hay, tal vez sea porque ya existen unos cuantos ministerios y *conselleries* de las subvenciones tontas, que cumplen con el cometido de regar con dinero público a todo el que el poder crea que lo merece, o que no lo merece pero tanto da.

Aunque lo más posible es que no exista tal ministerio por una razón tan simple como la falta de dinero, que si no, estaría ya funcionando a pleno rendimiento. Tanto en Cataluña como en Madrid, los ciudadanos debemos dar cada día gracias de que siga perfectamente vigente la frase que pronunció Talleyrand hace un par de siglos: «Nadie puede sospechar cuántas idioteces políticas se han evitado gracias a la falta de presupuesto».

Los refugiados ya no son tan bienvenidos

El botifler quería traerse como acompañante a Madrid a una refugiada ucraniana, pero su señora, con buen criterio, no se lo permitió. Las señoras tienen un sexto sentido para esas cosas. Bueno, no todas, no lo tuvo —o lo tendría atrofiado, quizás sea ese uno de los efectos secundarios del covid que todavía se desconocen — la señora Garnett, que admitió en su casa a Sofiia Karkadym, una chica ucraniana de veintidós años que huía de la guerra; quién va a negarse a un acto así de altruista y solidario. Lo que ocurrió es que Tony, el marido, se enamoró de Sofiia, y dejó a su mujer y a sus dos hijos en casa para vivir su historia de amor. No crean que el bueno de Tony tardó mucho en convencerse de que su lugar en el mundo estaba junto a la joven ucraniana y no con su familia: diez días fueron suficientes para decir «aquí os quedáis», con lo que uno barrunta que, más que el amor, a Tony lo movía una quemazón bragueteril. No le culpemos por ello, ponga usted en su casa, lector, una veinteañera del este de Europa sola y desamparada, de las que agradecen efusivamente cualquier muestra de humanidad después de haber vivido las salvajadas de la guerra, y ya me contará.

Imagino que esa historia de amor no habrá beneficiado en nada a los miles de damnificados que aspiran a salir de Ucrania, y menos que a nadie, a las rubias jovencitas, que a la que corra la voz no van a encontrar familia que las acepte. Por fortuna para ellas, quedan los hombres solteros, esos que han descubierto que para qué perder el tiempo en Tinder si puedes traerte una ucraniana a casa y encima quedar como un solidario en lugar de como un salido. Por no mencionar que, si hay un cielo, ya tienes un trozo ganado gracias a este gesto.

Será por eso que al poco de comenzar la guerra empezaron las

expediciones en automóvil particular a Ucrania, una caravana de solteros como las que se estilaban hace unas décadas hacia la España vaciada. La caravana a Ucrania estaba formada por tipos —mayoritariamente hombres maduros, muchos de ellos con un matrimonio fracasado a sus espaldas, o esa es la pinta que tenían— que iban a por refugiados acompañados de un amigo, esas cosas se llevan a cabo siempre en compañía de un amigo. He escrito refugiados, y así lo anunciaban ellos a la prensa, que se hacía eco de actitud tan humana, aunque todo el mundo sabía que el objetivo no era ningún ucraniano, sino alguna ucraniana. Tras los primeros bombardeos rusos a poblaciones de Ucrania, casi no quedaba población sin un par de mozos que no hubieran salido en los papeles explicando sus planes de auxilio social. Puesto que traerse un par de refugiados no soluciona nada y además ya existen organizaciones que se dedican a ello, no hace falta ser un genio de las deducciones para adivinar que lo que movía a esos cuarentones y cincuentones solidarios era el deseo. No el de ayudar, sino el deseo a secas. Tal vez también el sentirse queridos, aunque de manera un tanto peculiar, de la forma como se sintió querido Tony Garnett, no tanto su señora. Imagino a esos salidos solidarios llegando a la frontera ucraniana, después de haberse afeitado y perfumado en la última área de servicio y —nada más apearse del coche— echando un vistazo al personal femenino digno de ser socorrido.

—Buenas, venimos a salvarles. A la abuela y a los hombres ya pueden quedárselos, poco podemos hacer por ellos. Las dos chicas que vayan entrando al coche. Hola, guapas, ¿una cervecita?

Se desconoce cuántas familias acabaron como los Garnett en España, supongo que unas cuantas. Aunque es cierto que también llegaron refugiados que no eran rubias ni tenían formas voluptuosas. A uno le compré en Madrid un pollo asado sin saber que lo era (sin saber que era refugiado ucraniano, del pollo no tenía dudas de que fuera un pollo), aunque por el acento adiviné que no era español. Le pregunté, y me confesó su origen.

—Uy, ¿ucraniano? Qué bien, qué bonito país —apuntó una señora que hacía cola detrás de mí, queriendo ser cortés.

Se instaló un silencio incómodo en la cola de los pollos, nadie sabía cómo reaccionar salvo estos, que seguían dando vueltas en su espeto sin que al parecer les importara nada de lo que allí se hablaba.

—Bueno, quizás no tanto… —después de unos larguísimos segundos acertó a añadir la señora, al darse cuenta de que había metido la pata.

No sé cómo continuó la conversación, recogí mi pollo y me marché. Sí puedo asegurar que al día siguiente pasé por el mismo lugar y el ucraniano seguí allí, al mando del tenderete de pollos, con lo que descarté que hubiera cometido una insensatez con la señora, por lo menos no ninguna tipificada en el Código Penal. El pobre hombre ni siquiera lloraba, como hubiera sido lo natural. Si hubiera tenido unos años menos y una melena rubia —amén de otro sexo— no estaría sirviendo pollos a señoras que consideran una bendición de los tiempos actuales ser de Ucrania, pensé.

Aun en el improbable caso de que alguno de los que iban en busca de una refugiada para uso y disfrute particular hubiera tenido éxito, este le habrá durado poco. Refugiados y refugiadas ucranianas tardaron poco en percatarse de que es mejor volver a casa y arriesgarse a que un misil ruso te mande al otro barrio que intentar sobrevivir en España, por lo menos allí tienen alguna probabilidad. Aquí, ninguna. Si ya les cuesta Dios y ayuda a los nativos sobrevivir en España, para un refugiado es tarea imposible, mejor alistarse. Al cabo de muy poco tiempo de haber llegado, ya se dan cuenta del error.

«Hola. Siento mucho tener que escribir este mensaje, pero me vuelvo a Ucrania. Aquí [en España] no puedo vivir, es solo trabajar para pagar alquiler y comida. Lo que gano aquí no lo veo. Regreso en coche y necesito dinero para gasolina, por lo que estaré muy agradecido con cualquier ayuda», escribía en las redes sociales, a los tres meses de llegar, un ucraniano que había creído ilusoriamente que en España podría rehacer su vida.

A un trabajador español tampoco le queda actualmente dinero para nada que no sea alquiler y comida, en eso no hacemos diferencias con los extranjeros, pero nosotros ya estamos

acostumbrados. Un ucraniano, en cambio, vive en su país ganándose el sustento en mitad de los horrores de la guerra, entre granadas, obuses y disparos, y nada le ha preparado para los horrores de la paz a los que por estos lares estamos tan habituados. El ucraniano piensa que nada puede ser peor que la guerra que azota su país, hasta que llega a España y comprueba en propia piel cómo nos azota la paz. Entonces le falta tiempo para reunir unos cuantos euros y regresar a la tranquilidad de un conflicto armado, donde no tendrá que deslomarse de sol a sol para terminar sin ahorrar un solo euro. Entre los combatientes ucranianos que se enfrentan a los rusos, tienen merecida fama los que han estado viviendo un tiempo en España antes de incorporarse a filas, puesto que a nada temen, no dan valor alguno a su propia vida, así de cerca han vivido el horror. Su valentía y temeridad son legendarios, los rusos huyen en cuanto saben que se enfrentan a ucranianos que sobrevivieron a la paz en España.

Cuando en los campos de refugiados corra la voz de cómo vivimos en España, los solterones rezagados que vayan a Ucrania a rescatar rubias van a ser recibidos a pedradas. No va a querer subir al coche ni la abuela.

Cataluña, el salvaje Este

El botifler está tumbado en la cama en su hotel, mirando la tele. No puede evitar sentir cierta nostalgia cuando aparece un reportaje de una playa de Barcelona, el equipo móvil de TVE entrevistando a un señor que se queja de *la calor*, debe ser el mismo señor que se queja del calor cada verano. Lo mejor del otoño es que desparecen los pesados que se quejan del calor del verano y todavía no asoman los pesados que se quejan del frío del invierno. El pesado ocupa casi toda la pantalla en un primer plano, diciendo pestes de las altas temperaturas, y de pronto, tras él, en la playa, se observa a un inmigrante que, después de mirar a uno y otro lado para cerciorarse de que nadie le ve —nadie excepto los millones que en aquel momento están sintonizando TVE— arrambla con la mochila de un despistado bañista y echa a correr con ella. Mientras entrevistado y entrevistador siguen a lo suyo porque no se han dado cuenta de lo que sucedía, los espectadores tenemos tiempo de ver todavía cómo llega corriendo el dueño de la mochila hurtada y empieza a dar voces para ver si alguien ha visto el robo. Debe de ser la primera vez que TVE retransmite un robo en directo.

Lo cual es un escándalo. Un delincuente, uno de tantos que trabajan en Barcelona, va a ganarse su jornal, y lo graban sin permiso. A este paso, nadie va a querer ir a robar a Barcelona. Es de esperar que Ada Colau haga algo contra los equipos móviles de RTVE, o de otro modo Barcelona perderá la fama que con tanto esfuerzo ha conseguido labrarse durante los últimos años. Además de poner coto a esta invasión de la intimidad —ni robar tranquilo una mochila le dejan a uno— seguro que la alcaldesa de la Ciudad Condal, siempre atenta a las preocupaciones de sus ciudadanos, pedirá explicaciones sobre las condiciones de trabajo del pobre ladrón, obligado a trabajar a pleno sol durante lo más duro de la

ola de calor (recordemos que el propio entrevistado lamentaba las altas temperaturas). El Ayuntamiento de Barcelona no puede permitirse que los cacos se arriesguen a un golpe de calor, conque probablemente exigirá a los bañistas que acudan a la playa a última hora de la tarde o a primera de la mañana, cuando el clima es más templado y los ladrones pueden trabajar con mayor comodidad.

La fama de ciudad del salvaje Este peninsular ha costado mucho esfuerzo, y en un solo día, por detalles como el de unas cámaras grabando a destiempo, puede echarse a perder. Ahora que cacos de toda Europa —y de más allá de los mares Mediterráneo y Atlántico— tienen a Barcelona como uno de sus destinos preferidos, hay que andar con cuidado para no desanimarles. Robarle las pertenencias a todo un campeón de Fórmula 1 como Sebastian Vettel fue sin duda una excelente promoción, y más cuando este persiguió infructuosamente a los malhechores en patinete eléctrico. A Robert Lewandowski le birlaron el reloj de la muñeca entrando al Camp Nou, al día siguiente de haber fichado por el Barça, cosa que demuestra que la fama mundial de Barcelona es merecida. No solo de Barcelona, también de sus zonas limítrofes, pues la casa de los Aubameyang, en Castelldefels, fue asaltada mientras el jugador del Barça y su familia se encontraban en su interior. Auba y su mujer fueron agredidos delante de sus hijos y los atracadores se hicieron con las joyas de la caja fuerte. Hasta aquí, todo correcto, deportistas de fama mundial dan fe de que Barcelona es una ciudad donde todo el mundo puede dar un buen golpe, hasta ahora solo tenían tal fortuna los anónimos turistas a quienes al mínimo descuido —y aunque no se descuiden — les arrancan de la muñeca el reloj, y ay de ellos que se resistan. Las peleas a machetazos que de vez en cuando tienen lugar en el barrio del Raval están muy bien para los barceloneses de toda la vida, y ciertamente constituyen una costumbre ya consolidada, pero no nos situaban en el mapamundi como lo hace la nueva delincuencia.

Lo que hay que procurar es que las cosas no solo sigan así, sino que mejoren. Para ello es fundamental, uno, conseguir que los

atracadores trabajen en horarios dignos —si robar a pleno sol es un engorro, no lo es menos tener que ir de madrugada a asaltar un chalet, eso no hay conciliación familiar que lo resista— y dos, que puedan hacerlo sin el peligro de ser grabados. En caso contrario los ladrones y atracadores se quejarían, con razón, de que mientras los okupas pueden entrar en una casa y quedarse a vivir en ella con el beneplácito de las autoridades, ellos tienen cada vez más dificultades para llevar a cabo su trabajo, ya sea por los horarios o por la acuciante falta de intimidad.

Uno no entiende por qué los ladrones y atracadores no han de tener las mismas facilidades que los okupas. Cerca de la casa que tiene mi familia en la población costera de L'Escala, en plena Costa Brava, un grupo de okupas se ha instalado en la casa de un turista inglés; el hombre hace tiempo que no viene a su segunda residencia y esta tiene aspecto de semiabandonada. El grupo de jóvenes llegó de buena tarde y a plena luz del día, para qué tendrían que esconderse, forzaron la entrada y se instalaron como si estuvieran en su casa. Un vecino comunicó el allanamiento a la policía, y esta le respondió que nada podía hacer si el propietario no presentaba denuncia. El propietario, en Inglaterra, no se ha enterado de nada, y al parecer la administración no tiene medios para ponerse en contacto con él, cosa distinta sería si se tratara de notificarle el retraso en el pago de una tasa o contribución. El grupo de okupas organiza fiestas cada noche para solaz de los vecinos. Nadie piense que se trata de una familia que no tenía donde caerse muerta: por la noche he compartido terraza junto al mar con el grupo de okupas, ahí estaban, a mi lado, tomándose una copa y cada uno con su móvil de última generación en la mano. El sindicato de atracadores debería tomar buena nota de que nadie les grababa ni tampoco salían por televisión en un descuido de un entrevistador. Si queremos que, además de los okupas, los ladrones también se sientan como en casa debemos tratarles a todos con la misma cortesía, sin distingos.

Buena parte del mérito de que Cataluña vaya por camino de ser líder mundial de delincuencia es atribuible a unos dirigentes políticos que siempre han predicado con el ejemplo, sosteniendo

que la ley solo les obliga cuando no perjudica a sus intereses. Una vez hemos conseguido que Cataluña y su capital sean un polo de atracción para un sector empresarial que mueve cada día más millones como es el de la criminalidad, no podemos dejarlo escapar. Y menos, con Madrid siempre al acecho para hacerse con lo que Cataluña desprecia, ahí está para corroborarlo el auge de las bandas latinas, que amenaza con arrebatarnos el título de capital del hampa.

De todas formas, la competencia siempre es sana, cualquier economista sabe que la rivalidad agudiza el ingenio y provoca mejoras en ambas partes. Seguro que, a no tardar, Cataluña y Madrid, en comandita, serán la envidia del mundo entero, dejando en mantillas incluso a la Chicago de los años veinte, ese espejo donde parecen mirarse.

La vuelta al mundo en un velero

El botifler revive la vuelta al mundo de Juan Sebastián Elcano, es un decir. Al lado del Museo del Ferrocarril, Ibercaja ha montado una carpa en el interior de la cual seis esforzados marineros-actores, a bordo de una réplica de la nao Victoria, simulan enfrentarse a mil tormentas y calamidades. Se conmemora así el quinto centenario de la llegada del marino español a Sanlúcar de Barrameda, después de completar por primera vez la vuelta al mundo. Los efectos especiales están muy bien logrados, y los marineros, metidos del todo en su papel, pero en las gradas estamos solamente dos parejas y un niño, que además es el mío. Hay más gente a bordo que siguiendo las peripecias de los marinos, que no dejan de balancearse, trepar por las jarcias y lanzarse los sacos de lastre de un lado a otro del navío, para equilibrarlo y que no se hunda en la tormenta. O eso me parece entender, no estoy muy metido en navegación, y mucho menos a vela.

—¿Papá, falta mucho para que eso termine?

—No sé hijo, el viaje duró más de tres años y llevamos aquí solamente veinte minutos.

Elcano es ahora el nombre de un buque escuela que de vez en cuando lleva en su sentina, además de víveres, droga de la buena, de alguna forma han de ganarse la vida los cadetes. El buque, todo un emblema de la Armada, atraca en Barcelona con total tranquilidad. En los tiempos álgidos del *procés*, la visita del Juan Sebastián Elcano o un partido de la selección española en Barcelona habrían provocado manifestaciones, gritos, chillidos y vestiduras rasgadas. El lacismo está tan de capa caída que ni para eso tiene ya fuerzas. Uno echa de menos los viejos tiempos, con chavales y abuelos organizando trifulca, todos a una. Igual es que se han dado al fin cuenta del inmenso engaño que sus líderes les

endosaron, pero aun así, no está bien que dejen de organizar esos actos de protesta que se habían convertido ya en rutinarios, incluso en emblemáticos, ya eran como los *castellers*. Los lacistas deberían tener presente que todo lo que consiguieron después de años de *procés* fue salir a berrear de vez en cuando con la más peregrina excusa. Si ya no son capaces ni de eso ¿de qué ha servido el *procés*? Hay que regresar a los orígenes.

Sentados en las gradas dispuestas por Ibercaja, sin levantarnos ni por un momento por miedo a que nos pille la tormenta que azota la nave a escasos cinco metros de nuestras narices, tenemos cierta semblanza con el rey de España. No lo digo porque a este le guste también navegar a vela —como a su padre y a su abuelo, aunque en ambos casos fuese como excusa para recalar en el club náutico y ponerse tibios a champán y marisco, por supuesto por la patilla—, sino por lo que le cuesta mover el culo. O sea, levantarse.

Hasta aquí, hasta Madrid, han llegado las imágenes de Felipe VI permaneciendo sentado al paso de la espada de Simón Bolívar, durante la toma de posesión de Gustavo Petro, nuevo presidente de Colombia, en Caracas. Los demás jefes de Estado se levantaron respetuosamente, no así el español, sin duda aquejado de alguna dolencia en salva sea la parte, puesto que a nadie le pasa por la imaginación que, educado en los mejores colegios, haya olvidado las más elementales normas de cortesía y urbanidad.

Sea cual sea esa dolencia, al parecer afecta con frecuencia a los más altos representantes de España. Años atrás, fue el entonces presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, quien no se levantó al paso de la bandera de Estados Unidos, durante el desfile de las Fuerzas Armadas que se celebraba en Madrid. Zapatero fue también el único que aquel día permaneció sentado, como si algo le impidiera incorporarse.

Puede aducirse ignorancia, por supuesto. No es descartable que ni el rey ni Zapatero tuvieran ni puñetera idea de qué demonios era aquella espada antigua ni aquella bandera a rayas rojas y blancas, respectivamente. Al fin y al cabo, ni para ser rey ni para presidir el Gobierno hace falta superar examen alguno, puede serlo cualquiera que nazca en el lugar adecuado o que logre que le

voten los suficientes españoles, otra vez respectivamente, y ambas circunstancias son producto del azar. Pero aun admitiendo la más que probable ignorancia de tan ilustres representantes de la nación, basta con observar cómo actúan los demás asistentes al mismo acto para hacerse una idea de lo que debe hacer uno. Eso es lo que hago yo cuando, por bodas, bautizos o funerales, me toca ir a misa: observar a los que sí saben, para saber cuándo levantarme, cuándo sentarme, cuándo simular que rezo y cuándo arrodillarme, si es que lo de arrodillarse se lleva todavía. Yo no sé de liturgia católica y el rey y Zapatero no saben de nada, pero con un poco de buena voluntad y otro poco de abrir bien los ojos, se puede disimular la ignorancia.

Existe también la posibilidad de que se trate de una patología física, cosa que no obsta para que exista también la ignorancia, especialmente si tenemos en cuenta quiénes fueron los individuos que no se alzaron cuando tocaba hacerlo. ¿Problemas de lumbalgia? ¿Dolorosas hemorroides que aconsejan no mover demasiado el culo cuando este ha hallado una postura aliviada? ¿Artrosis en las extremidades inferiores? ¿Un juanete?

No nos pongamos dramáticos, no hace falta asustar a los monárquicos y socialistas que en el mundo son, mediante el listado de enfermedades o accidentes.

Aunque cómo no pensar en una bragueta cerrada con prisas, que ha atrapado entre sus dientes el regio o presidencial escroto. Eso explicaría la total inmovilidad del rey y del presidente, para quienes el menor movimiento podría resultar fatal. No, tal vez la explicación sea mucho más sencilla, aunque no por ello menos urgente: probablemente nuestro rey y nuestro presidente se estuvieran aguantando unas irrefrenables ganas de hacer pis. Estos desfiles y celebraciones nacionales suelen durar horas, y si antes ha habido un piscolabis para agasajar a los invitados, donde no faltan bebidas de calidad, ya tenemos el problema servido. Levantarse de sopetón al paso de espada o bandera, justo cuando uno está apretando el esfínter en posición sedente —¿quién no se ha hallado alguna vez en situación semejante?—, es un problemón que puede derivar incluso en conflicto diplomático. Entre permanecer

sentados o incorporarse y que una mancha se vaya extendiendo por la parte delantera de los pantalones —ante cámaras de televisión del mundo entero, no lo olvidemos—, Felipe VI y Zapatero optaron por la solución más honorable, aunque personalmente quedaran como unos completos maleducados. Se sacrificaron por España, o sea.

El lacismo madrileño

Al botifler le ha costado encontrarlo, pero finalmente ha descubierto que en Madrid hay también lacismo. Blanco en lugar de amarillo, pero lacismo. En Cataluña, cualquier crítica, no digamos una broma, contra el lacismo es automáticamente repudiada, uno no puede criticar, mucho menos reírse de él, es un sentimiento cercano a la religión. Lo mismo ocurre en Madrid con el Real Madrid: ay de quien ose siquiera insinuar algo contra el club, y pobre de quien se atreva a reírse de él. Los lacistas, sean amarillos o blancos, poseen siempre la razón, y quien les lleva la contraria es un facha o un envidioso, porque todo el mundo sabe que ser lacista —amarillo o blanco— es lo máximo a lo que puede aspirar un ser humano. No es que sean supremacistas, simplemente son superiores.

La falta de sentido del humor es una característica común a ambos tipos de lacismo, no sé si lleva peor la burla un independentista catalán o un fanático del Real Madrid. Ambos tratan de venderte esa superioridad que creen tener en exclusiva, y los dos dan risa a quien se lo mira desde cierta distancia ideológica. Reacciones parecidas, diría que intercambiables, he tenido cuando he escrito un artículo mofándome del *procés* o del Real Madrid. Unos me prometen que con la independencia seré más rico, y otros que siendo del Real Madrid tendré más Copas de Europa que nadie. Los memes infantiloides que pretenden burlarse de quienes no siguen a la verdadera religión son habituales en ambos casos, parece como si estuviera vetado ser seguidor de unos y otros, a quien hubiera dejado atrás la enseñanza primaria.

No faltan ni siquiera las semejanzas entre sus más conspicuos telepredicadores, Tomás Roncero y Pilar Rahola son a menudo indistinguibles, pero son solo la punta de lanza de una legión de

forofos metidos a periodistas. Algunos medios de comunicación reciben generosas subvenciones para hablar siempre en positivo del *procés* y del Madrid, de Florentino y del Vivales, de Bernabéu y de Pujol.

Ese mirar por encima del hombro a los demás, asegurando que andaluces y extremeños son unos vagos, o que Atleti y Barça son unos segundones, se parece demasiado al lacismo catalán como para no pensar que tienen un mismo origen. Lo mismo que la costumbre de sacar a relucir glorias pasadas que no vivió nadie. Pero sobre todo es ese ofenderse si alguien pone en duda sus méritos, como si alguien les hubiera mentado a la madre.

Son el ombligo del mundo. Merengues y lacistas están absolutamente convencidos de que el mundo está pendiente de ellos, y nadie podrá convencerlos jamás de que a nadie importan. Uno ya no sabe si el 11 de Septiembre hay manifestación en el Passeig de Gràcia o en Cibeles, así de confundido me tienen.

Despedida y cierre

Se termina mi estancia en Madrid, ya estoy montado en el tren de vuelta, tras saludar a la escultura del viajante de comercio. Antes de emprender viaje de retorno he comido mollejas, un delicioso plato que no había probado nunca y que, al parecer, en Cataluña no existe. O apenas, no sé si por algún tema sanitario.

El viaje empezó coincidiendo con Monedero en Casa Perico, un restaurante fuera de cualquier ruta turística, rodeado de putas de todos colores y medidas (Casa Perico, no Monedero), que ya ha pasado a mejor vida (Casa Perico, no Monedero), convertido en un restaurante alemán, de los de chucrut y cerveza, adiós a los callos. Lo he finalizado coincidiendo en Atocha con otra figura política, una de esas niñas de la CUP (en la CUP todas son niñas, por lo menos hablan todas en femenino, y hoy en día está todo tan embarullado que es mejor fiarse del género que utilizan para referirse a sí mismas que del aspecto e incluso de la anatomía), habrá venido a Madrid a proclamar alguna revolución o a grabarse con el móvil en el hemiciclo del Congreso, aunque bien pensado probablemente sea esa su idea de revolución. He tenido que mirarla un par de veces para reconocerla, así de impresionante es la panza que luce, me inclino a pensar que está embarazada, no puedo creer que un abdomen como este sea producto de la buena vida, tratándose como se trata de una oprimida. Ahora recuerdo su nombre. Baños, se llama la chica que se halla en estado de buena esperanza. Antonio Baños, por más señas.

No es raro que ande por aquí. Me aseguran que hay en Madrid unos 250.000 catalanes. «No son indepes, están aquí trabajando o haciendo negocios», me pone al día mi informante, profesor universitario de origen alemán, dando a entender que ser independentista está reñido con trabajar. «De hecho, los catalanes

son uno de los *lobbies* regionales que tienen poder en Madrid, junto a los vascos, los gallegos y... los asturianos», afirma. Intuyo que, si eso es así, no es gracias a los políticos que actualmente exporta Cataluña a Madrid, sino a pesar de ellos.

Arranca el AVE.

Madrid es un conjunto de gente ingeniosa que realiza bien el gran milagro de vivir y que sabe que el chiste es algo serio y verdadero que puede modificar al hombre. No lo digo yo, lo dijo Ramón Gómez de la Serna, pero es una buena manera de despedir a esta ciudad.

Agradecimientos

A los integrantes de la tertulia del bar Cuéllar, más a los habituales que se agrupan en la barra: de esta ágora han salido diversas corrientes filosóficas y no pocas ideas de este libro.

A los parroquianos del bar La Tahona, permanente fuente de inspiración.

A los centenares de camareros que tan profesionalmente me tiraron cañas durante mi estancia en Madrid.

A Carlos III, que se quitó el sombrero.

Sin ellos, este libro no habría sido posible.

Un botifler en la villa y corte
Albert Soler Bufí

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Albert Soler Bufí, 2023

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Fotografía de cubierta: Pepe Farruqo

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-1100-139-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!